

# FRACTAL

REVISTA CUATRIMESTRAL

NÚMERO 87



Las flores inmortales.  
El cielo todo entero.  
Y lo que habrá de ser,  
sólo promesa vana.

*Ósip Mandelshtam*

Director Ilán Semo

Consejo Editorial

Elsa Cross, Claudio Lomnitz, Lorenzo Meyer, Carlos  
Monsiváis<sup>†</sup>, Carlos Montemayor<sup>†</sup>, Ricardo Pozas  
Horcasitas, Tomás Segovia<sup>†</sup>, Enrique Semo

Consejo de Redacción

Fausto Alzati Fernández, José Luis Barrios, Jorge Fernández  
Granados, Antonio García de León, Carlos López Beltrán,  
Benjamín Mayer Foulkes, Pedro Serrano, Mauricio Tenorio,  
Francisco Valdés Ugalde

Diseño

María José Farías

Edición

Alan Cruz, Alejandra Labastida, Andrés Luna, Frida Robles,  
Dante A. Saucedo, Ilya Semo

# FRACTAL

NÚMERO 87

## Sumario

*EXPEDIENTE*

¿QUÉ ES LA HISTORIA INTELECTUAL?

UNA VEZ MÁS LA PREGUNTA

Presentación	9
<i>Grethel Domenech Hernández</i>	
Benítez Rojo en su laboratorio	13
<i>Rafael Rojas</i>	
El ensayo como espacio de diálogo cultural	33
<i>Liliana Weinberg</i>	
Sobre la vida en rodajas o el (sin)sentido de la biografía intelectual	63
<i>Aurelia Valero Pie</i>	
El sexo descentrado	87
Reflexiones en torno a Freud, Foucault y la subjetividad en la historia intelectual	
<i>Tracie Matysik</i>	
Historia de los intelectuales, historia intelectual	127
<i>François Chaubet</i>	

Portada: Boris Thaser, Adalar, Estambul (Turquía), 2015.

El expediente «¿Qué es la historia intelectual? Una vez más la pregunta» fue coordinado por Grethel Domenech Hernández.

*Fractal* es una publicación cuatrimestral editada por la Fundación Fractal. Número 87. Enero-Abril de 2019. Año XXII. Volumen XXIII. Distribuidora: Tinta Roja, Truenitos #21, Col. Villa de Coyoacán, Ciudad de México. ISSN: 1405-3436. Los artículos firmados son responsabilidad de los autores. La Redacción no se hace responsable de los originales no solicitados con anterioridad. Dirección: Campeche 351-101, colonia Hipódromo-Condesa, delegación Cuauhtémoc, C.P. 06100, México, Ciudad de México. Teléfono y fax: 5523 3744. © Los autores.

[www.mxfractal.org](http://www.mxfractal.org)  
[laventanafractal@gmail.com](mailto:laventanafractal@gmail.com)

ISBN: 978-607-97906-4-6

*EXPEDIENTE*

¿QUÉ ES LA HISTORIA INTELECTUAL?

UNA VEZ MÁS LA PREGUNTA



Desde una perspectiva de larga duración, la historia intelectual y la historia de los intelectuales se nos presentan hoy como asignaturas nuevas en los combates por la historia. Ambas resultan un terreno movedizo y lleno de trampas para el investigador. Las dificultades a la hora de delimitar y establecer sus campos de estudios parten de sus propias indeterminaciones epistemológicas y los acercamientos al respecto se encuentran en zonas limítrofes con otras áreas tales como la sociología, la filosofía y los estudios sobre arte y literatura. Sin embargo, las transformaciones de la disciplina histórica en los últimos decenios han posibilitado una nueva época dentro de la cual se reconocen distintas perspectivas y aproximaciones que contienen actualizaciones en cuanto a la selección de temáticas, objetos de estudios y conceptualizaciones.

Las reflexiones sobre tan polisémicos enfoques recorrieron múltiples caminos a lo largo del siglo XX. Diferentes momentos de renovación tuvieron lugar desde sus primeros pasos con la fundación de la revista *Journal of the History of Ideas* por Arthur O. Lovejoy en 1940; las teorías de Reinhart Koselleck y su impulso a la historia de los conceptos o *Begriffsgeschichte*; la influencia del giro lingüístico a partir de la década de 1960; y los paradigmas metodológicos de la Escuela de Cambridge. A pesar de los valiosos aportes de estas escuelas y corrientes, la historia

intelectual ha estado anclada por mucho tiempo a la historia de las ideas o a la historia de lo político. En sus más recientes propuestas, los nuevos enfoques buscan problematizar las condiciones históricas en la producción de saberes, la evolución de sus principales conceptos, las dinámicas del texto, sus soportes comunicativos y sus espacios o mecanismos de circulación y recepción.

Por otro lado, el estudio de los intelectuales, obviado mayormente por la historia intelectual, ha cobrado un protagonismo cardinal en los últimos años; se ha situado frente a la condición de ser del intelectual, su discurso y acción, sus lugares de enunciación, los arquetipos de compromisos, las redes intelectuales que conforma, así como los diversos modos de lecturas y abordajes que les da la sociedad, llegando a erigirse como un campo de estudio por separado. La gran dificultad a la que se enfrenta esta (otra) disciplina (historia de los intelectuales), si se puede llamar así por el momento, es la definición de su objeto de estudio: los intelectuales. Como es bien sabido, se trata de un problema no resuelto (y, probablemente, de difícil resolución en el futuro) que se planteó ya desde las primeras reflexiones que centraron su atención en los intelectuales cuando el término empezó a ser utilizado como sustantivo para definir a un determinado grupo de individuos en los albores de la modernidad.

En América Latina, la renovación del cuestionamiento por la historia (de) (los) intelectual(es) ha cobrado una gran importancia en el siglo XXI. Distintas variantes de historia intelectual e historia de los intelectuales han vivido un florecimiento en las últimas décadas. Figuras como Carlos Altamirano, Elías Palti, François-Xavier Guerra, Guillermo Zermeño, Beatriz Sarlo, Arcadio Díaz Quiñones, Rafael Rojas, Liliana Weinberg, Adriana Lamoso, Martín Bergel, Aurelia Valero, Aimer Granados, Claudia Gilman y Alexandra Pita, por sólo mencionar algunos nombres, el

Centro de Historia Intelectual en la Universidad de Quilmes, la revista *Prismas*, la escuela de verano *CONCEPTA*, los encuentros del Congreso de Historia Intelectual, los volúmenes de historia de los intelectuales en América Latina compilados por Carlos Altamirano, y muchos otros esfuerzos, han contribuido al impulso de nuevas formas de escrituras y al acercamiento a nuevos contenidos.

Todas estas miradas y propuestas ayudan a reducir la visión simplista que entiende el desarrollo del universo intelectual como una sucesión cronológica de influencias de un autor a otro o como producción aislada de pensamiento en la sociedad y permiten reafirmar al continente como un centro de actualización en ambas materias. Este expediente pretende inscribirse en esa intención, ser un punto más de partida en dicho sentido. Nos interesó, más que los objetivos o la función de la historia intelectual o de los intelectuales, ejemplificar los modos de hacerlas y encontrar así nuevos aportes e interrogantes a las formas de estudiar el reino de lo intelectual, sus protagonistas y dinámicas.

Rafael Rojas, rehabilitador por excelencia de la memoria cultural cubana dialoga en su texto con Antonio Benítez Rojo, escritor que se inserta en una condición dual de intelectual y exilio, cardinal en la literatura de la isla. Liliana Weinberg nos ubica ante una de las herramientas por excelencia de los intelectuales: el ensayo, género esencial para comprender la historia del pensamiento latinoamericano. El ensayo de Aurelia Valero Pie explora los intersticios teóricos y metodológicos de la biografía intelectual, tendencia historiográfica que ha cobrado una importante renovación en los últimos años.

Para complementar estos modos de historia intelectual incluimos la traducción de un ensayo de Tracie Matysik, una original lectura a partir de un nuevo acercamiento a las relaciones que se han, o no se han tejido,

entre la historia de la sexualidad y la historia intelectual y, por último, un texto de François Chaubet que ofrece una mirada contemporánea a los entramados caminos teóricos de este campo de estudio al cual nombra «disciplinas en proceso de afirmación» y sus modos de realización.

Según François Dosse corresponde «a la historia intelectual así como a la historia de los intelectuales interrogar a la vida de las ideas a través de un ir y venir constante entre el pasado y las preguntas que le planteamos al pasado a partir de nuestro presente».<sup>1</sup> En el contexto actual resulta más imperioso que nunca llevar a niveles de análisis superiores la historia (de) (los) intelectual(es); repensar sus campo de estudios, sus estrategias de escritura, la producción de discursos y las condiciones del compromiso intelectual, son algunas de las cuestiones que convendrían tener en cuenta en una agenda historiográfica.

*Grethel Domenech Hernández*

---

<sup>1</sup> François Dosse, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, Valencia, Universidad de Valencia, 2006, p. 15.

## Benítez Rojo en su laboratorio

El año de 1989 fue crucial para la historia de Cuba. En pocos meses se acumularon múltiples eventos que condensaban cambios previos o que implicaban giros en el futuro inmediato. Ese año cayó el Muro de Berlín y se aceleró el proceso de transición de los socialismos reales de Europa del Este. Mijaíl Gorbachov viajó a La Habana. Se produjo la causa número uno contra el general Arnaldo Ochoa, los hermanos De la Guardia y más de cuarenta oficiales. Murió Nicolás Guillén y Fidel Castro formuló, por primera vez, la idea de un «periodo especial en tiempos de paz». Ese año apareció en Ediciones del Norte la primera versión de *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna* del escritor cubano Antonio Benítez Rojo.

El autor de aquel ensayo cardinal de los estudios culturales caribeños era un narrador habanero de las décadas de 1960 y 1970 que, residiendo en la isla, escribió cuentos fundamentales de la nueva narrativa cubana, reunidos en dos volúmenes: *Tute de reyes* (1967, Premio Casa de las Américas) y *El escudo de hojas secas* (1969, Premio «Luis Felipe Rodríguez» de la UNEAC). Benítez era uno de aquellos tantos jóvenes escritores de la isla, de quienes se esperaba la «novela de la

Revolución». Leonardo Acosta lo celebró en la propia revista *Casa de las Américas* y Reinaldo Arenas le dedicó una reseña enjundiosa en *Unión*, que vale la pena citar.<sup>1</sup> Decía Arenas que *Tute de reyes* era un libro que, a diferencia de la mayoría de los premiados en Cuba, merecía el reconocimiento de *Casa de las Américas*:

Se trata de un libro complejo, de difícil comprensión para lectores apresurados, de sutilezas y pequeños e importantísimos detalles que enriquecen el desarrollo del argumento. Es además un libro variado donde sorprenden tanto los aciertos, como los defectos, y donde la verdadera unidad —la médula del libro— la forman, más que las anécdotas que se cuentan el contenido de las mismas, el propio estilo del autor, el mundo que él inventa o recrea; su imaginación.<sup>2</sup>

Agregaba Arenas, siguiendo al crítico mexicano Emmanuel Carballo y, por supuesto, a Borges, Cortázar o Piñera, que, en contra de las insistentes demandas de realismo social de la burocracia ideológica, lo más «revolucionario» en la Cuba de la década de 1960 era escribir literatura «fantástica».<sup>3</sup> Cosa que Benítez Rojo había logrado por partida doble, es decir, escribiendo literatura fantástica sobre la propia revolución. Ese «doble riesgo», que hacía «más apreciables sus aciertos», según Arenas, destinaba a Benítez a la gran novela. Como el propio autor de *Celestino antes del alba*, Benítez, según Arenas, era un novelista, ya

---

<sup>1</sup> Cf. Leonardo Acosta, «Benítez gana la partida».

<sup>2</sup> Reinaldo Arenas, *Libro de Arenas (Prosa dispersa, 1965-1990)*, p. 86.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 87.

que sus «narraciones necesitan de cierto espacio para quedar completamente desarrolladas».<sup>4</sup>

La novela de Benítez Rojo, continuaba Arenas, era una versión extendida del cuento «Estatuas sepultadas», no sólo «el mejor del libro sino uno de los cuentos imprescindibles de nuestra literatura».<sup>5</sup> El relato de Benítez, que dio forma al guión de la película de 1979 *Los sobrevivientes* de Tomás Gutiérrez Alea, era una novela en ciernes, que creaba «todo un universo, con sus códigos morales, con sus diferentes planes de evasión, con sus mezquindades y aventuras deliciosas y con la intolerable presencia del misterio».<sup>6</sup> Una novela en potencia, concluye Arenas, que «por primera vez en nuestra literatura trata en forma verdaderamente literaria la enajenación de toda una familia antirrevolucionaria que se encierra en una especie de laberinto, en una prisión física y espiritual».<sup>7</sup> El mayor acierto de Benítez Rojo había sido captar el «marco vertiginoso de la Revolución» por medio de la tragedia de sus víctimas.<sup>8</sup>

«Estatuas sepultadas», como sabemos, se convirtió en una película, pero no en una novela. El siguiente ejercicio narrativo de Benítez publicado en 1976, «Los inquilinos», de mayor aliento, fue, en todo caso, una noveleta negra, ambientada en La Habana prerrevolucionaria, sin la ironía y la fuerza del célebre cuento de «Tute de reyes».<sup>9</sup> Las dos novelas de Benítez, *El mar de las lentejas*, de 1979, y *Mujer en traje de batalla*, de 2001, fueron ficciones históricas que abandonaban explícitamente la búsqueda de una «novela de la Revolución». La primera

---

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 90.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 92.

<sup>6</sup> *Idem.*

<sup>7</sup> *Idem.*

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 87.

<sup>9</sup> Cf. Antonio Benítez Rojo, *Antología personal*, pp. 157-190.

se remontaba al siglo XVI y la conquista y colonización de las Antillas, por medio del personaje real de Pedro de Ponte y Vergara, regidor de Tenerife y negrero poderoso en tiempos de Felipe II, asociado con el pirata inglés John Hawkins. La precisión con la que Benítez reconstruyó la vida del magnate canario es deslumbrante, como se deriva de la lectura de la documentada *Biografía* posterior, que Antonio Romeu de Armas escribió con material testamentario de la familia Ponte.<sup>10</sup>

La segunda novela de Benítez Rojo, *Mujer en traje de batalla*, también fue un relato histórico, basado en la vida de Enriqueta Faber, la joven doctora suiza que se disfrazó de hombre para ejercer la medicina en Baracoa, Cuba, a principios del siglo XIX. Con la identidad de Enrique Faber, la joven llegó a casarse y a hacer vida en pareja con la cubana Juana de León, hasta que su verdadero sexo fue revelado, desatando un sonado juicio en la Audiencia de Puerto Príncipe, que la condenó a cuatro años de reclusión en un hospital de mujeres de La Habana. Tras algunos intentos de fuga, Enriqueta Faber fue deportada a Nueva Orleans, con la prohibición expresa de no avecindarse en ningún reino de las Españas.<sup>11</sup>

Antonio Benítez Rojo no escribió la «novela de la Revolución», que se esperaba de él y de otros escritores de su generación —Edmundo Desnoes, Lisandro Otero, Jaime Sarusky...—, pero alcanzó a escribir uno de los ensayos fundamentales de la post-Revolución: *La isla que se repite*. En las páginas que siguen propongo una visita al laboratorio de Benítez Rojo, a su campo referencial durante el proceso de escritura de aquel ensayo, que releyó la tradición intelectual cubana. Dos archivos fueron

---

<sup>10</sup> Cf. Antonio Romeu de Armas, «Pedro de Ponte, personalidad de Tenerife en el siglo XVI dentro de los ámbitos de la economía y la política».

<sup>11</sup> A. Benítez Rojo, *Mujer en traje de batalla*, p. 509.

invocados y, a la vez, actualizados por Benítez en *La isla que se repite*: el del caribeñismo y el de la posmodernidad. La conjunción de ambos, en la prosa del escritor cubano, produjo un emplazamiento de las coordenadas ideológicas de la literatura cubana a fines del siglo XX.

#### EL ARCHIVO CARIBEÑO

Benítez Rojo era un novelista, lector de historiadores, antropólogos y filósofos. *Mujer en traje de batalla* tenía cuatro exergos: los primeros, de tres grandes escritores cubanos, Alejo Carpentier, José Lezama Lima y Guillermo Cabrera Infante, y el último de uno de los mayores historiadores de la isla, Leví Marrero. El historiador apuntaba en uno de los volúmenes de *Cuba: economía y sociedad*, a propósito de Enriqueta Faber, que el «prejuicio que cerraba a las mujeres toda oportunidad de ejercer profesiones y oficios que la tradición reservaba a los hombres dramatizó la vida de aquella dama audaz y emprendedora». <sup>12</sup> *La isla que se repite*, además de estar dedicada a Fernando Ortiz, «maestro a distancia, en el medio siglo del *Contrapunteo*», mostraba una vasta cultura historiográfica, que se detenía, especialmente, en los narradores y pensadores de la historia del Caribe.

De Alexander von Humboldt a C. L. R. James, el saber histórico caribeño de dos siglos aparecía condensado en las páginas de aquel ensayo. <sup>13</sup> Benítez Rojo era cuidadosamente atento a la obra de historiadores como Ramiro Guerra, José Luciano Franco y Manuel Moreno Fragnals, que habían descrito procesos de la historia de Cuba que insertaban la

---

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 9.

<sup>13</sup> A. Benítez Rojo, *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva postmoderna*, pp. 197-198 y 333.

experiencia de la isla dentro del contexto caribeño. De Guerra citaba *Azúcar y población en las Antillas* de 1927, como texto que cifraba los problemas del latifundio, el monocultivo y la dependencia de la agricultura cubana, sobre todo de la azucarera, recreados líricamente en el poema «La zafra» de Agustín Acosta.<sup>14</sup> Sin embargo, como ha observado el estudioso puertorriqueño Arcadio Díaz Quiñones, Guerra, al igual que su contemporáneo Antonio S. Pedreira, en la isla vecina del Caribe hispano, pensaba la historia y la cultura cubana como frontera criolla de las Antillas, determinada por un sentido de enemistad íntima con el Caribe negro.<sup>15</sup> En Guerra y otros intelectuales de su generación, como Alberto Lamar Schweyer en *La crisis del patriotismo. Una teoría de las inmigraciones* de 1929, predominaba una idea de la nacionalidad cubana, basada en la hegemonía del criollo blanco, que rechazaba la importación de braceros antillanos o la inmigración peninsular, porque «ennegrecían» o «españolizaban» la cultura nacional.<sup>16</sup>

Esa idea del Caribe negro como enemigo íntimo o frontera cultural inmediata, no aparecía, desde luego, en otras fuentes de Benítez como José Luciano Franco o Manuel Moreno Friginals. Del ensayo del primero, *La presencia negra en el Nuevo Mundo* de 1968, tomaba algunas claves de la historia y el concepto de *cimarronaje*, aplicado al ganado salvaje, los indios y, finalmente, los negros esclavos rebeldes.<sup>17</sup> De Moreno, y también de Leví Marrero, en un diálogo historiográfico que traspasaba ideologías, rescataba Benítez sus divergentes juicios

---

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 115.

<sup>15</sup> Arcadio Díaz Quiñones, *Sobre los principios. Los intelectuales caribeños y la tradición*, pp. 319-376.

<sup>16</sup> Ramiro Guerra, *Azúcar y población en las Antillas*, pp. 155-162; Alberto Lamar Schweyer, *La crisis del patriotismo. Una teoría de las inmigraciones*, pp. 17 y 89.

<sup>17</sup> A. Benítez Rojo, *op. cit.*, p. 291.

sobre el libro de litografías, *Los ingenios de 1857*, de Justo G. Cantero y Eduardo Laplante. Frente a las litografías de Laplante, el historiador liberal fijaba la vista en los esclavos y el marxista en las máquinas, pero ambos entendían las economías y sociedades de la plantación azucarera caribeña como un complejo agroindustrial y esclavista, inmerso en el mercado atlántico de los siglos XVIII y XIX.<sup>18</sup> También se interesaba Benítez en el juicio de Moreno sobre el *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* de Ortiz, texto de 1940 reverenciado en *La isla que se repite*, e intentaba polemizar con el autor de *El ingenio* publicado en 1964. Vale la pena reproducir ambos comentarios, el de Moreno y el de Benítez, sobre el *Contrapunteo*, para entender con mayor claridad el diferendo. Decía Moreno de la obra magna de Ortiz:

Libro que arranca, como lo expresa el título, de los contrastes de ambos productos. La idea fue desarrollada inicialmente por el autor en un breve folleto titulado *Contraste económico del azúcar y el tabaco*, La Habana, Molina, 1936. (Separata de la *Revista Bimestre Cubana*, t. XXXVIII, 1936). La obra contiene el ensayo de Fernando Ortiz, propiamente dicho, y numerosos e interesantes apéndices. Escrito con toda la gracia e ingenio del maestro Fernando Ortiz, planteando los contrastes entre el azúcar y el tabaco al modo que hiciera el Arcipreste de Hita en la pelea entre Don Carnal y Doña Cuaresma. Muchas de sus afirmaciones son brillantísimas y sugerentes: otras muchas no resisten el menor análisis crítico.<sup>19</sup>

---

<sup>18</sup> *Ibid.*, pp. 105-106.

<sup>19</sup> Manuel Moreno Fragnals, *El ingenio. Complejo económico social cubano del azúcar*, pp. 728-729.

Y aquí la réplica de Benítez:

En la bibliografía comentada que Manuel Moreno Fraginals incluye en la segunda edición de *El ingenio*, dice del *Contrapunteo*: «muchas de sus afirmaciones son brillantísimas y sugerentes, otras no resisten el menor análisis crítico». Claro, Moreno Fraginals nos habla desde su óptica de historiador moderno del azúcar, la cual implica una «verdad» científica y también una «verdad» ideológica. Aquellas afirmaciones de Ortiz que convengan a estas «verdades», serán «brillantísimas» y «sugerentes»; aquellas que no, no resistirán el «menor análisis crítico». Es el juicio típico de un investigador científico social-moderno; el juicio de una voz especializada, ideologizada, autorizada y legitimada por su fidelidad a ciertos metarrelatos de la modernidad. Y digo esto sin ironía. Todos sabemos que *El ingenio* es uno de los textos más fascinantes que ha dado al mundo la literatura del azúcar. Pero, ciertamente, también lo es el *Contrapunteo*. Sobre todo si no se lee exclusivamente como un estudio económico-social acerca del tabaco y el azúcar, sino más bien como un texto que desea hablarnos de lo cubano y, por extensión, de lo caribeño.<sup>20</sup>

Son múltiples las insinuaciones y los matices que valdría la pena glosar en este intercambio. La crítica de Moreno a Ortiz tenía un sentido preciso, que escapaba a Benítez, y era que, de acuerdo con la tesis central del tercer capítulo del primer tomo de *El ingenio*, el azúcar, más propiamente que el tabaco, había sustentado materialmente la

---

<sup>20</sup> A. Benítez Rojo, *op. cit.*, p. 152.

producción de una cultura nacional en el siglo XIX.<sup>21</sup> Pero la objeción de Benítez a Moreno era válida, en el sentido de la plataforma posmoderna en la que se ubicaba el escritor, como una defensa de la apertura epistemológica y el giro lingüístico de fines del siglo XX, que llamaba a operar con criterios más flexibles de verdad y a enfrentar los prejuicios cientificistas contra la literatura.<sup>22</sup> Esa defensa movilizaba la propuesta de Benítez de leer el *Contrapunteo* como texto literario e, incluso, de definir *El ingenio* como «uno de los textos más fascinantes que ha dado al mundo la literatura del azúcar».

Vale la pena detenerse, sin embargo, en la última frase del pasaje citado. Según Benítez Rojo, el *Contrapunteo* —y, tal vez, con más razón, *El ingenio*— era «un texto que desea hablar de lo cubano y, por extensión, de lo caribeño». He ahí la más clara discontinuidad que el archivo caribeñista de *La isla que se repite* establece con la tradición intelectual del nacionalismo cubano que, en diversos momentos de su evolución, entendió las Antillas, especialmente las no hispánicas, como un otro cercano. Moreno, por ejemplo, dedicaba las primeras páginas de *El ingenio* a la reconstrucción del proceso de las *sugar islands* antillanas, con toda la bibliografía, sobre todo la británica, que se abocó al estudio de aquella experiencia entre los siglos XVIII y XIX.<sup>23</sup> Cuba, su economía, su sociedad y su cultura, eran parte indisoluble de una historia regional, y no una excepción nacionalista dentro del Caribe.

Lo que intentaba transmitir Benítez con su valoración del *Contrapunteo* de Ortiz era que cualquier estudio serio de «lo cubano» era, «por

---

<sup>21</sup> M. Moreno Fragnals, *op. cit.*, pp. 108-116.

<sup>22</sup> Elías José Palti, *Giro lingüístico e historia intelectual*, pp. 25-34.

<sup>23</sup> M. Moreno Fragnals, *op. cit.*, pp. 5-11.

extensión», un estudio de «lo caribeño», ya que la historia de Cuba poseía, por decirlo así, una estructura antillana. Sin embargo, habría que reconocer, como señalaron algunos críticos, que el mapa caribeño de *La isla que se repite* estaba claramente inclinado a favor de Cuba, con sus generosos estudios sobre Agustín Acosta, Nicolás Guillén y Alejo Carpentier, este último exhaustivamente analizado por Roberto González Echevarría.<sup>24</sup> Al puertorriqueño Luis Palés Matos sólo se le mencionaba una vez, a pesar del diálogo con Edgardo Rodríguez Juliá y Luis Rafael Sánchez que muestra el libro, y la República Dominicana moderna prácticamente no existía en *La isla que se repite*. Aimé Césaire y Eric Williams, Franklin Knight y Wilson Harris eran referentes visibles, pero sus islas no tanto. El archivo antillano de Benítez era, primordialmente, el del caribeñismo cubano.

En escritores cubanos negristas o africanistas como Alejo Carpentier o Nicolás Guillén y en Fernando Ortiz y la escuela de cubana de antropología, Benítez encontraba la más clara afirmación de esa «caribeñidad por extensión» en la historia intelectual de la isla. Sin embargo, en algunos de aquellos autores, dicha caribeñidad era entendida en términos estrictamente cubanos, con pocas zonas de contacto con las otras islas antillanas. Ortiz, en el *Contrapunteo*, también se detenía en el lapso histórico de construcción de las *sugar islands* de las Antillas, luego del traslado de la caña de las Canarias, pero rápidamente ponía énfasis en el origen «mulato», es decir, específicamente «afrocubano» del azúcar.<sup>25</sup> Y en 1947, en *El huracán. Su mitología y sus símbolos*, a partir de Las Casas y otros cronistas de

---

<sup>24</sup> Véase, por ejemplo, Arcadio Díaz Quiñones, «Cuba y exilio en *La isla que se repite* de Antonio Benítez Rojo».

<sup>25</sup> Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubanos del tabaco y el azúcar*, p. 206.

Indias, regresaba a otra historia común del mundo antillano, la de las tempestades.<sup>26</sup>

Discípulos o críticos de Ortiz como Lydia Cabrera o Rómulo Lachatañeré insistieron en la identidad «afrocubana» de la santería, aunque el segundo, en su *Manual de santería* de 1942, hablaba de redes de santeros, brujeros y yerberos que rendían culto a la Caridad del Cobre y la Virgen de las Mercedes, a Ochún y Yemayá, por todas las islas del Caribe y hasta en la ciudad de Nueva York, a mediados del siglo XX.<sup>27</sup> Sin embargo, en el clásico *El monte* de 1954 de Lydia Cabrera, todavía se reiteraba el mito de Cuba como la «más blanca de las islas del Caribe» y se delineaba, como objeto de estudio, al «negro cubano».<sup>28</sup> Habría que discernir con mayor cuidado cuánto de lo caribeño o lo antillano era incluido o diferenciado en ese sujeto «negro» de la escuela cubana de antropología.

#### EL ARCHIVO POSMODERNO

La impugnación del discurso del nacionalismo estrecho, en *La isla que se repite*, avanzaba por dos vías paralelas: la de la arqueología del archivo caribeñista y la de la apropiación del archivo posmoderno. Desde ambos horizontes se confrontaba una idea inmanente y autotélica de la cultura cubana que, tras la caída del Muro de Berlín, adquiriría mayor fuerza en la esfera pública de la isla. La propia reintegración analítica de Cuba a la comunidad cultural del Caribe, que intentaba Benítez, tenía a su favor la difusión de las ideas posestructuralistas y posmodernas, desde

---

<sup>26</sup> F. Ortiz, *El huracán. Su mitología y sus símbolos*, pp. 86-99.

<sup>27</sup> Rómulo Lachatañeré, *Manual de santería*, pp. 45-47.

<sup>28</sup> Lydia Cabrera, *El monte*, pp. 9 y 13.

fines de la década de 1970, sobre todo, en Francia, Alemania, Gran Bretaña y el medio académico de Estados Unidos al que él pertenecía, como profesor de Amherst College, en Massachusetts. La «perspectiva posmoderna», como la llamaba, ofrecía un campo visual irremplazable para la operación hermenéutica que imaginaba el escritor cubano.

Campo visual que, desde el título, enlaza *La isla que se repite* con la novela *El mar de las lentejas*. Como es sabido, en esta última ficción, Benítez Rojo visualizaba los rostros de Pedro de Ponte y John Hawkins sobre los viejos mapas del cosmógrafo Guillaume le Testu, donde se le llamaba al Mar de las Antillas, La Mer de Lentille, es decir, el Mar de las Lentejas, porque, además del sonido similar entre «antilla» y «lentilla», La Española, Puerto Rico, Cuba y demás islas caribeñas parecían «lentejas de oro, de plata, de perlas, de corambres, de sabores y colores preciosos».<sup>29</sup> Uno de los personajes de la novela, Cristóbal de Ponte, reaparecía en las primeras páginas de *La isla que se repite* como miembro de la generación de conquistadores y negreros que exportaron al Caribe la máquina de la plantación.<sup>30</sup> El pensamiento posmoderno facilitaba a Benítez Rojo la comprensión del Caribe como una zona de islas y penínsulas, costas y litorales, donde se transgredían las fronteras entre naciones e imperios.

Esa transgresión, para la filosofía posmoderna, formaba parte de la acelerada mundialización del capitalismo —todavía no se hablaba de globalización—, pero también del cuestionamiento de la parcelación del saber, producida por las ciencias sociales modernas. Michel Foucault había adelantado esa crítica en *Las palabras y las cosas* de 1966 y *La arqueología del saber* de 1969, pero para la década de 1980 la idea de la

---

<sup>29</sup> A. Benítez Rojo, *El mar de las lentejas*, p. 223.

<sup>30</sup> A. Benítez Rojo, *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna*, pp. XI-XII.

diseminación y el intercambio entre los discursos humanísticos generaba consenso en el campo intelectual de Occidente.<sup>31</sup> La morfología de los discursos históricos que propuso en 1975 Hayden White en *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth Century Europe*, y que Benítez Rojo no sólo citaba en *La isla que se repite* sino que aprovechaba en su caracterización de Moreno Friginals como «historiador científico moderno», vino a trasladar al campo de la historiografía las tesis más renovadoras del posestructuralismo francés.<sup>32</sup>

El profesor de Amherst College leyó en francés algunos de los textos básicos del posmodernismo de las décadas de 1970 y 1980 como *El imperio de los signos* de Roland Barthes, *El Anti-Edipo* de Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Vigilar y castigar* de Michel Foucault y, sobre todo, *La condición posmoderna* de Jean-François Lyotard, tal vez, la fuente teórica fundamental de su ensayo. Desde las primeras páginas de *La isla que se repite*, la mayor deuda de Benítez era con Lyotard: la propia formulación de una «perspectiva posmoderna», la tesis de los metarrelatos legitimadores de la razón, el progreso y la emancipación, la distinción entre saber «narrativo» y saber «científico», los «juegos del lenguaje», el concepto de «inestabilidad» y, aunque de manera implícita, el principio de la «legitimación por la paralogía» eran de Lyotard.<sup>33</sup> Una de las citas más largas de *La isla que se repite* es, de hecho, un pasaje de Lyotard sobre el «saber narrativo» que Benítez utiliza para enfatizar la naturaleza posmoderna del *Contrapunteo* de Ortiz.<sup>34</sup>

---

<sup>31</sup> Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*, pp. 126-138; M. Foucault, *La arqueología del saber*, pp. 227-235.

<sup>32</sup> Antonio Benítez Rojo, *op. cit.*, pp. 297 y 326.

<sup>33</sup> *Ibid.*, pp. 150, 172, 174-175, 177, 309, 332. Véase también Jean-François Lyotard, *La condición posmoderna. Informe sobre el saber*, pp. 25-28, 43-50 y 99-119.

<sup>34</sup> *Ibid.*, pp. 174-175.

Dado que en buena parte de la izquierda latinoamericana de la década de 1970 y, emblemáticamente, en Casa de las Américas, entonces bajo la poderosa influencia del ensayo de Frederic Jameson *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado* publicado en 1991, la tesis de Lyotard era ubicada en la derecha o en el naciente neoliberalismo, al que equivocadamente se asociaba toda la filosofía posmoderna, el gesto de Benítez fue mal recibido en Cuba.<sup>35</sup> En aquel ensayo de Jameson, que se tradujo en la revista *Casa de las Américas*, no sólo se entendía la filosofía posmoderna como parte de la «pauta cultural dominante» sino del «triunfo del populismo estético», lo cual entra en contradicción con el rescate populista que ha intentado la izquierda latinoamericana en las dos últimas décadas.<sup>36</sup> Tanto las críticas de Jameson, como las de Edward Said aparte del posestructuralismo francés en *Cultura e imperialismo*, contribuyeron a difundir el estereotipo de una «derechización del pensamiento» a partir de la obra de Lyotard, Foucault, Deleuze y Guattari, como todavía puede leerse en el reciente ensayo de Jorge Fornet, *El 71. Anatomía de una crisis*.<sup>37</sup>

*La isla que se repite* es una refutación viva de ese tópico de la derechización del pensamiento occidental, o específicamente latinoamericano, tras la apertura epistemológica que representó el posestructuralismo francés. Benítez Rojo leyó *El Anti-Edipo* de Deleuze y Guattari en busca de una conceptualización y una metaforización de la «máquina», que le permitiera reconstruir el proceso secular de montaje de una estructura de dominación colonial y esclavista, basada en la

---

<sup>35</sup> Frederic Jameson, *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, pp. 15-22.

<sup>36</sup> *Ibid.*, pp. 11-14.

<sup>37</sup> Jorge Fornet, *El 71. Anatomía de una crisis*, p. 11; Edward Said, *Cultura e imperialismo*, p. 67.

economía de plantación azucarera.<sup>38</sup> El escritor cubano distinguía dos momentos en la transferencia de aquella tecnología de dominación, una ligada a la máquina marinera, colonizadora y evangelizadora de Cristóbal Colón y los primeros conquistadores, a la que llama «máquina, máquina, máquina» y que, siguiendo a Guattari y Deleuze, pasa intermitentemente del «flujo» a la «interrupción», y otra, la máquina plantadora propiamente dicha, que fluye y se interrumpe a la vez, como si se tratara de una «máquina tecnológico-poética» o una «metamáquina de diferencias», que involucra las dinámicas de la cultura popular de la región.<sup>39</sup>

La obra de madurez de Benítez Rojo, en el exilio, como se lee en sus dos novelas, así como en su gran ensayo, continuó siendo anticolonial y antirracista. Sus comentarios sobre la obra de Fernando Ortiz, Lydia Cabrera, Agustín Acosta, Nicolás Guillén y Alejo Carpentier estaban informados por una arqueología de la representación de la diferencia cultural y racial en Cuba y el Caribe, durante el siglo XX. La «diferencia», un concepto central en la filosofía posmoderna y específicamente en Lyotard, Jacques Derrida y Gianni Vattimo, era asumida por Benítez Rojo como un dispositivo resistente y antihegemónico, dirigido a rescatar las historias subalternas de los esclavos y los negros caribeños que hablaban por la voz de los grandes poetas de las islas.<sup>40</sup> De hecho, el libro de Foucault que más tomaba en cuenta Benítez era, fuera del conocido pasaje de *Las palabras y las cosas* sobre «El idioma de John Wilkins» de Jorge Luis Borges, que le servía para destacar

---

<sup>38</sup> A. Benítez Rojo, *op. cit.*, pp. VI-XIII.

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. XXIV.

<sup>40</sup> Véanse por ejemplo Gianni Vattimo, *Las aventuras de la diferencia. Pensar después de Nietzsche y Heidegger*, pp. 149-176; Jacques Derrida, *La escritura y la diferencia*, pp. 344-382.

las «heterotopías de la otredad» en el Caribe, *Vigilar y castigar*, donde leía los sistemas penitenciarios y de reclusión, aplicados a la población negra cubana, tomando como pretexto la poesía de Nicolás Guillén.<sup>41</sup>

¿Qué tenían que ver estas descripciones de las «máquinas de poder» en el Caribe con la derecha? Tal vez, lo que sucedía en la década de 1980 era que una zona del pensamiento de izquierda se resistía a la pluralización de los sujetos que proponía el pensamiento posmoderno y prefería seguir aferrada a versiones ya no tan críticas o irremediablemente anquilosadas del marxismo-leninismo. Benítez, de la mano de Deleuze y Guattari y también de Ortiz y Moreno Fragnals, comprendía el sistema de plantación azucarera y esclavista dentro del fenómeno más abarcador del capitalismo moderno. Tampoco *La isla que se repite* suscribía el mito del «fin de la historia» de Francis Fukuyama y el neoconservadurismo norteamericano, que en modo alguno convergían en la perspectiva posmoderna aplicada por Benítez Rojo, mucho más cerca, por ejemplo de Jean Baudrillard que de Daniel Bell.<sup>42</sup>

Es cierto, como hizo notar Arcadio Díaz Quiñones en un texto ya citado, que en aquel libro se escenificaba una visión posbélica del Caribe. Posbélica en un sentido de larga duración, que ubicaba al mundo antillano en un después de la gran Guerra Fría y de las pequeñas guerras civiles y anticoloniales que la acompañaron. La visión de lo caribeño como un espacio cultural que gravitaba hacia el «caos, el carnaval y la polirritmia», que Benítez desarrolló convergiendo con algunos análisis que mezclaban el posmodernismo y las teorías matemáticas del caos,

---

<sup>41</sup> *Ibid.*, pp. 131 y 138-139.

<sup>42</sup> Desde el posmodernismo también se criticó la idea del «fin de la historia». Véanse, por ejemplo, Jean Baudrillard, *La ilusión del fin. La huelga de los acontecimientos*, pp. 23-27 y Claudio Magris, *La historia no ha terminado*, pp. 9-28.

como *Turbulent Mirror* de John Briggs y F. David Peat y, sobre todo, *Caos Bound*, el estudio de Katherine Hayles sobre el «desorden» en la literatura contemporánea, a partir de las teorías de Barthes, Foucault, Derrida y Lyotard, alentó la falsa interpretación de que *La isla que se repite* proponía una imagen despolitizada de la región.<sup>43</sup> Antes que Serge Gruzinski, Benítez tuvo el acierto de entrelazar, en un ejercicio de «pensamiento mestizo», las teorías del caos, la filosofía posmoderna y los estudios de Mijaíl Bajtín —y también de Julio Caro Baroja— sobre el carnaval, en su interpretación del neobarroco caribeño.<sup>44</sup>

La escena de la «Introducción» en que Benítez Rojo recuerda a dos negras caminando «de cierta manera» por alguna calle de La Habana en los días de la crisis de los misiles, en octubre de 1962, y que lo convencieron «de golpe de que no ocurriría el apocalipsis», se sumó a ese malentendido.<sup>45</sup> Bastaba leer unas páginas más adelante de la «Introducción» para convencerse de que esa «cierta manera» de caminar tenía que ver con el saber profundo de la cultura popular caribeña: un saber de resistencia, a la vez, contra la racionalidad tecnológica y la ideología consumista del capitalismo moderno, que, por medio de la fusión y el mestizaje, la hibridez o el sincretismo, se enfrentaba a los «desplazamientos» de las «formas territorializadoras externas».<sup>46</sup> Tampoco estaba Benítez Rojo muy lejos del Said de *Cultura e imperialismo*, texto que apareció cuatro años después, pero que algunos críticos obtusos todavía le reprochan no haber tomado en cuenta.

---

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 312.

<sup>44</sup> *Ibid.*, pp. 183, 274 y 297. Benítez no citaba a Caro Baroja, pero me consta que lo conocía: Julio Caro Baroja, *El carnaval*, pp. 11-24; Serge Gruzinski, *El pensamiento mestizo*, pp. 13-22.

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. XIII.

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. XXVI.

Esa otra anticolonialidad se volvió mucho más transparente en la reedición ampliada de *La isla que se repite*, en 1998 en Barcelona por la editorial Casiopea. Allí Benítez se abrió más plenamente al diálogo con escritores del Caribe continental, como se observa en los inteligentes comentarios sobre la *Cándida Eréndira* de García Márquez, y de las Antillas no hispanas, como Edouard Glissant, Derek Walcott y V. S. Naipaul, que en los mismos años estaban trabajando con nociones muy parecidas a las del cubano.<sup>47</sup> Recordemos, tan sólo, que *El discurso antillano* de Glissant apareció en 1981, y la primera edición en inglés de *La voz del crepúsculo* de Walcott se publicó en 1998, justo cuando Benítez ampliaba la versión original de su libro. Entre ambos ensayos, esenciales para rastrear las poéticas y las políticas intelectuales del Caribe, se instala el libro del cubano Benítez Rojo, como una contribución ineludible al pensamiento caribeño contemporáneo.

En aquella edición definitiva de su libro, Benítez eliminó el subtítulo de *El Caribe y la perspectiva posmoderna*, pero se mantuvo fiel a Lyotard en su relectura del *Contrapunteo* desde el paradigma del «saber narrativo» y ensanchó aún más el campo de aplicación de la teoría del caos al carnaval y la polirritmia caribeña.<sup>48</sup> Sin embargo, Benítez Rojo tuvo la suficiente humildad y la generosa cortesía de concluir la nueva entrega de su libro con una afirmación de la estética sonora del Caribe como un conjunto de «proyectos nacionales».<sup>49</sup> Y a pesar de no renunciar al paradigma del saber posmoderno, que había sustentado su investigación y su libro, Antonio Benítez Rojo supo despedirse de sus lectores con la recomendación de que esa comunidad de «pueblos

---

<sup>47</sup> A. Benítez Rojo, *La isla que se repite. Edición definitiva*, pp. 325-348 y 356-359.

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 392.

<sup>49</sup> *Ibid.*, pp. 372 y 387.

del mar», que era el Caribe, fuera estudiada a partir de un nuevo paradigma, «supersincrético» o «super mestizo», que entrelazara todos los momentos y todas las dimensiones de la cultura antillana.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Leonardo Acosta, «Benítez gana la partida», en *Casa de las Américas*, núm. 45, noviembre-diciembre de 1967, pp. 166-169.
- Reinaldo Arenas, *Libro de Arenas (Prosa dispersa, 1965-1990)*, compilación, prólogos y notas de Nivia Montenegro y Enrico Mario Santí, Ciudad de México, Conaculta, 2013.
- Jean Baudrillard, *La ilusión del fin. La huelga de los acontecimientos*, Barcelona, Anagrama, 1993.
- Antonio Benítez Rojo, *Antología personal*, San Juan, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1997.
- \_\_\_\_\_, *El mar de las lentejas*, Barcelona, Casiopea, 1999.
- \_\_\_\_\_, *La isla que se repite. Edición definitiva*, Barcelona, Editorial Casiopea, 1998.
- \_\_\_\_\_, *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva postmoderna*, Hanover, Ediciones del Norte, 1989.
- \_\_\_\_\_, *Mujer en traje de batalla*, Madrid, Alfaguara, 2001.
- Lydia Cabrera, *El monte*, Miami, Universal, 2000.
- Julio Caro Baroja, *El carnaval*, Madrid, Taurus, 1979.
- Jacques Derrida, *La escritura y la diferencia*, Barcelona, Anthropos, 1989.
- Arcadio Díaz Quiñones, «Cuba y exilio en *La isla que se repite* de Antonio Benítez Rojo», en *Orbis Tertius*, vol. 12, núm. 13, 2007.
- \_\_\_\_\_, *Sobre los principios. Los intelectuales caribeños y la tradición*, Buenos Aires, Universidad de Quilmes, 2006.
- Jorge Fornet, *El 71. Anatomía de una crisis*, La Habana, Letras Cubanas, 2013.

- Michel Foucault, *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI, 1983.
- \_\_\_\_\_, *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI, 1985.
- Serge Gruzinski, *El pensamiento mestizo*, Barcelona, Paidós, 2000.
- Ramiro Guerra, *Azúcar y población en las Antillas*, La Habana. Ciencias Sociales, 1970.
- Frederic Jameson, *El postmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Barcelona, Paidós, 1991.
- Rómulo Lachatañeré, *Manual de santería*, La Habana, Ediciones Cubanas, 2014.
- Alberto Lamar Schweyer, *La crisis del patriotismo. Una teoría de las inmigraciones*, La Habana, Editorial Martí, 1929.
- Jean-François Lyotard, *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1987.
- Claudio Magris, *La historia no ha terminado*, Barcelona, Anagrama, 2006.
- Manuel Moreno Fraguas, *El ingenio. Complejo económico social cubano del azúcar*, Barcelona, Grijalbo, 2001.
- Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubanos del tabaco y el azúcar*, edición crítica de Enrico Mario Santí, Madrid, Cátedra, 2002.
- \_\_\_\_\_, *El huracán. Su mitología y sus símbolos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1947.
- Elías José Palti, *Giro lingüístico e historia intelectual*, Buenos Aires, Universidad de Quilmes.
- Antonio Romeu de Arnas, «Pedro de Ponte, personalidad de Tenerife en el siglo XVI dentro de los ámbitos de la economía y la política», en *Anuario de Estudios Atlánticos*, Las Palmas de Gran Canaria, núm. 52, 2006.
- Edward Said, *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama, 2012.
- Gianni Vattimo, *Las aventuras de la diferencia. Pensar después de Nietzsche y Heidegger*, Barcelona, Península, 1986.

## El ensayo como espacio de diálogo intelectual

¿Qué relación guarda el ensayo con la vida intelectual? Por muchos años, la respuesta a esta pregunta tuvo un sesgo predominantemente contenidista: el ensayo se consideraba un surtidor de ideas y conceptos para la reflexión. Considerar, con Mariano Picón-Salas, que el ensayo tiende «un extraño puente entre la poesía y la filosofía», pudo conducir a evaluaciones positivas del género, pero también a que pesara sobre él tanto el estigma de la asistematicidad y la falta de rigor argumentativo exigidos desde el campo de la filosofía como el estigma de la contaminación de la prosa artística por parte de algunos miembros del campo literario, que lo consideraron un antigénero, un género impuro, un género degenerado...

A lo largo de los años mucha agua ha corrido bajo ese «extraño puente» del ensayo, y hoy se lo contempla desde nuevas perspectivas que permiten atender de manera mucho más rica, compleja y productiva la relación entre esta forma eminente de la prosa y la historia intelectual. En lo que sigue procuraré ofrecer algunas reflexiones al respecto.

## 1. EL ENSAYO COMO ESPACIO DE REFLEXIÓN INTELECTUAL

Comenzaremos por asomarnos a algunos ejemplos eminentes de la autopercepción que algunos ensayistas han tenido de la relación fuerte entre su práctica como intelectuales y la apelación al género. Apelaré, a modo de ejemplo notable, a las palabras pronunciadas en entrevista radial de Carlos Real de Azúa (1916-1977), ilustre ensayista, crítico, historiador y estudioso del ensayo uruguayo, que transcribo a cien años de su nacimiento:

Creo haber escrito siempre con un solo fin: aclarar y entender, naturalmente, porque me he dedicado a lo que suele llamarse el ensayismo o el estudio o la crítica, el juicio, como es la crítica etimológicamente. Primero entenderme a mí, o mejor dicho, mis creencias, la puesta en punto y en orden de mis convicciones sobre la vida, el destino y mi contorno. Esto implica también un intento de comunicar ese esclarecimiento a quien pueda interesarse en lo que pienso y, concluyo, esto siempre con miras a la acción y a la conducta. En este sentido, no creo escapar por ningún lado al sentido activista, ético, militante, que según los estudiosos tiene en general el pensamiento en Latinoamérica. Aunque tendría que retocar este autodiagnóstico diciendo que no pude concebir nunca esta inmersión en la circunstancia sin la vivencia alterna de la trascendencia en su sentido más amplio religiosa, ética, y cultural. Soy de los que piensan que en las cosas no está el principio que las ordena, sino fuera de ellas. Pienso también que si algo me ha interesado reiteradamente es la noción precisa de esas ideas y a veces esas meras palabras que cada tiempo entroniza. En este sentido me gustaría considerarme un aprendiz de

redefinidor, sobre todo esos términos del orden político y cultural, tipo de compromiso, alienación, imperialismo, democracia, libertad, arraigo, exigen un esfuerzo empeinado de deslinde y desinfección para que sirvan para la comunicación entre los hombres. Esto es un énfasis en la semántica en los países anglosajones. Y si en algo me reprocho es no haberme dedicado bastante a esa tarea [...]. Creo que no hay ninguna alegría en el escritor como la de ser bien entendido. Inversamente no hay tristeza mayor que el de serlo mal.<sup>1</sup>

Real de Azúa nos ha dejado en este testimonio sobre los actos de *aclarar* y *entender* una buena muestra del enlace entre la figura del intelectual y la práctica del ensayo y nos ha legado además una de las reflexiones más inteligentes que se han hecho en América Latina respecto del género, al que el mismo autor, en un clásico estudio, comenzó por presentar como «un género ilimitado» y terminó por caracterizar como «un género limitable», siempre ligado al quehacer intelectual. Hay «un trazo», dice, «que el ensayo conserva inflexiblemente»: «ese trazo consiste en que el curso del pensamiento que lo crea, del que lo ordena, esté dado por el pensamiento mismo y no por la espacialidad, la temporalidad o la ficción que suele tejerse en sus telares».<sup>2</sup> Ligado al pensamiento, asociado a una perspectiva, a un punto de vista, a una construcción no repetible, el ensayo se encuentra en un espacio inestable entre el ámbito de lo literario y lo no literario, y hace gala de rasgos como originalidad, autenticidad, sello de personalidad, libertad formal e intelectual. «Pero si el ensayo

---

<sup>1</sup> Carlos Real de Azúa, entrevista radial en archivo sonoro de El Sodre de Montevideo, Uruguay, circa 1964.

<sup>2</sup> C. Real de Azúa, *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*, p. 15.

no sigue una trayectoria estricta [...], siempre es discurso en cuanto tipo de marcha, en cuanto capacidad de derivación, de prolongación, de construcción en suma».<sup>3</sup> Es así su «estilo de pensamiento», su «curso del pensar», su «apertura y capacidad de amplificación muy ambiciosa de la verdad encontrada, de la afirmación que se postula», lo que acerca en nuestra opinión una y otra vez el ensayo al trabajo intelectual, al que representa en más de un sentido. El ensayo es «más comentario que información [...]; más interpretación que dato, más reflexión que materia bruta, más creación que erudición, más postulación que demostración, más opinión que afirmación dogmática, apodíctica».<sup>4</sup> «¿Qué es el ensayo en suma?», se pregunta. Y responde: «Una agencia verbal del espíritu, del pensamiento, del juicio, situada —ambigua, incómodamente— en las zonas fronterizas de la Ciencia, de la Literatura y de la Filosofía».<sup>5</sup>

## 2. EL ENSAYO Y LA NEGOCIACIÓN DE SU RELACIÓN CON OTROS DISCURSOS

Estas últimas palabras de Real de Azúa nos conducen a otra cuestión central, que es el problema de la existencia del género en zonas fronterizas entre prácticas y discursos.

Como anota Marielle Macé para el caso francés en *Le temps de l'essai*, entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX se reabre la discusión en torno al papel del ensayo, en un momento en que la literatura busca un nuevo lugar entre las formas de producción del conocimiento, a

---

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 18.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 21.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 26.

partir de la crisis de la prosa del positivismo y la necesaria renegociación en el campo discursivo entre el discurso filosófico, el discurso de las nacientes ciencias sociales, etc. La literatura de ideas renegocia estos espacios en cuanto a su peculiar forma de toma de la realidad y búsqueda de conocimiento, en un momento en que «el intelectual no puede renunciar a la necesidad de dramatizar (o, según otros críticos, de dibujar de manera ficticia) los límites de su quehacer. La dramatización de estos límites será muchas veces suficiente para afirmar la singularidad del territorio del ensayo en el siglo XX». <sup>6</sup> Recordemos que desde la propia definición de intelectual que se gesta con Proust a partir de su reacción en el caso Dreyfus, se afirma la posibilidad de un peculiar estilo de pensamiento y de intervención en la vida política que es el de la literatura. Recordemos además que desde Nietzsche, Kierkegaard o Bergson la filosofía explora nuevas formas de relación con el lenguaje. Es entonces que el ensayo reingresa a la lid entre distintas formas de la prosa de ideas, renueva la «sintaxis» con otras formas que van del panfleto al tratado filosófico, así como renegocia su papel en cuanto productor de conocimiento y legitimador del trabajo intelectual: metáfora, ironía, paradoja y otras figuras serán también reexaminadas en su relación con la apertura del pensamiento. Se exploran además otras formas que se habían abierto desde el propio Montaigne: la relación entre lo particular y lo general, el lugar que ocupan el sujeto, la conciencia, la experiencia, en la producción de conocimiento, etcétera.

Regresando a los umbrales del siglo XX, este reacomodo en la relación entre literatura y conocimiento fue intuido y vivido por los intelectuales latinoamericanos, y en muchos sentidos el modernismo

---

<sup>6</sup> Marielle Macé, *Le temps de l'essai. Histoire d'un genre en France au XXe siècle*, p. 42.

martiano se anticipó a sentirlo en carne propia. Décadas después otros autores dieron cuenta del fenómeno, y es así que Alfonso Reyes se vio precisado a apuntar su carácter vinculador de mundos (el «centauro») y a su relación con el ejercicio de una «inteligencia americana» (como lo hizo en 1936): es en esta atmósfera que se da el caso de Mariano Picón-Salas y otros autores que explicitaron la posibilidad que tiene el ensayo de tender relaciones entre poesía y filosofía, imagen y concepto.

### 3. ENSAYO Y VIDA INTELECTUAL EN AMÉRICA LATINA

Varios de los recuentos históricos y las miradas de conjunto que se hicieron de manera retrospectiva y desde esta nueva preocupación del siglo XX procuraron confirmar que existe en los países, regiones y ámbitos intelectuales que conforman América Latina una *relación fuerte* entre ambas esferas: una relación que no siempre ha sido tersa, y que ha vivido altibajos tale como los que atravesó cuando se debió articular con el discurso proveniente de la historia y las ciencias sociales. Más aún, el propio concepto de América Latina —hoy fuertemente sometido a crítica y debate— se constituye como proyecto a partir de operaciones intelectuales que en muchos casos tienen en el ensayo su escenario principal: allí se dramatizan y se resuelven.

El ensayo será contemplado como uno de los escenarios privilegiados para el despliegue de la reflexión intelectual, por parte de los primeros grandes estudios dedicados a rastrear el género en nuestra región: el de Medardo Vitier (1945) y el de Alberto Zum Felde (1954). Así lo confirman también las distintas antologías y colecciones dedicadas al ensayo, verdaderamente programáticas en algunos casos, como la serie «Tierra firme» del Fondo de Cultura Económica (que constituyó un

verdadero momento de normalización del género en la región), o las revistas en que colindan el artículo y el formato ensayo.

La relación entre ambos orbes fue también hecha explícita de manera programática hace más de cincuenta años por Germán Arciniegas, en «Nuestra América es un ensayo» (1964), cuando se puso en relación de manera fuerte la prosa no ficcional con la historia de América, y se valoró el lugar del ensayo propiamente dicho en su relación con el despegue intelectual que condujo a los movimientos independentistas.<sup>7</sup>

Varios son también los autores que han apelado a elementos de crítica literaria a la hora misma de caracterizar el «pensamiento hispano-americano», como lo hizo el filósofo José Gaos apelando al cruce productivo entre el orden de lo político y lo estético, de lo formativo y lo conversacional.<sup>8</sup>

---

<sup>7</sup> Por mi parte he procurado dar otra vuelta de tuerca a la cuestión, al mostrar que las reflexiones y polémicas despertadas por el descubrimiento del nuevo mundo americano, así como el sentido de viaje y apertura, están ya en la base misma de la obra de Montaigne, como lo está la lectura que éste hace de la obra de Bartolomé de las Casas. Ciertos rasgos básicos del género como apertura interpretativa, postura crítica y toma de distancia del ensayista respecto de la propia cultura, trazo de un espacio de inteligibilidad y debate, relación del ensayo con el concepto de viaje y exploración del mundo en pos de una ampliación del horizonte de sentido, son todos elementos que formaron el perfil del ensayo e hicieron del nuevo mundo del ensayo un ensayo del nuevo mundo. Cf. Liliana Weinberg, *Biblioteca Americana. Una poética de la cultura y una política de la lectura*.

<sup>8</sup> «Entre todos estos temas (estéticos, políticos, pedagógicos, ocasionales) y formas (conversatorias) se hace patente una unidad que viene a ser la característica radical del pensamiento hispano-americano, aquella sobre la cual gravita su significación suma. Puede formularse así: una pedagogía política por la ética y más aún la estética; una empresa educativa, o más profunda y anchamente, “formativa” —creadora o reformadora— de los pueblos hispano-americanos por medio de la “formación” de minorías operantes sobre el pueblo y de la directa educación de éste; por medio, a su vez, principalmente de temas específicamente bellos y de ideas, si no específicamente bellas, expuestas, como aquellos temas, en formas bellas, entre las cuales se destaca la de la palabra oral en la intimidad, la de la conversación. Es posible que toda empresa de tal índole haya de ser [...] obra, por su objeto y fin, de pensamiento “aplicado” —en el sentido de la dirección y de la

La apelación al «pensamiento» como algo ya verbalizado pero también como algo verbalizable a través de una dinámica productiva nos coloca en un *confinium* entre lo que es a la vez acto y resultado, enunciación y enunciado. Nos encontramos en el ámbito de la literatura de ideas y de la prosa no ficcional, donde se hace evidente el mismo tironeo entre representación e interpretación, entre narrativa y reflexión, entre puesta en situación y sentido, entre enunciación y enunciado, entre reflexión y performance, que ha sido una puesta en relación productiva para el trabajo intelectual que se ha traducido en una forma particular que identificamos con este género. Otro aporte en esta línea es el de Juan Marichal, quien desde el propio título de uno de sus textos, *La voluntad de estilo* (1957), adelanta la posibilidad de aplicar la tan productiva como en apariencia superada noción de «estilo» al pensamiento hispanoamericano.<sup>9</sup>

En las últimas décadas emerge una nueva y brillante generación de estudiosos del ensayo que es a la vez enormemente aportativa para la historia intelectual. Es desde su quehacer mismo como ensayistas que proponen repensar al ensayo, en textos tan brillantes como «Modos de ensayo», donde Beatriz Sarlo abre el tratamiento del tema a nuevas perspectivas.

Muchos son los autores cuya práctica crítica y su forma de abordaje de los textos literarios ha abierto una línea riquísima para el encuentro

---

fijeza e intensidad— a “este mundo”, “esta vida”, “el más acá”; obra de un pensamiento ametafísico; en suma y cifra: un “inmanentismo”, José Gaos, *Antología del pensamiento de lengua española en la edad contemporánea*, pp. 87-88.

<sup>9</sup> «El prosista siempre está en compañía —recordaba también Amado Alonso—. No hay estilo individual que no incluya en su constitución misma el hablar común de sus prójimos en el idioma, el curso de las ideas reinantes, la condición histórico-cultural de su pueblo y de su tiempo», Juan Marichal, *La voluntad de estilo. Teoría e historia del ensayismo hispánico*, p. 10.

con la historia intelectual, y sobre cuyos análisis volveré en las páginas que sigue.

#### 4. UN PROBLEMA DE LÍMITES

Existen también experiencias y modelos interpretativos compartidos entre ambas esferas. Tanto en unos como en otros casos, se trata de quehaceres sometidos a la tensión entre esos dos polos que Real de Azúa llamó «lo ilimitado y lo limitable». Se trata, en efecto, de tareas de alcance «ilimitado», no prefijado previamente, que para poder inscribir su práctica deben cumplir con las exigencias de establecer sus propios límites simbólicos. El ensayo se va construyendo y constituyendo sus límites a través del propio movimiento de «toma de la realidad», en un ejercicio que es propio de la actividad intelectual misma y que puede resumirse en el título de un libro de Julio Ramos: «sujeto al límite».<sup>10</sup>

Subrayemos que el ejercicio de la palabra permite no sólo participar en distintos ámbitos de discusión, sino además abrir, instaurar, fundar nuevos espacios de reflexión y diálogo: se trata entonces de una intervención crítica y activa en el ámbito de las luchas simbólicas, que puede llevar a su vez a una reconfiguración en los lugares, los medios, las redes de discusión. El trabajo intelectual no sólo se instala en espacios ya dados, sino que es capaz de abrir e instaurar nuevos espacios simbólicos y proponer nuevas tramas interpretativas. Este movimiento se ve en muchos casos confirmado por la práctica: si existe una región donde se haya vivido la rica eclosión de proyectos intelectuales

---

<sup>10</sup> Cf. Julio Ramos, *Sujeto al límite: ensayos de cultura literaria y visual*.

traducidos en formaciones e instituciones (tomo aquí términos de Raymond Williams), ese espacio ha sido el latinoamericano. Más aún, la propia concepción de lo latinoamericano se define en ese entre-espacio donde se retroalimentan prácticas y discursos, proyectos y concreciones, actos enunciativos y enunciados, todos ellos apoyados en un tercero que postula la posibilidad de los anteriores: lo «latinoamericano» no es una esencia dada sino un proceso en construcción.

## 5. REPRESENTACIÓN Y REPRESENTATIVIDAD

Por mi parte he afirmado desde mis primeros trabajos la idea de que todo esfuerzo de representación del intelectual, lejos de ser neutral, va siempre de la mano de un intento por defender la representatividad de su discurso. Para empezar, resulta de interés rastrear las distintas «representaciones del intelectual», como lo planteó Edward Said en el libro homónimo, y como lo hicieron en nuestro medio Roberto González Echevarría al hablar de «la voz del maestro» o Beatriz Colombi al rastrear el paso de las distintas voces enunciativas que se inscriben en el modelo del profeta o del maestro en el ámbito latinoamericano. Al hacerlo así, lograron los ensayistas rearticular desde la propia situación enunciativa y dar distintas resoluciones simbólicas a diversas situaciones, prácticas y discursos.

Por otra parte, así lo ha escrito Oscar Terán:

El análisis de las representaciones no es un tema separado de la historia, sino que las representaciones son parte de la historia, contribuyen a la historia, son elementos activos en los rumbos que toma la historia, en la manera como se distribuyen sus fuerzas, en la manera como la

gente percibe las situaciones, tanto desde dentro de sus apremiantes realidades como fuera de ellas.<sup>11</sup>

No sólo debe el ensayista negociar sus espacios de intervención en la cosa pública desde el plano de las representaciones, sino que, desde la escritura misma del ensayo, desde el laboratorio mismo en que dichas representaciones se representan, se marcan elementos de la mayor importancia.

La representación del trabajo intelectual se lleva a cabo, se dramatiza, en el ensayo (puesto que, como mostró Adorno, éste no sólo representa temas y problemas exteriores al texto sino el propio proceso interpretativo que el ensayista lleva a cabo). Y para el caso de América Latina, encontramos también la exigencia de una doble articulación con la representatividad política de la palabra. He tratado esto para el caso del ensayo político de Bernardo de Monteagudo o del propio Bolívar, cuya prosa está atravesada por un doble movimiento de búsqueda de legitimación del discurso y, a través de él, de su papel en la política. He perseguido estas cuestiones en otras grandes figuras del XIX como el argentino Esteban Echeverría, el mexicano Ignacio Ramírez o el cubano José Martí. Me atrevo a decir que un estudio en profundidad del modo en que se ha manifestado esta dupla, representación y representatividad, nos abriría una riquísima veta para entender uno de los aportes específicos que (pienso sobre todo en los casos eminentes de Alfonso Reyes y Octavio Paz) el quehacer intelectual y ensayístico de nuestra región ha dado al mundo.

---

<sup>11</sup> Oscar Terán, *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, pp. 10-11.

Considero oportuno ver al ensayo —y a la familia de la prosa de ideas— como espacios simbólicos donde el autor realiza varias operaciones: no sólo se trata de desplegar una interpretación, sino también de entrar en diálogo productivo con una tradición de pensamiento, con una genealogía de lecturas, con los antecesores, aliados y contendientes en el campo intelectual, y a partir de allí aportar elementos para la reconfiguración del mismo.

Vistos desde esta perspectiva, los ensayos «representativos» son aquellos que representan a la vez una «inflexión» en el debate de ideas e incluso, a través de nuevos modos del nombrar y del decir, amplían los horizontes de inteligibilidad e instauran nuevas perspectivas en el modo en que una sociedad se contempla y se interpreta a sí misma.

## 6. UNA SINTAXIS DE GÉNEROS Y DE PRÁCTICAS

Se abre ante nosotros a partir de esto una amplia tarea, que es la de volver a revisar las reformulaciones que, en distintos cortes temporales, ha debido atravesar el ensayo, así como sus distintas puestas en relación con otras formas de la prosa de ideas, su «sintaxis» respecto de otras manifestaciones discursivas, así como respecto de los nuevos medios, soportes, circuitos, redes, prácticas diferenciales y sistemas discursivos.

Así, por ejemplo, no es lo mismo pensar en el lugar social que ocupa el ensayo a principios del siglo XIX, cuando se establece una pugna entre una forma legitimada y «oficial» de la prosa, apoyada en el modelo del cristianismo ilustrado de un Feijoo, una incipiente formación discursiva crítica ligada a viajeros y exploradores (pensemos en los jesuitas), y la llegada de una prosa de contenido político e ideológico ligada a los textos que ingresan «de contrabando» (Rousseau, Voltaire), así como también

con los nuevos circuitos de ideas que, ayudados por la expansión del periodismo, circulan provenientes de la Francia revolucionaria y de los Estados Unidos, para décadas después vincularse a prácticas como el «discurso patriótico» y a figuras como la del «publicista». El ensayo vive señaladamente a lo largo del siglo XIX fenómenos de expansión, reacomodo, renegociación, respecto de otras formas afines, en un proceso que algunos estudiosos han determinado como la aparición de «géneros mixtos».

Peculiar es, a mediados del XIX, el caso del *Facundo* (1845), que es en sí mismo teatro de una pugna y reajuste de formas discursivas, ya que incluye ensayo, discurso histórico, narrativa de corte romántico, debate político, incluso prosificación de poesía popular, además de que incorpora y pone en tensión dos formas de figuración del escritor que alimentan y son alimentadas a su vez por dos perspectivas: la que es propia de la narrativa romántica y la que está ya anunciando la exposición diagnóstica de los males sociales, dirigida a su vez a los distintos tipos de destinatarios cuya existencia el propio texto anticipa y postula, en el trazado de un nuevo y original espacio de inteligibilidad.

En un trabajo dedicado a estudiar el problema del género en el *Facundo*, Miguel Gomes pasa revista a las distintas versiones del texto, desde su primera aparición como una serie de folletines hasta su consolidación a través de distintas ediciones, y al hacerlo así muestra cómo la propia reflexión metatextual del autor sobre la obra publicada por primera vez en 1845, y a la que ya en la segunda edición de 1851 califica como «ensayo y revelación para mí mismo de mis ideas», permiten ir descubriendo una paulatina toma de conciencia genológica por parte del autor, unida a su reflexión sobre la intervención en las luchas ideológicas. Gomes nos recuerda además cómo esta conciencia

de género se va perfilando a través del intercambio de cartas con Adolfo Alsina. Dicho de otro modo, la reflexión sobre los términos de la escritura, los límites entre narración, poesía, drama y diagnóstico de la vida argentina, se dan de manera contemporánea con la propia inserción de Sarmiento en las luchas ideológicas y, más aún, las representan. El análisis de Gomes puede ponerse en productivo diálogo con el precedente fundamental del estudio de la obra de Sarmiento y el discurso romántico por parte de Carlos Altamirano, quien en un importante estudio prefiere, en lugar de reducir a ensayo otras formas, apelar a la designación más amplia de «prosa de ideas» y al hacer un recuento de la recepción crítica del *Facundo* sintetiza la tensión básica que se estableció entre quienes ven el gran texto sarmientino como «obra del pensamiento» donde se puede buscar la doctrina y la interpretación histórica o los elementos de una sociología y aun una filosofía nacional, contra otra posible visión del mismo como un texto con propiedades literarias, y en tal carácter como trabajo de la imaginación y prosa en que se manifiesta una serie de atributos y procedimientos retóricos que articulan el discurso. Elementos recuperados por Altamirano como la autodesignación de Sarmiento como «escritor público» o su apelación a la imagen del «campo de batalla de la civilización», nos permiten llevar agua a nuestro molino en cuanto muestran a autor en situación y a la palabra como una forma de instaurar campos de batalla ideológica.

## 7. ENTRE LA LITERATURA Y LA LEY

La mención del *Facundo* y su particular modo de legitimación en el ámbito discursivo de su época me conduce a otro elemento fundamental: el de

la relación entre la palabra y la ley. En efecto, otro elemento enormemente productivo para explorar ensayo y vida intelectual en América Latina es el de la relación entre ensayo, producción intelectual y marco jurídico: se trata de la relación del discurso con aquello que James Boyd llama «la imaginación legal». La relación entre la palabra del ensayista y el marco jurídico se hace particularmente evidente en las tensiones de los siglos XVIII y XIX, a lo largo del cual la palabra del ensayo se irá paulatinamente articulando con una retórica laica que defiende el lugar del publicista en la vida social y busca permanentemente su legitimación como tal.

El estudio de la relación entre la letra y la ley ha dado lugar a originalísimos acercamientos como el realizado por Gisèle Sapiro —y en América Latina su colega Gustavo Sorá— a cuestiones jurídicas en las cuales los escritores que han sido llevados al banquillo de los acusados deben explicar su posición y al hacerlo logran pensar desde otro nivel su propio quehacer. A partir de ellos se evidencia cómo particularmente a fines del siglo XIX y principios del XX presenciamos una renegociación del lugar del escritor, en cuestiones que se tocan con el ámbito de lo jurídico. Es por ello que quiero aquí meramente dejar esbozada la necesidad de que se abra una nueva vía para estudiar estos fenómenos, y apelo al ejemplo eminente de autores como José Martí, en quien se evidencia y dramatiza —con adelanto respecto de Europa, y con una tempranísima comprensión del lugar del intelectual— la recolocación del ensayo en el cuadro de los géneros, la reformulación del trabajo intelectual como quehacer en que concurre la poesía (ese trazo de «tramas imaginales» a que alude Miguel Gomes), la exigencia de una prosa «centelleante y cernida, cargada de idea», y desde el propio ensayo se rediseña el lugar del intelectual, entre el quehacer

nocturno del creador y el quehacer diurno de quien interviene en la cosa pública. En un análisis admirable, Julio Ramos ha mostrado cómo «Nuestra América» es respuesta no sólo a la interpretación de lo americano a partir del modelo sarmientino de «civilización y barbarie», o de toda interpretación que acríticamente se importara de Europa, y muy particularmente de los diagnósticos racistas de los males de nuestra América que desde el positivismo formulaban autores como Francisco Bulnes. En esta renegociación entre diagnósticos y figuras de lo americano, Martí inaugura un nuevo lugar para el pensamiento crítico, que no prescinde del trabajo sobre el estilo, o de la posibilidad de elaborar un diagnóstico político a partir de la intuición poética, y que encuentra en la apelación al modelo de la naturaleza un criterio de autenticidad de la palabra para el reingreso a la lid de las ideas y la intervención en el espacio público.

Se trata de un interesante proceso de «subjetivación» (en el sentido de Arturo Roig), que así caracteriza Julio Ramos y, dada su importancia, cito *in extenso*:

En términos del campo literario —cuya especificidad y relativa autonomía se constituye precisamente en el interior de tales transformaciones— ese proceso de racionalización moderna sometió a los intelectuales a una nueva división del trabajo, impulsando la tendencia a la profesionalización del medio literario y delineando la reubicación de los escritores ante la esfera pública y estatal. Pero más importante aún, puesto que cruza diagonalmente y a la vez desborda los marcos del análisis sociológico e institucional, el proceso de autonomización produjo un nuevo tipo de sujeto relativamente diferenciado, y frecuentemente colocado en situación

de competencia y conflicto con otros sujetos y prácticas discursivas que también especificaban los campos de su autoridad social. Este sujeto literario se constituye en un nuevo circuito de interacción comunicativa que implica el repliegue y la relativa diferenciación de esferas con reglas inmanentes para la validación y legitimación de sus enunciados. Más allá de la simple construcción de nuevos objetos o temas, esa autoridad discursiva cobra espesor en la intensificación de su trabajo sobre la lengua, en la elaboración de estrategias específicas de intervención social. Su mirada, su lógica particular, la economía de valores con que ese sujeto recorre y jerarquiza la materia social demarca los límites de la esfera más o menos específica de lo estético-cultural.<sup>12</sup>

En cuanto a «las contradicciones que marcan la inflexión latinoamericana de ese proceso de autonomización», dice:

Al no contar con soportes institucionales, el proceso desigual de autonomización produce la hibridez irreductible del sujeto literario latinoamericano y hace posible la proliferación de formas mezcladas, como la crónica o el ensayo, que registran, en la misma superficie de su forma y modos de representación, las pulsiones contradictorias que ponen en movimiento a ese sujeto híbrido, constituido en los límites, en las zonas de contacto y pasaje entre la literatura y otras prácticas discursivas y sociales.<sup>13</sup>

---

<sup>12</sup> Julio Ramos, «El reposo de los héroes: las “Dos patrias” de José Martí y la legitimidad de la poesía», p. 150.

<sup>13</sup> *Idem.*

## 8. SOCIABILIDAD INTELLECTUAL Y PRODUCCIÓN TEXTUAL

Apelo por otra parte a los trabajos que yo misma he venido realizando desde hace ya muchos años para tender puentes entre uno y otro de los ámbitos del conocimiento, como lo muestran los dos volúmenes colectivos de *Estrategias del pensar* (2010) y los dos volúmenes de *El ensayo en diálogo* (2017), en los que participaron varios de los más connotados estudiosos de la historia intelectual en América Latina.

Estos trabajos me llevaron a confirmar la necesidad de incluir otro ingrediente fundamental a la discusión: el de la sociabilidad y el diálogo intelectual como elementos fuertes en la conformación de los textos, y que permiten además encontrar puntos de encuentro y tejido entre esas dos líneas a que se refirió Carl E. Schorske (2011): «La línea diacrónica es la urdimbre de la tela de la historia cultural, y la línea sincrónica, la trama».<sup>14</sup> Considero que se trata de los mismos materiales con que el ensayista, así como el historiador de la cultura y el historiador intelectual, contribuyen a tejer proactivamente una tela en la que confluyen tradiciones culturales, líneas de diálogo y debate intelectual, significados y apelaciones tropológicas.

En los últimos años se ha expandido el concepto de «red intelectual», que muestra hasta qué punto un sujeto de pensamiento no es una mónada aislada sino que su producción y sus ideas son profundamente *relacionales y dialógicas*, y no sólo eso, sino que además, para decirlo con Bourdieu, existen rasgos de su desempeño que no pueden entenderse sin su función dentro del campo, como efecto de campo.

---

<sup>14</sup> Carl Schorske, *La Viena de fin de siglo. Política y cultura*, p. 19.

De allí que leer la correspondencia entre intelectuales, sus encuentros y desencuentros, sus intervenciones y sus polémicas, su participación en revistas y proyectos editoriales, reuniones de ateneos, cursos y conferencias, resulte particularmente útil a la hora de entender su pensamiento y sus propuestas. El estudio del diálogo intelectual es un campo en expansión, como lo prueba el creciente fortalecimiento de nuevos campos de interés, como el estudio de las revistas, las editoriales, las bibliotecas, las redes sociales y las distintas formas de sociabilidad intelectual. A ello hemos esperado contribuir en los libros colectivos arriba mencionados.

## 9. TÁCTICA Y ESTRATEGIA

Por otra parte, el ensayo representa, a través de una táctica escritural, la propia práctica intelectual, sus movimientos y operaciones estratégicas. En un libro admirable Réda Bensmaïa se dedica a pensar el ensayo como táctica antes que como estrategia, ya que, siguiendo a Barthes, ve como predominante el trabajo en el orden de la escritura, en la que la presencia del autor y de las condiciones exteriores del texto eran subsumidas por el puro despliegue de la relación entre el escritor y el lenguaje. Sin dejar de reconocer las bondades de este enfoque, no podemos omitir que el estudio del ensayo latinoamericano nos envía precisa y permanentemente a la articulación entre el discurso y la práctica y a pensar que, de manera directa o indirecta, toda táctica escritural está ligada a una toma de posición y a una estrategia simbólica en el campo.

Siguiendo el razonamiento de Adorno, el ensayo podría entonces considerarse representación y expresión textual de un trabajo, una

práctica intelectual: teatro, laboratorio, del propio acto de razonar el intelectual y representar las condiciones de su práctica. Para ello no tenemos sino que asomarnos a la obra de Mariátegui, quien ha tematizado una y mil veces el vínculo de su obra con el mundo social, desde las meditaciones con que se abren los siete ensayos hasta su famoso «Testimonio de parte», donde no sólo rompe la barrera entre el adentro y el afuera del texto, sino que reviste esta decisión de un fuerte contenido jurídico y lo refuerza con la imagen de un acto de juicio: «Mi testimonio es convicta y confesamente un testimonio de parte», escribe Mariátegui en el comienzo de «El proceso de la literatura». Con ello ha contribuido a hacer explícito el carácter crítico del ensayo, y lo ha equiparado con un proceso jurídicamente abierto:

La palabra proceso tienen en este caso su acepción judicial. No escondo ningún propósito de participar en la elaboración de la historia de la literatura peruana. Me propongo, sólo, aportar mi testimonio a un juicio que considero abierto. Me parece que en este proceso se ha oído hasta ahora, casi exclusivamente, testimonios de defensa, y que es tiempo de que se oiga también testimonios de acusación.<sup>15</sup>

Este pasaje es por lo demás uno de los más claros y contundentes ejemplos del enlace entre el *yo* privado y el *sujeto* público, del paso de aquello que Said llama una «filiación» de origen a una «afiliación» como asunción de un destino, y del interés del intelectual de hacer de sus escritos formas de intervención en el debate: se trata exactamente del lugar en que confinan discursos y prácticas. Mariátegui asume

---

<sup>15</sup> José Carlos Mariátegui, «El proceso de la literatura», p. 229.

abiertamente una posición de compromiso con el discurso, a un punto tal de considerarse a sí mismo «testigo de parte».

## 10. FIGURACIONES DE AUTOR

Emprender una relectura del ensayo desde los problemas acuciantes que acompañan a nuestros intelectuales, atenazados entre aquello que Ricardo Piglia —a partir de Benjamin y Wittgenstein— llama la tensión entre «el decir y el mostrar», dota de particular fuerza y dramatismo a sus textos y da nueva vida a *nuestra lectura de su lectura* de la realidad. Dicho de otro modo, si por muchos años se ha tendido a establecer comparaciones entre la prosa no ficcional del ensayo y la ficción, o entre el trabajo de imágenes que proporciona el ensayo y la poesía, o entre el discurso académico y el discurso ensayístico, la veta performativa del ensayo, esta fuerte constitución de un personaje representativo del escritor de carne y hueso que se mueve además entre el diálogo, la presentación de sí y el soliloquio abierto a los demás, entre la representación, la presentación, la construcción de una voz autoral, en esto que Julio Premat llama la «construcción de una figura de autor», confirma, con Edward Said, que el texto es un espacio a través del cual un intelectual construye su propia afiliación.

Así, por ejemplo, un estudio a fondo de la reseña que Mariátegui, autor de los *Siete ensayos*, hace a los *Seis ensayos* de Henríquez Ureña, nos muestra cómo esa reseña es en sí misma una toma de posición, la asunción de un destino para la crítica profesional, y en tal sentido una afiliación del propio Mariátegui como crítico construida en diálogo con la obra de Henríquez Ureña. Y a la vez, sólo el rastreo de la correspondencia entre Mariátegui, Henríquez Ureña y Samuel

Glusberg, amigo y editor de ambos, permite descubrir que la cercanía en los respectivos numerales contenidos en el título de ambos autores no es casual, sino que obedece al mar de fondo dado por el diálogo intelectual.

Y ya que me he referido al gran autor dominicano, toda su obra —comenzando por su tesis de derecho, dedicada a la Universidad— puede leerse en esta clave: la construcción de su propia figura intelectual en diálogo con los temas, problemas, pares y antagonistas estratégicamente incorporados a su discurso. El carácter particularmente «apolíneo» y «controlado» de la prosa del dominicano deja de todos modos traducir sus pasiones intelectuales, sus compromisos políticos y sus políticas textuales de alianza y propuesta de movimientos y programas estratégicos de acción e intervención. En una operación doblemente abismal, a la vez que construye su figura de intelectual, Henríquez Ureña construye un mapa cultural de América y una tradición de pensamiento. Basta con asomarse a su Rodó para ver el deslinde que él está haciendo permanentemente entre un Rodó adoptado como modelo del juvenilismo y el arielismo, de inmediato opuesto a la mirada positivista, para poco después él mismo deslindar a la figura dinámica del maestro del Rodó cristalizado que debe revisitarse para poner al día las propias rutas.

Quiero ahora retomar el diálogo con Carlos Altamirano, quien en su conferencia sobre historia intelectual recupera tres autores centrales: Carl Schorske, Hayden White y Pierre Rosanvallon, además de otro amplio número de nombres clave para la constelación de la historia intelectual, entre quienes menciona a Skinner y Pocock en el ámbito de la Escuela de Cambridge o Meinecke, Koselleck, Karl Löwith y Hans Blumenberg en el ámbito germano. Y concluye:

...creo que el breve repaso de las posiciones de Carl Schorske, Hayden White y Pierre Rosanvallon basta para advertir que la nueva historia intelectual se declina en plural. ¿Qué elemento común se halla en todas las variedades de historia intelectual, sean nuevas o viejas? La atención privilegiada que se presta a las significaciones, se hable de ideas, representaciones o discursos, y al «trabajo» de esas significaciones en un área de alcance variable (una ciudad, un país o unidades espaciales más amplias) y en un tiempo histórico determinado [...] la historia intelectual mantiene relaciones con disciplinas más o menos vecinas, relaciones de alianza, de préstamos, de fertilización mutuas. Como la filosofía y los estudios literarios [...] también la historia política figura entre esas disciplinas contiguas.<sup>16</sup>

## 11. LA RADICAL DIALOGICIDAD DEL QUEHACER INTELECTUAL

Si revisamos distintas definiciones de intelectual, notaremos que en su mayoría no incluyen como uno de los rasgos determinantes de esta figura la dimensión de la sociabilidad, sino que persisten en una concepción del sujeto aislado. Si bien en la práctica se acude en muchos casos al estudio de la inserción del intelectual en climas de debate, en redes intelectuales, en proyectos compartidos, etcétera, pocas veces se lo piensa como nodo en que confluyen los mismos o se admite que la propia producción y la propia figuración como intelectual se ven íntimamente afectadas por ellos. A diferencia del estudio de revistas o proyectos editoriales, para cuyo estudio sí se hace necesario apelar a aquello que Prochasson denomina *lieux*, *milieux* y *réseaux*, esto es, lugares, medios y redes, y, como

---

<sup>16</sup> Carlos Altamirano, «Sobre la historia intelectual», p. 23.

lo dice una estudiosa, tomando en cuenta la doble dimensión textual y humana que conlleva la existencia de redes intertextuales (ecos entre diferentes lugares de publicación y expresión que desbordan los límites de lo literario) y redes interpersonales (medio y nudos de sociabilidad).

Otro tanto sucede cuando, en la línea de los estudiosos del lenguaje, se procura estudiar significaciones sin prestar atención al sentido. Apelo aquí a la expresión de Tomás Segovia: *todo decir es un querer decir* y no me cansaré de insistir en las consecuencias radicales de esta afirmación. No se trata aquí de ninguna consideración metafísica del «sentido», sino de sus connotaciones pragmáticas de *uso* y *direccionalidad* u *orientación*, que tan decisivas son a la hora de comprender la *inscripción* de los discursos.

Por otra parte, ya desde el momento en que el intelectual asume una firma responsable por la palabra empeñada y por la propia autoría aparece un marcador social fuerte y una obligada apertura de toda filiación de origen a una afiliación y destinación de la palabra.

Retomo, ya para concluir, la pregunta que dio origen a mi reflexión, y respondo que desde una consideración radical del ensayo como un texto-en-diálogo se haría posible completar, reforzar, añadir un mayor énfasis, al elemento dialógico que está en la base del trabajo intelectual. Volvamos al propio Montaigne, quien retoma las distintas tradiciones de revivificación del diálogo (la tradición platónica y la tradición humanista), pero a su vez las pone en abismo, al introducir el componente de la conversación viva, amistosa, del debate, del *conférer* como conversar, como discutir, como polemizar, como esgrimir razones, como enjuiciar, como examinar y sopesar las ideas, para repensar la noción de diálogo abierto, vivo, en tiempo presente, regido por una sola forma reguladora, la búsqueda de la verdad, y por un solo árbitro posible:

la verdad siempre perseguida, como una presa viva y escurridiza que tienta al perseguidor y se escapará siempre del mejor cazador. Montaigne hace explícita una nueva forma de cacería: la persecución intelectual de la verdad en un mundo cada vez más abierto, más complejo, más incierto, a través del discurso abierto, que en mucho se asocia al viaje, la exploración, el recorrido por el mundo de las ideas. Ciertos rasgos básicos del género como apertura interpretativa, carácter exploratorio, postura crítica y toma de distancia del ensayista respecto de la propia cultura, así como relación del ensayo con el concepto de viaje y exploración del mundo en pos de una ampliación del horizonte de sentido, son todos elementos que formaron el perfil del ensayo.

Existe también un importante componente, que acompaña al género como su marca de agua: la relación entre responsividad y responsabilidad por la palabra. Como ya mostró Bajtín, todo enunciado es a su vez respuesta al denso y complejo concierto del discurso social, integrado por innúmeras, infinitas y cambiantes voces. En el caso del ensayo se da pues la responsividad de la palabra en él pronunciada y escrita, pero también una asunción responsable de la misma, en cuanto todo ensayo lleva una firma, es la asunción de una firma y de una postura en el debate intelectual y en el mundo social.

De los puntos cardinales inaugurados por Montaigne (retomo aquí en parte la propuesta de Walter Mignolo):<sup>17</sup> el subjetivo, el objetivo, el ideológico y el crítico, el ensayo latinoamericano se ha volcado por mucho tiempo hacia el tercero, para retomar de todos modos, en distintas épocas y conforme se fue dando una más fuerte configuración de los

---

<sup>17</sup> Cf. Walter Mignolo, «Discurso ensayístico y tipología textual» y *Teoría del texto e interpretación de textos*.

campos, los restantes modos de la preocupación por el yo, el sujeto y el ejercicio hermenéutico y creativo (hoy característico del ensayo literario); la preocupación por la indagación del mundo en que el yo se combina con un «se» impersonal, vaciado de rasgos particulares (característico del ensayo científico y del discurso académico), un yo que realza su capacidad para el ejercicio crítico (el campo de la crítica es uno de los campos de más marcada diferenciación en nuestros días).

En el caso del ensayo ideológico, que incorporó desde fines del siglo XVIII las ideas de las Luces y la Revolución Francesa, animado por Voltaire, Montesquieu, Rousseau, y que implica una permanente toma de distancia crítica y reflexiva del ensayista respecto de las costumbres, la cultura, la política, las instituciones, el lenguaje, no cabe duda de que constituye la tradición vertebral de nuestro trabajo intelectual, aunque no sólo, en cuanto, insisto, hoy se prodiga en distintas modalidades, reviste distintas formas y, sobre todo, rompe barreras, cruza fronteras, permea y es permeado por otros géneros, desde la ficción hasta la crónica, así como se apoya en otros soportes, como el documental.

La apelación al diálogo intelectual envía, por una parte, a un imaginario apoyado en la construcción de un espacio de lectura y una figura de lector apoyados a su vez en la figura de la amistad textual muy bien estudiado por Kuisma Korhonen. Para el caso de América Latina, envía también a enfatizar la profunda dialogicidad y la rotunda relacionalidad que todo texto instaura y restaura. Todo texto está en situación, envía a un lugar de enunciación, y está inscrito en un amplio marco en que confluyen horizontes interpretativos, debates de ideas, tradiciones y valores, lecturas y conceptos, motivos y rumores en los que el ensayo abreva en busca del sentido pero que al mismo tiempo resignifica y reinterpreta en el acto de su escritura.

Es recomendable recordar la relación del ensayo con las prácticas discursivas epocales, reforzando su vínculo con las condiciones de enunciación que dejan marca en el mismo, y recordar que el ensayo ha permitido hacer cosas con palabras: incidir en debates intelectuales, marcar posiciones en el campo cultural. Por fin, para tomar el tan productivo concepto de «horizonte discursivo» planteado por Said, se hará posible entender el ensayo a la luz de un horizonte social de sentido, históricamente variable y ligado a una comunidad interpretativa. El ensayo entra en la arena de los debates intelectuales, artísticos y políticos de su época. A través del ensayo un autor marca posiciones, incide en debates, propone nuevas perspectivas para inscribirse en las luchas simbólicas pero también para influir de manera más o menos directa en el acontecer social.<sup>18</sup>

El estudio del ensayo ha atravesado distintos momentos fundamentales, uno de los cuales es, a partir de Lukács, su puesta en relación con la crítica, como más tarde, a partir de Barthes, será su puesta en relación con la escritura. Por mi parte regreso, para finalizar, a otro de los autores clásicos: Theodor W. Adorno, quien, como ya se dijo, mostró de manera notable que el ensayo no sólo es representación del mundo sino representación del proceso intelectual que lleva a cabo su autor. En años recientes, Kuisma Korhonen ha propuesto también que el ensayo se apoya en el proceso de construcción de una figura de amistad intelectual nunca colmada. Mi propia experiencia crítica me ha conducido a proponer que todos estos aportes son fundamentales para pensar la relación entre ensayo e historia intelectual en América Latina, e insistir en que en el ensayo se representa también el proceso de diálogo y tejido

---

<sup>18</sup> L. Weinberg, *op. cit.*, p. 31.

de redes de sociabilidad intelectual: de allí la necesidad de repensar el ensayo y releer a los grandes autores desde esta perspectiva de diálogo y la figura de una amistad nunca del todo colmada, que está en la base de todo proceso de autoconstrucción y autofiguración intelectual.

Cartas, registros de participaciones públicas, artículos, manifiestos, discusión en redes, proyectos políticos y de política cultural (editoriales, revistas, etcétera) son algunas de las formas que no sólo pueden recibir un tratamiento como fuentes «ancilares» para complementar el estudio de los ensayos particulares, sino que pueden abrirnos a la posibilidad de lecturas «a contrapelo» capaces de agitar la aparente mansedumbre de los textos y más aún, llegar incluso a repensar el estatuto de la representación y la representatividad en el ensayo, así como el vínculo entre responsividad y responsabilidad por la palabra.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Carlos Altamirano, *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- \_\_\_\_\_, «Sobre la historia intelectual», en Selnich Vivas Hurtado (coord.), *Utopías móviles. Nuevos caminos para la historia intelectual en América Latina*, Medellín, Universidad de Antioquia-Diente de León, 2004, pp. 16-31.
- Marc Angenot, *La parole pamphlétaire. Typologie des discours modernes*, París, Payot, 1982.
- Francisco Bulnes, *El porvenir de las naciones latinoamericanas ante las recientes conquistas de Europa y Norteamérica. Estructura y evolución de un continente* (1899), México, Pensamiento Vivo de América, 1945.

- José Gaos, *Antología del pensamiento de lengua española en la edad contemporánea* (1945), en *Obras completas*, vol. VI, México, UNAM-Coordinación de Humanidades, 1990.
- Miguel Gomes, «La nostalgia modernista del centro. Martí y Darío», en *La realidad y el valor estético. Configuraciones del poder en el ensayo hispanoamericano*, Caracas, Editorial Equinoccio-Universidad Simón Bolívar, 2009.
- Marielle Macé, *Le temps de l'essai. Histoire d'un genre en France au XX<sup>e</sup> siècle*, París, Éditions Belin, 2006.
- José Carlos Mariátegui, «El proceso de la literatura», en *id.*, *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), Lima, Amauta, 1969.
- Juan Marichal, *La voluntad de estilo. Teoría e historia del ensayismo hispánico*, Barcelona, Seix Barral, 1957.
- Walter Mignolo, «Discurso ensayístico y tipología textual», en Isaac J. Lévy y Juan Loveluck (ed.), *El ensayo hispánico*, Columbia, University of South Carolina, 1984, pp. 45-61
- \_\_\_\_\_, *Teoría del texto e interpretación de textos*, México, UNAM, 1986.
- Christophe Prochasson, *Les Intellectuels, le socialisme et la guerre (1900-1938)*, París, Seuil, 1993.
- Julio Ramos, «El reposo de los héroes: las “Dos patrias” de José Martí y la legitimidad de la poesía», en Raúl Rodríguez Freire (ed.), *Latinoamericanismo a contrapelo*, Popayán, Universidad del Cauca, 2015, pp. 147-157.
- Julio Ramos, *Sujeto al límite: ensayos de cultura literaria y visual*, Caracas, Monte Ávila Editores, 2012.
- Carlos Real de Azúa, *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*, 2 vol., Montevideo, Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, 1964.

- Edward Said, *The World, the Text and the Critic*, Cambridge, Harvard University Press, 1983 (traducción al español: *El mundo, el texto y el crítico. Ensayos selectos*, Fátima Abreu (trad.), Liliana Weinberg (introd.), México, CCyDEL-UNAM, 2004).
- Carl Schorske, *La Viena de fin de siglo. Política y cultura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.
- Oscar Terán, *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.
- Medardo Vitier, *Del ensayo americano*, México, FCE, 1945.
- Liliana Weinberg, *Biblioteca Americana. Una poética de la cultura y una política de la lectura*, México, FCE, 2014.
- Alberto Zum Felde, *Índice crítico de la literatura hispanoamericana: los ensayistas*, México, Guaranía, 1954.

## Sobre la vida en rodajas o el (sin)sentido de la biografía intelectual

Al justificar la escritura de *Derrida*, libro monumental que reconstruye los vínculos entre la trayectoria y las ideas de este filósofo francés, Benôit Peeters explicó al lector que entre sus manos sostenía, no una *biografía intelectual*, sino «la biografía de un pensamiento a la vez que la historia de un individuo». La diferencia radicaba en que, sin desatender sus principales retos —como el problema de identificar las influencias y las claves de lectura, las preguntas en torno a la génesis de una obra y la necesidad tanto de atender las polémicas como de determinar la recepción—, sus páginas carecían de las limitaciones asociadas con el género, en su versión tradicional. Entre ellas destacaba el principio organizador que brinda coherencia al término y que impone un desigual interés por las distintas facetas del sujeto. Al enfocar la atención en los vuelos del espíritu, en efecto, dimensiones

como la infancia, la familia, el amor y las condiciones concretas que regulan la existencia, pasan a un segundo plano, como si los factores afectivos y materiales fueran accidentales, accesorios o excesivamente elementales y prosaicos. Su exclusión como parte de la narrativa se convertía en una consecuencia natural e incluso inevitable. Por si fuera poco, en esa jerarquía en la escala del saber subyacía una distinción implícita entre vida pública y vida privada, distinción problemática en la medida en que ambas categorías, además de difusas y cambiantes, se sostienen mutuamente. En rechazo manifiesto a ambos presupuestos, «la presente biografía —aclaró el autor— no quiso prohibirse nada».<sup>1</sup>

Si bien prescindir del adjetivo «intelectual» no basta para sustraerse a los cuestionamientos que ha despertado esta vertiente del género biográfico, las palabras de Peeters apuntan hacia algunas de sus mayores debilidades, en primer lugar la tendencia a presentar a individuos enteramente racionales y, por lo mismo, descarnados, etéreos e indiferentes ante los imperativos del cuerpo y la cotidianidad. A partir de una lógica intelectualista —aquella que dicta, entre sus principales postulados, que las ideas sólo surgen, se desarrollan y se reproducen al contacto con otras ideas—,<sup>2</sup> personajes abstractos y argumentos sin tacha han llegado a erigirse en los protagonistas de relatos, cuyo contexto se limita a referir el diálogo, por lo general muy sesudo, con otros tantos autores de excepción. En ese sentido apenas resulta casual que la célebre «lección de cocina» de sor Juana Inés de la Cruz, por mencionar un ejemplo eminente, se interprete únicamente como una metáfora que ridiculiza tanto la ortodoxia católica como la división sexual del

---

<sup>1</sup> Benôit Peeters, *Derrida*, pp. 15-16.

<sup>2</sup> A este respecto, cf. Randall Collins, *Sociología de las filosofías*, pp. 1-17.

trabajo, pero sin apenas discutir la explícita alusión a la práctica y a las vivencias. De ahí que la pregunta, «Pues, ¿qué os pudiera contar, Señora, de los secretos naturales que he descubierto estando guisando? Veo que un huevo se une y fríe en la manteca o aceite y por contrario se despedaza en el almíbar», siga despertando sólo una sonrisa de cómplice incredulidad ante lo que sor Juana tildó como «frialdades».<sup>3</sup> A causa del olvido o de un implícito desdén frente a la experiencia ordinaria, que junto a los libros existan caminos alternos hacia el conocimiento y la ideación se mantuvo durante algún tiempo, en el ámbito de la historia intelectual, como una posibilidad poco explorada.

Apenas parece arriesgado sugerir que en la voluntad de afirmar la naturaleza exclusivamente intelectual de las ideas se expresa la creencia en el carácter sagrado de la verdad, a la vez eterna y universal. Dicha creencia permitiría entender los esfuerzos por conservar el pensamiento en una esfera ajena a la polvareda del entorno, por elevarlo por encima de la contingencia y por afianzar su autonomía.<sup>4</sup> Ante el imperativo de

---

<sup>3</sup> Sor Juana Inés de la Cruz, «Respuesta de la poetisa a la muy ilustre Sor Filotea de la Cruz», pp. 459-460. A propósito del estudio que dedicó a la monja jerónima, Octavio Paz mencionó los equívocos en que incurre toda biografía, en la medida en que «la vida no explica enteramente la obra y la obra tampoco explica a la vida. Entre una y otra hay una zona vacía, una hendedura». El prejuicio intelectualista se manifiesta, sin embargo, cuando líneas más adelante define el contexto en términos exclusivamente literarios: «aunque nos parezca única —y aunque, en efecto, lo sea— es evidente que la poesía de sor Juana está en relación con un grupo de obras, unas contemporáneas y otras que vienen del pasado, de la Biblia y los Padres de la Iglesia a Góngora y Calderón. Esas obras constituyen una tradición y por eso se le aparecen al escritor como modelos que debe imitar o rivales que debe igualar. El estudio de la obra de sor Juana nos pone inmediatamente en relación con otras obras y éstas con la atmósfera intelectual y artística de su tiempo, es decir, con todo eso que constituye lo que se llama “el espíritu de una época”», Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz*, pp. 19-20.

<sup>4</sup> De acuerdo con los análisis oriundos de la teoría crítica, en este gesto se expresa una faceta del espíritu administrativo, que desde la era ilustrada tiende a vaciar la cultura de su dimensión pragmática y, con ello, de sus funciones políticas y de resistencia. «Mientras se desarrolle de alguna manera algo ajeno, no aprovechable —escribió Theodor W. Adorno—,

pureza, no sólo se prescribe la presencia de individuos fragmentados, mentes sin cuerpo dedicadas a promover el progreso cultural, sino que incluso hay quienes intentan suprimir cualquier huella del tiempo y todo recuerdo de lo humano.<sup>5</sup> Las palabras que el escritor Michel Houellebecq colocó en voz de un personaje, un profesor universitario adiestrado en las convenciones y los códigos característicos de la academia, ilustran bien esta postura, al sostener que «no [es] que la vida del autor tenga una real importancia; es más bien la sucesión de sus libros la que traza una especie de biografía intelectual, provista de su lógica propia».<sup>6</sup> Una vez acallada la voz que le dio origen, la obra puede empezar a hablar por sí misma, sin mediaciones ni distracciones de tipo circunstancial. Se asegura de este modo que los errores, tropiezos y contradicciones que tiñen la existencia concreta no opaquen los logros alcanzados en el ámbito de las ideas ni, mucho menos, interfieran en la valoración de los conceptos enunciados. No faltará así quien afirme, a la manera de Fernando Pessoa, que la literatura es «el arte casado con el pensamiento y la realización sin la mancha de la realidad», o, en lo relativo al reino de la metafísica, que el pensador «se da a leer a través de sus publicaciones y no en sus pormenores».<sup>7</sup>

---

ha de iluminar por ello mismo la *praxis* dominante en su aspecto cuestionable: el arte ha tenido en otro tiempo un impulso polémico, secretamente práctico, y ello no, ante todo, gracias a intenciones prácticas manifiestas, sino justamente mediante su modo de ser impráctico», Theodor W. Adorno, «Cultura y administración», p. 61. La distinción entre lo «útil» y lo «inútil», así como la desigual valoración de cada uno, se encontraría en la base de las delimitaciones que definen el campo «intelectual».

<sup>5</sup> Las aporías que rodean la empresa biográfica aparecen en que igualmente problemático es sostener una hipotética unidad del sujeto.

<sup>6</sup> Michel Houellebecq, *Soumission*, p. 48. Mi traducción.

<sup>7</sup> Fernando Pessoa, *Libro del desasosiego*, p. 36; François Dosse, *El arte de la biografía*, p. 377.

Mantener las elevadas creaciones del espíritu libres de las imperfecciones que caracterizan el mundo sublunar implica, desde esa perspectiva, dejar de lado la trayectoria personal de los autores, transformados en agentes secundarios e incluso indignos frente a la magnitud de su obra. Con el propósito de evitar sumar la vanidad al error, según reza un aforismo de Hegel, se ha desarrollado una singular estrategia que permite infundir tranquilidad a las conciencias. Ésta consiste en reducir el vínculo entre el individuo que escribe y aquel que desempeña el resto de sus funciones vitales a una cuestión de mera homonimia.<sup>8</sup> El literato, convertido en fuerza creadora que habita un cuerpo demasiado humano, puede aprestarse a alzarse por encima de la contingencia y recibir el don de la inmortalidad, tal como sugiere un famoso poema en prosa de Jorge Luis Borges:

Al otro, a Borges, es a quien le ocurren las cosas. Yo camino por Buenos Aires y me demoro, acaso ya mecánicamente, para mirar el arco de un zaguán y la puerta cancel. [...] Sería exagerado afirmar que nuestra relación es hostil; yo vivo, yo me dejo vivir, para que Borges pueda tramar su literatura, y esa literatura me justifica. Nada me cuesta confesar que ha logrado ciertas páginas válidas, pero esas páginas no me pueden salvar, quizás porque lo bueno ya no es de nadie, ni siquiera del otro, sino del lenguaje o la tradición.<sup>9</sup>

En la distancia que separa la caducidad de la vida y la perdurabilidad de la obra residiría la prueba de que una y otra pertenecen a lógicas y estratos disociados, sin intermediarios. Si estos razonamientos no

---

<sup>8</sup> Véase en este sentido Emilio Uranga, *¿De quién es la filosofía?*, en donde se sirve de la teoría de las descripciones de Bertrand Russell para distinguir entre el autor y la obra.

<sup>9</sup> Jorge Luis Borges, «Borges y yo», p. 808.

bastaran, también se imprimirán los estigmas del ingenuo o el vulgar sobre el incauto que proponga la pertinencia de las *res factae* para entender el significado de un corpus textual. «Buscar a Rulfo en Luvina, Oaxaca, y no en el cuento “Luvina” de *El llano en llamas*, ya implica una confusión entre el mapa y el libro», advirtió un comentarista, a quien la idea de explorar cualquier correlación con la experiencia pareció un absurdo y un error.<sup>10</sup> Apenas importa que Cristina Rivera Garza, el blanco de esas críticas, intentara vincular realidad y ficción en términos de analogía, por oposición al reflejo, cuando restituir las condiciones laborales y materiales de producción se entiende como un esfuerzo por desacralizar a un autor consagrado. Así, contra el riesgo de viciar la discusión con estériles argumentos *ad hominem*, se ha querido oponer una suerte de argumento ontológico, es decir, la noción de que, en cuanto sustancias disímiles, vida e ideas son inconmensurables. Su examen correspondería, por consiguiente, a momentos y enfoques igualmente distintos.

Los obstáculos que aguardan a quienes intentan poner en relación la existencia y la obra emergen con mayor claridad cuando bajo la lente biográfica se coloca a los filósofos. La razón es evidente: alcanzar un saber necesario y universal, tal como se pretende en esta disciplina, requiere de la habilidad para omitir la coyuntura histórica y espacial, concebida como meramente accidental. En consecuencia, nada más antagónico a esas ambiciones que los esfuerzos por comprender el acto ideatorio como parte de un desarrollo sociocultural, dado que, según explica con acierto Alejandro Estrella, «los campos intelectuales se han constituido históricamente de tal forma que parte del éxito en

---

<sup>10</sup> Alejandro Toledo, «Había mucha Rivera Garza o Juan Rulfo o no sé qué».

sus lances depende precisamente de la capacidad para ocultar que el contenido de sus ideas está vinculado en diverso grado al contexto en el que éstas se produjeron». <sup>11</sup> Un caso sintomático es, desde esa perspectiva, el de Henri Bergson, quien en las «Instrucciones referentes a mi biografía» dispuso lo siguiente:

Inútil mencionar a mi familia: eso no le importa a nadie. Decir que nací en París, en la calle Lamartine. Explicar, si es necesario, que no tuve que naturalizarme [...]. *Siempre insistir* en el hecho de que siempre pedí que no se ocupen de mi vida, que sólo se ocupen de mis trabajos. Invariablemente, he afirmado que la vida de un filósofo no arroja *luz alguna* sobre su doctrina y no es asunto público. Le tengo horror a esa publicidad, en cuanto a mí se refiere, y siempre lamentaría haber publicado obras, si esa publicación atrajera la publicidad. <sup>12</sup>

La certeza de estar destinado a la gloria postrera y el deseo de controlar el recuerdo más allá de su existencia no son los únicos elementos que aparecen en indicaciones tan puntuales. También se manifiesta la dificultad de identificar los límites entre el derecho a la información y el respeto a la privacidad, entre el interés público y la curiosidad malsana. En relación con el saber sobre el pasado, durante algún tiempo se zanjó el problema mediante la diferencia entre historia general e historia particular, es decir, a partir de una concepción que funda lo «memorable» y, por ende, «lo historiable» en su pertenencia a la esfera pública. En su versión tradicional, esta última tendía a definirse desde una visión

---

<sup>11</sup> Alejandro Estrella, *Libertad, progreso y autenticidad*, p. 13.

<sup>12</sup> Henri Bergson, «Instructions concernant ma biographie», *apud* François Dosse, *El arte de la biografía*, p. 377. *Cursivas* en el original.

jerárquica de la sociedad, de tal modo que los factores explicativos del devenir colectivo se reducían a hechos políticos y militares. No menos se incluía la marcha por el mundo de aquellos «grandes hombres» —y sólo por excepción «grandes mujeres»— que contribuyeron a fraguar las mayores conquistas civilizatorias y a favor de la especie.<sup>13</sup> Ahora bien, a la luz de una noción de lo social más amplia e incluyente, constreñir la significación histórica a las acciones y descubrimientos de unos cuantos no sólo resulta inadmisibile, sino que coloca a la biografía intelectual en un *impasse*. ¿Es posible demarcar estrictamente, en efecto, los márgenes del intelecto, por oposición a otras dimensiones de lo humano? ¿El pensamiento se sitúa en un espacio susceptible de ofrecerse a la mirada ajena o, por el contrario, debe considerarse como un momento reservado a la soledad de la conciencia? ¿Dónde colocar los valores, las opiniones y las creencias? ¿Rastrear la gesta de las ideas supone invadir la esfera íntima del biografiado? ¿Es lícito indagar en los mecanismos de subjetivación? ¿Cómo decidir qué resulta relevante para entender un proceso creativo? ¿Es el paso por la imprenta un criterio suficiente para dirimir el carácter que se presta a la escritura?

A título de hipótesis podría sugerirse que de encrucijadas análogas surgió la llamada «biografía intelectual», que no es sino el intento por normar de antemano cuáles elementos resultan significativos al momento de reconstruir una trayectoria individual. Con base en consideraciones morales no siempre del todo esclarecidas, se establecen los parámetros de relevancia y, junto con ellos, las ideas vigentes de ciencia y de un saber válido. Ahora bien, pese a haber sin duda buenos motivos para colocar un freno al escrutinio insaciable del otro, no deja de llamar

---

<sup>13</sup> Cf. Mónica Bolufer, «Multitudes del yo», pp. 89-96.

la atención que durante algún tiempo el concepto de conocimiento estuviera asociado a la capacidad para adentrarse en los misterios del prójimo. Por ejemplo, para los autores de *Biographia Britannica*, obra de carácter enciclopédico publicada en 1750, la posibilidad de elaborar un juicio informado se supeditaba al ejercicio de un examen crítico. Por ello se entendía, no el gesto de cerner los granos de la vida y depositar cada uno en un distinto costal; la operación consistía, por el contrario, en acumular la mayor variedad al alcance, de tal modo que enseguida se pudiera contrastar. Imposible determinar, a falta de esa suma de noticias, el papel preciso que habían desempeñado los grandes nombres de la historia nacional, se tratara de George Berkeley o de Thomas Cromwell. De ahí que en la entrada correspondiente a este último sea posible leer:

...en cuanto a su vida privada, sin duda merece nuestra atención en todas sus diversas ramas y derivaciones, dado que sólo desde ahí podemos instruirnos para determinar, con probabilidad, los principios de sus acciones públicas; puesto que hombres de distinto temperamento actúan de la misma manera, por motivos muy diferentes y de éstos no es posible saber cabalmente sino por la relación de su comportamiento privado y doméstico. Además, hay una curiosidad natural por ingresar, por decirlo así, en la privacidad de las personas extraordinarias, lo cual es como una forma de dar la vuelta al escenario para obtener un mejor y más certero ángulo de su conducta, al entrar al teatro por la puerta de atrás. Los hombres llamados a las altas esferas de la vida se convierten naturalmente en actores y ostentan en público la túnica y el borceguí, de tal modo que apenas podemos juzgar su verdadera disposición a partir de sus acciones, a

menos que obtengamos una especie de llave mediante el conocimiento de sus vidas privadas.<sup>14</sup>

Disipar las apariencias que promueven el engaño y la decepción constituía el objetivo de un estudio ideado para educar, pero también para divertir. Y es que erudición y entretenimiento podían conjugarse sin contradicciones en un contexto en que identificar los móviles de la acción encerraba la llave para comprender el significado de la historia. La distancia que nos separa de una concepción semejante se manifiesta en toda su extensión, al observar, no sólo que conocer las intenciones y el temperamento que albergan los actores difícilmente satisfará nuestras exigencias de sentido; igual o más revelador resulta que esos factores se hayan visto confinados al cajón reservado a las anécdotas. Es ahí donde se acumula todo aquello que carece de un valor causal y, por consiguiente, que no posee un poder explicativo. Ahora bien, que la diferencia entre el detalle sintomático y una curiosidad insustancial sea la capacidad para insertar un elemento en un marco de relaciones, no representa un asunto menor.<sup>15</sup> Este hecho nos permite comprobar una vez más que la significación no reside en los objetos mismos, cualquiera que sea su tamaño o naturaleza, sino que depende de los modelos de conocimiento y los regímenes de causalidad admitidos en un momento

---

<sup>14</sup> *Biographia Britannica*, p. 1575-1577. Mi traducción.

<sup>15</sup> En términos estrictos, recuerda Lionel Gossman, una anécdota es la «narración de un incidente inconexo o de un acontecimiento singular, relatado como si fuera en sí mismo interesante y sorprendente», Lionel Gossman, «Anecdote and History», p. 148. Acerca de la diferencia entre detalles y curiosidades, apuntó José Enrique Ruiz-Domènec: «Un detalle se inserta en una realidad compleja y es posible dedicarse a estudiar sólo el detalle [...]. Nos interesa perseguir hasta el fondo ese detalle y, al perseguirlo, lo insertamos en el río. Ésa es la labor del historiador. Cuando lo dejamos colgado, se convierte en una curiosidad», José Enrique Ruiz-Domènec, «La historia en perspectiva», p. 290.

dato. Aquellos que derivan, ora el descubrimiento de la verdad, ora la explicación científica, de mecanismos objetivos, sistemáticos e intersubjetivos, por necesidad deberán despojar de toda fuerza vinculante a los resortes personales que regulan a un individuo.

Aunque ejemplos no faltan, detengamos un instante la atención en los razonamientos que en torno al tema de la causalidad desarrolló Georg Lukács en *La novela histórica*. Al examinar los posibles lazos entre la vida y la obra, problema cardinal de la biografía intelectual, argumentó que el género entero se hallaba cimentado sobre una confusión, a saber, aquella que interpretaba lo casual como producto de lo causal. Se trataba, qué duda cabe, de mucho más que una mera translación de consonantes, dado que de ese error se desprendía una feria completa de equivocaciones. Puesto que éstas amenazaban con enturbiar la comprensión histórica en su conjunto, la advertencia consistía en mostrar que quien deseara «hacer surgir *genéticamente* el carácter genial de un gran hombre y de sus obras geniales particulares a partir de los hechos y episodios de su vida», no promovería sino un «cortocircuito». Según explicó enseguida, ello respondía a que

...los hechos de la vida en que se manifiesta una propiedad genial, de un hombre extraordinario, en que se enciende su genialidad, y por cuya provocación parecen surgir biográfico-psicológicamente sus obras geniales, no pasan de ser un mero *motivo* para la revelación de tales propiedades y obras. Y el nexo plasmado entre motivo y obra genial no puede, ni en la elaboración mejor lograda, eliminar la impresión de lo fortuito.<sup>16</sup>

---

<sup>16</sup> Georg Lukács, *La novela histórica*, p. 381. Cursivas en el original.

El problema de intentar establecer las relaciones entre el autor y sus escritos en términos causales era doble: por una parte, un análisis atento demostraba que, además de no ser co-extensivos, uno y otros se insertaban en realidades y lógicas divergentes. Entre la existencia y la escritura se interpone una elaboración creadora, así como un conjunto de reglas —las del arte, por ejemplo— que no actúan a partes iguales en ambos polos. Dado que la simetría está ausente, exclamó Lukács, «hace falta decirlo: no hay camino que lleve de las manzanas podridas de Schiller al *Wallenstein*, ni del café negro, el busto de Napoleón, el hábito de fraile y el bastón de Balzac a *La comedia humana*». <sup>17</sup> Por otra parte, más grave aún era comprobar que el sentido de la historia se falseaba con ese tipo de inferencias. Sin importar cuán detallada fuera la investigación, «los datos que tenemos por la tradición acerca de la vida de algún gran hombre nos ofrecen en el mejor de los casos el motivo específico de un logro genial, pero nunca la conexión verdadera, la verdadera cadena de la causación». <sup>18</sup> Ésta se originaba en las fuerzas económicas, políticas y culturales que mantienen a una colectividad en movimiento, en las condiciones materiales imperantes, en la lucha de clases y, en general, en las grandes corrientes vigentes en un tiempo y lugar. Una vez identificados los auténticos eslabones que vinculan la causa y el efecto, sólo restaba reconocer que el genio no constituye sino una «novedosa evolución, síntesis y generalización de estas principales tendencias vitales de una época». <sup>19</sup>

Pese a que queda aún por demostrar que en los grandes andamiajes de la sociedad, llámeseles lenguaje o infraestructura, se encuentra el

---

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 384.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 385.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 382.

motor omnímmodo del acontecer histórico, Lukács identificó con lucidez un obstáculo insalvable del género que aquí nos ocupa. Se trata de la imposibilidad de sustraerse a los efectos de una mirada retrospectiva, aquella que explica un camino a la luz de la meta efectivamente alcanzada. Aunque con otros términos y enfoque, dicha objeción se ha vuelto un lugar común en nuestros días, sobre todo a raíz del conocido ensayo de Pierre Bourdieu, «La ilusión biográfica». Con la finalidad de controlar dicho sesgo, no menos recurrentes han sido los esfuerzos por poner en práctica un ejercicio de orden teórico y metodológico, consistente en poner entre paréntesis el futuro del pasado cuando éste se encuentra aún sin resolver.<sup>20</sup> En el caso de la biografía intelectual, sin embargo, cualquier intento por plantear un porvenir abierto y restituir la contingencia se enfrentará con su propia impotencia. Ello responde a que la atención hacia los sujetos de carne y hueso deriva de un interés previo por su obra, punto de arranque *sine qua non* de todas sus inquisiciones. Desde esa óptica, reconstruir la trayectoria vital de Karl Marx únicamente adquiere relevancia por el papel que en la configuración del siglo XX desempeñó *El capital*. Y tan absurdo sería decir que el 22 de abril de 1724 nació el autor de la *Crítica de la razón pura* —a diferencia de un niño de nombre Immanuel—, como imaginar que alguno de sus biógrafos eligió una persona al azar sólo para descubrir, al filo de la investigación, que Kant engrosó con títulos imprescindibles el canon filosófico occidental.

Una forma acentuada de determinismo se inserta, por ende, en las raíces mismas de la biografía intelectual, dado que todo estudio de esta

---

<sup>20</sup> Se trata, en particular, de aquellos lineamientos que Max Weber expuso en «Estudios críticos sobre la lógica de las ciencias de la cultura».

naturaleza se origina en un resultado comprobado para remontarse, a continuación, hacia el individuo que lo hizo posible. Cada momento en el itinerario vital se presentará así como el preludio de la obra, bajo cuya luz cobrará significado cualquier etapa anterior y se identificarán los signos que anuncian la siguiente. No parece haber, por lo demás, una estrategia que permita atenuar este rasgo, en la medida que el adjetivo «intelectual», implica una selección previa, relativamente acotada, y una orientación predeterminada. Ello se debe a que, más que un atributo descriptivo, el término instaura un modelo normativo que regula de antemano los criterios de relevancia y significación. De nada servirá replicar que el género no hace sino calcar el privilegio que el biografiado había acordado, en su propia vida, a las emanaciones de la mente, puesto que en esa respuesta se cifra otra de las críticas recurrentes contra esta variante biográfica. Se hace así referencia a los cuestionamientos en torno al gesto de elegir como objeto de análisis a personalidades señeras del ámbito cultural. Aunque por fortuna muy pocos se atreverán a afirmar abiertamente que el mundo del espíritu es privativo de las minorías egregias, la práctica resulta reveladora en sí misma, al centrarse de manera exclusiva en filósofos, científicos, artistas y, en general, en los mayores creadores y exponentes de la llamada alta cultura. Por consiguiente, el escollo radica, no sólo en que hasta tiempos muy recientes la palabra escrita representó la principal vía para preservar y conocer las ideas y creencias de los actores del pasado; de manera implícita, con ello también se sugiere que el acto de subrayar la dimensión intelectual, por encima de cualquier otra, carece de sentido cuando se lidia con personajes ajenos a las élites letradas.<sup>21</sup>

---

<sup>21</sup> A ello responde, en palabras de Edward Acton, que «entre la década de 1950 y la de

Si bien las facultades humanas —razón, imaginación y memoria— se distinguen por su universalidad, el carácter excluyente de la práctica biográfica explica que esta rama del género se haya convertido en un sinónimo de «vida del intelectual», sustantivo con que el siglo XX designó a quienes fundaron su autoridad para pronunciarse en la arena pública en su prestigio en el ámbito de las letras, las artes y las ciencias. Dos procesos paralelos se conjugaron para alcanzar esta definición. Uno se enraíza en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, momento en que se concibió a los portavoces de las luces como una variante moderna de los antiguos *philosophes*.<sup>22</sup> El contexto exigía redefiniciones, dado que tanto los desvíos de la tecnología como la ceguera de las ideologías en aquel conflicto habían quebrantado la confianza en la potencia del espíritu y en su poder regulador. Con esos acontecimientos a la vista, resultaba necesario reevaluar el papel que desempeñaron las clases ilustradas en la contienda, así como el que les correspondería en el ya visible horizonte de reconstrucción. En un futuro marcado por una colectivización creciente, era menester absolverlas de su carga individualista, precisar sus tareas y características, examinar su radio de movimiento y determinar la naturaleza de sus derechos y obligaciones. Se trataba,

---

1980, el prestigio de la biografía como género gradualmente decayó entre los historiadores profesionales. Parecía burdo. En parte era porque la preocupación de la disciplina por los procesos económicos, sociales, políticos y culturales más amplios le dio a las historias de las vidas individuales un aire anticuado, agravado por el hecho de que se ocupaban predominantemente de hombre blancos privilegiados. Pero el declive en el estatus también reflejó la creciente comprensión de que incluso la biografía más detallada no puede hacer más que escasa justicia a las oscilaciones de la persona y, dada la incapacidad psicológica hasta el momento para proporcionar una metodología creíble, fracasa en penetrar en algún yo interno inalterable», Edward Acton, «La biografía y el estudio de la identidad», p. 197.

<sup>22</sup> A este propósito resultan de interés las reflexiones de Hans-Ulrich Gumbrecht, «¿Quiénes fueron los *philosophes*?».

dicho en pocas palabras, de adecuar sus funciones a los ritmos y necesidades del mundo contemporáneo.

A esa reconfiguración en el orden de las estratificaciones sociales habría que añadir el desarrollo de los medios de comunicación, elemento cardinal para comprender el lugar asignado a la figura del intelectual. Periódicos, revistas, editoriales, radio, espectáculos e instituciones constituyeron los espacios en que algunos individuos y sus redes se posicionaron y determinaron los criterios de validez o invalidez, de canonización o insignificancia, de los temas por discutir en la esfera pública. Así se entiende que de igual o mayor peso que el tenor de las ideas fuera el acceso a los foros que se abrían camino, junto con la progresiva amplitud de las diferentes tecnologías informáticas y de masas. Se iba de este modo apuntalando la idea del intelectual como conciencia crítica, es decir, como alguien provisto de la autoridad que el saber confería para orientar los más variados destinos colectivos. Ahora bien, la novedad que encierra esta figura se desprende de dos elementos en concreto, a saber, que el surgimiento del término, en su expresión sustantivada, se remonta únicamente a los primeros años de la pasada centuria. Igualmente determinante resulta observar los procedimientos que emplearon los miembros de las élites letradas para fabricar su propia ascendencia y tradición. En un certero balance inscrito en las coordenadas de la historia conceptual, Guillermo Zermeño destacó los factores que contribuyeron al desarrollo y desplazamiento semántico de la noción a lo largo del siglo XX: la expansión de los medios de comunicación y el proceso de mistificación a que dieron lugar los relatos de los propios actores. Al filo de uno y otro se verificó la «emergencia de una nueva esfera de opinión pública, enfocada en convertirse en la conciencia moral de la sociedad». Más aún, advirtió el autor,

...la evolución del intelectual en el siglo XX no estará definida preponderantemente por el medio universitario, sino por su relación con los medios masivos de comunicación. Esta relación es la que convierte propiamente al «intelectual» del siglo XX en una figura pública y no tanto su pertenencia a un centro académico. Es la expansión de los medios de comunicación la que transformará al «intelectual clásico» en un comunicador.<sup>23</sup>

Ahora bien, en una época que ha anunciado el fin de las certidumbres y, junto con ellas, del siglo de los intelectuales, quizás resulte pertinente volver a definiciones más amplias e incluyentes.<sup>24</sup> Podríamos retomar así aquellas que aluden, como en la sociología de Robert Merton, a «las personas *en la medida en que se dedican a cultivar y formular conocimientos*». Puesto que refiere «un papel social y no la totalidad de una persona», cualquiera desarrolla esa función en distintos momentos de su trayectoria, a reserva de que su actividad no se limite al mero gesto de reproducir noticias e informaciones.<sup>25</sup> Se revertiría de este modo el proceso que, como por un efecto de la metonimia, hizo de una característica común a la especie la máxima expresión de un grupo reducido de personas, quienes, a su vez, se vieron despojadas de otros atributos distinguibles. Más aún, observar esta transformación semántica como resultado de una transferencia reciente en el orden de las representaciones conllevaría consecuencias de peso para los propósitos de la biografía intelectual. En primer

---

<sup>23</sup> Guillermo Zermeño, «La invención del intelectual en México», p. 382.

<sup>24</sup> Cf. Ilya Prigogine, *El fin de las certidumbres*.

<sup>25</sup> Robert Merton, «Papel del intelectual en la burocracia pública», p. 289. Cursivas en el original.

lugar, ello nos recuerda que dicha dimensión constituye una propiedad colectiva, por lo que nada, en principio, proscribiera que esta clase de estudios se centre en individuos distintos de aquellos que suelen integrar las filas de la *intelligentsia*, en su acepción tradicional. Desestimar el género por su pretendida naturaleza elitista se convertiría así en una crítica sin sustancia ni fundamento.

Además de responder a las crecientes exigencias por ocuparse de estratos más amplios de la sociedad, devolver la palabra «intelectual» a su función adjetival también permitiría, en segundo lugar, abrir un espacio a las nuevas concepciones del sujeto que emergieron tras advertirse el papel constituyente del lenguaje. Éstas ponen de relieve el carácter social, construido y negociado, de las representaciones del yo, así como los equívocos que subyacen en el gesto de interpretar a un actor como una conciencia autónoma, encapsulada en sí misma e independiente de las exigencias provenientes del mundo circundante. Pese a que en nuestros días pocos definirán al individuo como un «léxico encarnado», según la expresión de Richard Rorty, dichas propuestas, colocadas por lo general bajo el signo del estructuralismo, igualmente apuntan hacia el potencial error de presuponer una coherencia al interior del sujeto y emplear la narrativa como un medio eficiente para presentar, al filo de la cronología, una personalidad unitaria.<sup>26</sup> Por el contrario, en la medida en que reacciona a las necesidades de su propio presente, a las opciones disponibles en los sucesivos escenarios y a las expectativas de otros, el individuo aparece como un enunciante en un entramado dialógico complejo. El reto consiste, por consiguiente, en descubrir los mecanismos que

---

<sup>26</sup> Richard Rorty, *Contingencia, ironía y solidaridad*, p. 119.

intervienen en la construcción identitaria, entendida como un proceso constante, pluriforme y multivectorial.<sup>27</sup>

Situada ante los desafíos de entender la constitución social de las identidades, tanto individuales como colectivas, y de examinar las prácticas discursivas, la biografía intelectual se emparenta, en términos de sus problemáticas centrales, con aquella rama de la disciplina histórica que se ha mostrado más sensible a las propuestas y elaboraciones originadas en el llamado giro lingüístico. Desde su surgimiento en la década de 1980, en efecto, la historia intelectual se ha caracterizado por el interés en dejar atrás la antigua historia de las ideas, asimilada con el idealismo filosófico y con el pensamiento abstracto. A contracorriente de aquellas posturas, ajenas a los hombres y a sus circunstancias concretas, también se ha esforzado por restituir los soportes materiales en que se producen las obras, al igual que sus condiciones sociales de emergencia. En esa línea igualmente se inscribe la voluntad de desprenderse de ciertas concepciones —como aquellas que revisten a los grupos ilustrados con los ropajes de la excepcionalidad— y la progresiva tendencia a atender las redes de sociabilidad, los circuitos de comunicación y las instituciones culturales que van moldeando cualquier diálogo intelectual. A ello se debe que este tipo de abordajes, sin descuidar o minimizar las dificultades inherentes al formalismo teórico, posea la virtud de mostrar que los modelos de conocimiento y los criterios de validez

---

<sup>27</sup> En opinión de Hans Erich Bödecker —de quien retomo el balance sobre las perspectivas abiertas a la biografía tras el giro lingüístico y a raíz de las propuestas de corte estructuralista—, a ello se debe, que «la historia de la escritura biográfica [esté] vinculada de manera indisociable con la historia social de la individuación. La biografía sería entonces el espejo de las interpretaciones dominantes en cada momento de la individualidad. En ese sentido, los enfoques biográficos no sólo afirman la individualidad, no sólo representa lo que ha sido, sino que también historizan el proceso de llegar a ser», Hans Erich Bödecker, «Biographie. Annäherungen an den gegenwärtigen Forschungs- und Diskussionsstand».

que prevalecen en un momento dado están ligados a los cambios que se suceden en el medio, junto con sus realineaciones, antagonismos y redes de alianzas.<sup>28</sup>

Este breve recuento de elementos y propuestas sugiere la pertinencia de entender la biografía intelectual a partir de un conjunto de métodos, herramientas y enfoques, a diferencia de una discriminación temática o de objetos. Al colocar el acento en las condiciones sociales de producción y en los mecanismos de recepción, este tipo de investigaciones se hallarán en la posibilidad de contrarrestar la tendencia a tratar las ideas como entes «flotantes que se desarrollan con orgullosa indiferencia ante la cruda realidad».<sup>29</sup> No menos se podrá ofrecer interpretaciones más complejas acerca de los actores que guían el relato, se trate de los protagonistas habituales o de un repertorio amplio de la sociedad. En el fondo, en la necesidad de intentar comprender, no sólo teoremas y principios abstractos, sino por qué un autor pensó como lo hizo, así como los móviles de su actuación y pensamiento, se encuentra una noción del saber más abarcadora, una que se interesa por lo ideal y lo mundano, por lo que perdura y lo perecedero. Y es que sólo al colocarse en un punto intermedio entre el discurso y las prácticas que lo acompañan, la biografía intelectual recobrará su pertinencia como forma de conocimiento y la habilidad para responder a los retos del mundo contemporáneo.

---

<sup>28</sup> Para un panorama sintético sobre las principales escuelas y corrientes que se han desarrollado desde mediados del siglo XX, es posible consultar François Dosse, «La historia intelectual después del *linguistic turn*».

<sup>29</sup> Richard Fox, «Did Friedrich Schelling kill August Böhmer and does it matter? The Necessity of Biography in the History of Philosophy», p. 135.

## BIBLIOGRAFÍA

- Edward Acton, «La biografía y el estudio de la identidad», en J. C. Davis e Isabel Burdiel (eds.), *El otro, el mismo. Biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX)*, Valencia, Universitat de València, 2005, pp. 177-198.
- Theodor W. Adorno, «Cultura y administración», en Max Horkheimer y T. W. Adorno, *Sociológica*, trad. de Víctor Sánchez de Zavala, Madrid, Taurus, 1979, pp. 53-73.
- Biographia Britannica: Or, The Lives of the Most Eminent Persons Who Have Flourished in Great Britain and Ireland, from the Earliest Ages to the Present Times: Collected from the Best Authorities, both Printed and Manuscript, and Digested in the Manner of Mr. Bayle's Historical and Critical Dictionary*, vol. 3, Londres, 1750.
- Hans Erich Bodecker, «Biographie. Annäherungen an den gegenwärtigen Forschungs- und Diskussionsstand», en *id.* (ed), *Biographie schreiben*, Gotinga, Wallstein, Max-Planck-Institut für Geschichte, pp. 9-63.
- Mónica Bolufer, «Multitudes del yo: biografía e historia de las mujeres», en *Ayer*, núm. 93, 2014, pp. 85-116.
- Jorge Luis Borges, «Borges y yo», en *id.*, *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1979, p. 808.
- Pierre Bourdieu, «La ilusión biográfica», en *Historia y fuente oral*, núm. 2, 1989, pp. 27-34.
- Randall Collins, *Sociología de las filosofías. Una teoría global del cambio intelectual*, Barcelona, Hacer, 2004.
- Juana Inés de la Cruz, «Respuesta de la poetisa a la muy ilustre Sor Filotea de la Cruz», en *Obras completas de sor Juana Inés de la Cruz*, vol. IV, México, Fondo de Cultura Económica, 1957.

- François Dosse, *El arte de la biografía. Entre historia y ficción*, México, Universidad Iberoamericana, 2007.
- \_\_\_\_\_, «La historia intelectual después del *linguistic turn*», en *Historia y grafía*, núm. 23, 2004, pp. 17-54.
- Alejandro Estrella, *Libertad, progreso y autenticidad. Ideas sobre México a través de las generaciones filosóficas (1865-1925)*, México, Jus, 2014.
- Lionel Gossman, «Anecdote and History», en *History and Theory*, vol. 42, núm. 2, mayo de 2003, pp. 143-168.
- Hans-Ulrich Gumbrecht, «¿Quiénes fueron los *philosophes*?», en Valentina Torres Septién (coord.), *Producciones de sentido. El uso de las fuentes en la historia cultura*, México, Universidad Iberoamericana, 2002, pp. 229-251.
- Michel Houellebecq, *Soumission*, París, Flammarion, 2015.
- Georg Lukács, *La novela histórica*, trad. Jasmin Reuter, México, Era, 1971.
- Robert Merton, «Papel del intelectual en la burocracia pública», en *Teoría y estructura sociales*, trad. Florentino M. Torner y Rufina Bosques, México, fce, 2002, pp. 287-304.
- Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, México, FCE, 1994.
- Benôit Peeters, *Derrida*, trad. Gabriel Villalba, Buenos Aires, FCE, 2013.
- Fernando Pessoa, *Libro del desasosiego*, trad. Perfecto E. Cuadrado, Barcelona, Acantilado, 2013.
- Ilya Prigogine, *El fin de las certidumbres*, trad. Pierre Jacomet, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1997.
- Robert Richards, «Did Friedrich Schelling kill Auguste Böhmer and does it matter? The Necessity of Biography in the History of Philosophy», en Lloyd E. Ambrosius (ed.), *Writing Biography. Historians & Their Craft*, Nebraska, University of Nebraska, 2004, pp. 133-153.

- Richard Rorty, *Contingencia, ironía y solidaridad*, trad. Mario Eskenazy y Pablo Martín, Barcelona, Paidós, 1991.
- José Enrique Ruiz-Domènec, «La historia en perspectiva, una alternativa de futuro», en Guillermo Zermeño Padilla (ed.), *Historia fin de siglo*, México, El Colegio de México, 2016, pp. 263-298.
- Alejandro Toledo, «Había mucha Rivera Garza o Juan Rulfo o no sé qué», en *Nexos*, abril de 2017. Recuperado de <http://cultura.nexos.com.mx/?p=12556>
- Emilio Uranga, *¿De quién es la filosofía? (Sobre la lógica de la filosofía como confesión personal)*, México, Federación Editorial Mexicana, 1977.
- Max Weber, «Estudios críticos sobre la lógica de las ciencias de la cultura», en *id.*, *Ensayos sobre metodología sociológica*, Buenos Aires, Amorrortu, pp. 102-175.
- Guillermo Zermeño, «La invención del intelectual en México», en Roberto Blancarte (coord.), *Los grandes problemas de México*, vol. XVI «Culturas e identidades», México, El Colegio de México, 2010, pp. 379-403.



# El sexo descentrado

## Reflexiones en torno a Freud, Foucault y la subjetividad en la historia intelectual

Una rica aunque controvertida relación ha existido entre la historia de la sexualidad y la historia intelectual de Europa. Fue principalmente en el siglo XX cuando la sexualidad quedó con frecuencia enmarcada en una íntima conexión con el problema del saber, si bien de diferentes maneras. Ya en 1913, Sigmund Freud determinó el proyecto entero de la producción de saber —y, con él, del arte, la literatura, la moral y la cultura en su conjunto— como una sublimación de las pulsiones sexuales.<sup>1</sup> En este marco, el deseo sexual resulta primordial: sería el origen de la subjetividad y la cultura, incluso de forma indirecta y desplazada. En cambio, y con un estilo más específicamente histórico, Michel Foucault sostuvo en el primer volumen de su *Historia de la sexualidad* que el concepto de «sexualidad» fue una

---

<sup>1</sup> Sigmund Freud, «Totem und Tabu», p. 172.

invención explícitamente moderna, la cual tuvo lugar en el interior de diversas prácticas jurídicas y clínicas que, en su combinación, produjeron a un sujeto determinado cuya «verdad» sería su sexualidad. El saber que el sujeto posee de sí mismo coincide con el saber que posee de su sexualidad.

A la luz de las sólidas afirmaciones freudianas y foucaultianas a propósito de la estrecha relación entre la sexualidad y el saber —incluso cuando entran en discordia—, podría creerse que es posible mirar la historia intelectual del siglo XX en Europa como una historia estrechamente ligada a cuestiones sexuales. Y ciertamente, al menos desde finales del siglo XIX, la sexualidad se ha vuelto un objeto de consideraciones serias y sustentadas por parte de los intelectuales: para los sexólogos, la sexualidad es el tema principal de sus estudios, mientras que para los psicoanalistas, desde Freud a Jacques Lacan y la mayoría de sus discípulos, el deseo sexual sigue siendo considerado como una instancia determinante para las formaciones subjetivas y sociales. Pero los sexólogos y los psicoanalistas no han estado solos. Científicos sociales y filósofos tan diversos como Georges Bataille, Simone de Beauvoir, Claude Lévi-Strauss, Herbert Marcuse, Wilhelm Reich, Niklas Luhmann, Judith Butler y Slavoj Žižek, por nombrar sólo algunos, también han pensado la sexualidad como una categoría analítica que resulta crucial cuando se trata de ideología, política y formaciones culturales. En efecto, el siglo XX europeo parece haber sido —visto en retrospectiva— una época en la que la relación de la sexualidad con diversas formas de saber fue investigada desde todos los ángulos posibles, principalmente en los campos de investigación —entre los cuales se incluyen los de la ley, la ética, la teoría política y la medicina— en torno a la estructura de la subjetividad y aquella de las relaciones sociales.

Sin embargo, en la medida en que los pensadores del siglo XX se dirigieron sin inconvenientes al tema de la sexualidad, su trabajo ayudó a iluminar la centralidad que tienen las cuestiones sexuales en la producción intelectual de los siglos anteriores, y a las cuales los autores de esas épocas no pudieron problematizar tan explícitamente. Siguiendo a los historiadores, por ejemplo, hemos aprendido que las cuestiones referidas a la sexualidad desempeñaron un papel más central en los regímenes medievales, de la primera modernidad y de la jurisdicción moderna que aquel que pudieron reconocer los autores de estos regímenes.<sup>2</sup> De los círculos más teóricos, hemos obtenido algunas premisas sobre la relación estrecha que existe entre desarrollos filosóficos a primera vista no sexuales y sus contrapartes explícitamente sexuales. De Horkheimer y Adorno a Lacan, por ejemplo, hemos conocido argumentos que determinan que la filosofía de Immanuel Kant tuvo mucho más que ver con las fantasías y los experimentos sexuales del marqués de Sade de lo que Kant jamás pudo haberse dado cuenta.<sup>3</sup> Ya con mucha anticipación, Nietzsche nos señaló que la historia de la filosofía y su persecución de la verdad habían sido durante siglos la historia de la negación de la voluntad y, con ello, de los deseos sexuales.<sup>4</sup> Y nuevamente, con un estilo más escolar, filósofos que van desde Platón y Aristóteles hasta Descartes, Wittgenstein, Arendt, entre muchos otros, han sido el objeto de las colecciones de «Interpretaciones feministas» en la editorial de la Universidad del

---

<sup>2</sup> Cf., por ejemplo, Isabel Hull, *Sexuality, State, and Civil Society in Germany 1700-1815*; Helmut Puff, *Sodomy in Reformation Germany and Switzerland, 1400-1600*.

<sup>3</sup> Cf. Theodor Adorno y Max Horkheimer, *Dialectic of Enlightenment*; Jacques Lacan, «Kant with Sade».

<sup>4</sup> Friedrich Nietzsche, *On the Genealogy of Morality*, pp. 68-120.

Estado de Pennsylvania, en las cuales la sexualidad aparece siempre como un tema destacado. Además, existen afirmaciones genéricas de filósofas como Luce Irigaray y Michèle Le Dœuff sobre la centralidad que tienen el género y la sexualidad en el interior de la historia de la filosofía occidental en su conjunto.<sup>5</sup>

Sin embargo, a pesar de toda esta actividad, los subcampos de la historia intelectual europea y de la historia de la sexualidad han permanecido relativamente separados, como lo puede sugerir cualquier breve ojeada a las principales revistas en el campo. En los últimos diez años, el *Journal of the History of Ideas* ha publicado dos artículos referentes a la sexualidad, mientras que, en sus ocho años de existencia, *Modern Intellectual History* ha publicado tres, si bien ambas revistas suelen incluir un puñado de artículos y reseñas de temas estrechamente relacionados, como pueden serlo el género y la ipseidad. Inversamente, un breve repaso del *Journal of the History of Sexuality* revela un sinnúmero de artículos sobre temas que abordan explícitamente la producción, la formación y la distribución del saber; temas que puedan ser considerados fácilmente bajo la rúbrica de la historia intelectual. El objetivo que tiene formular estas observaciones superficiales bastante evidentes no consiste en señalar que se está cometiendo algún tipo de injusticia, que, de alguna manera, los dos subcampos *deberían* integrarse mejor. Por el contrario, el objetivo es simplemente destacar el hecho de que las prácticas actuales de los historiadores intelectuales y de la sexualidad no parecen entrar en conformidad con las tesis de Freud o de Foucault acerca de la centralidad que tiene la sexualidad para las

---

<sup>5</sup> Cf. Luce Irigaray, *Speculum of the Other Woman*; Michèle Le Dœuff, *Hipparchia's Choice: An Essay Concerning Women, Philosophy, etc.*

formas modernas de conocimiento. La sexualidad ha sido *un* tema en el tratamiento intelectual-histórico del conocimiento, pero de ningún modo un tema privilegiado. No obstante, es más probable que los historiadores de la sexualidad que escriben a propósito de la producción del saber sexual, se dirijan a los historiadores de otros aspectos de la sexualidad (por ejemplo, aspectos como la experiencia subjetiva, la mercadotecnia y el consumo, el interés estatal en las prácticas sexuales de los individuos) que a los historiadores intelectuales en sentido amplio. Así pues, desde cierta perspectiva —la del subcampo de la historia de la sexualidad— vemos que el siglo XX fusionó la historia de la sexualidad con el campo de la historia intelectual de una manera comprensible e innegable, de tal modo que la indagación intelectual siempre es promulgada por sujetos sexuados y deseantes. Pero desde otra perspectiva —la del subcampo de la historia intelectual— vemos que, tanto en lo temático como en lo institucional, estos subcampos nunca han convergido completamente de la manera en que Freud o Foucault lo habrían esperado.

La cuestión radica en qué nos dice este desencuentro acerca de uno u otro de los subcampos. En las siguientes páginas, trataré de historizar este problema, señalando cómo la fusión de la sexualidad con la producción de saber es una historia marcada abundantemente por diversas tensiones del siglo XX, que se enmarcan intelectualmente en los polos de Freud y Foucault. Me gustaría concluir entonces con un examen de algunos de los puntos de partida que en los años recientes se han inaugurado, por ejemplo el que practicantes y teóricos de ambas tradiciones han emprendido la tarea de descentrar la sexualidad como sitio privilegiado de la producción epistémica y como categoría analítica distintiva.

## LA REVOLUCIÓN FOUCAULTIANA

En los últimos decenios, la mayor parte de la historia intelectual de la sexualidad se ha concentrado en dos campos: un campo conformado por las teorías foucaultianas de la disciplinarización, la regulación y la constitución de los sujetos y otro campo que examina la propia subjetividad sexualizada como algo que precede y/o excede a las formaciones discursivas. De esta manera, resulta conveniente examinar primero estos dos desarrollos de manera individual y después en su evolución interactiva.

Ciertamente, la historia de la sexualidad comenzó a ser escrita bastante tiempo antes de lo que consiguió el estudio homónimo de Michel Foucault, publicado en tres volúmenes. Algunos ejemplos anteriores de este tipo de historia pueden ser los textos de Marianne Weber, *Wife and Mother in the Development of Law*, o de Magnus Hirschfeld, *Sexual History of Humanity*.<sup>6</sup> En el ámbito de las historias académicas que han sido escritas en años más recientes, una subdisciplina empezó a figurar en las décadas de 1960 y 1970. Tras haber aparecido en las preocupaciones de los historiadores sociales, estos estudios tempranos estuvieron principalmente dirigidos a la naturaleza de la familia y la demografía.<sup>7</sup> Los estudios más estrechamente relacionados con los métodos y los intereses de la historia intelectual fueron, por un lado, aquellos sobre la liberación sexual<sup>8</sup> y, por el otro, las psicobiografías y las historias.<sup>9</sup>

---

<sup>6</sup> Cf. Marianne Weber, *Ehefrau und Mutter in der Rechtsentwicklung: eine Einführung*; Magnus Hirschfeld, *Sexualgeschichte der Menschheit*.

<sup>7</sup> Véanse por ejemplo Lawrence Stone, *The Family, Sex, and Marriage in England 1500-1800*; James Woycke, *Birth Control in Germany: 1871-1933*.

<sup>8</sup> Los ejemplos incluyen Edward Shorter, *The Making of the Modern Family*; Paul Robinson, *The Modernization of Sex: Havelock Ellis, Alfred Kinsey, William Masters, and Virginia Johnson*; James Steakley, *The Homosexual Emancipation Movement in Germany*.

<sup>9</sup> Véanse por ejemplo Erik Erikson, *Young Man Luther: A Study in Psychoanalysis and His-*

Aunque coincide particularmente con la subdisciplina de la historia intelectual, el primer volumen de la *Historia de la sexualidad* transformó positivamente este campo. De una manera mordaz y conocida, Foucault se opuso a aquello que él llamó la «hipótesis represiva», la premisa de que la era victoriana estuvo dominada por la represión de la sexualidad y la era posvictoriana, en cambio, habría experimentado de algún modo su liberación progresiva. En lugar de eso, sugirió que la Europa de la era moderna promovió el discurso y la proliferación de la palabra sobre la sexualidad y, con esta palabra, de mecanismos abocados a la producción de tipos particulares de sujetos sexuados y técnicas particulares para que éstos manifestaran sus deseos. Si, por un lado, no pasó por alto al Estado, esbozó, por el otro, el nacimiento de la sexología, el psicoanálisis, la medicina moderna y, en especial, la ley moderna como coproductores del sujeto sexuado moderno. Para Foucault y sus estudios (en este momento), el psicoanálisis fue una institución agresiva particular, la cual obtuvo efectivamente un discurso de sus sujetos y los transformó en «animales confesantes» que buscan su propia verdad en sus fantasías y expresiones sexuales supuestamente reprimidas.<sup>10</sup>

El resultado de la tarea de Foucault fue la apertura de nuevas y vastas maneras de explorar el lugar de la sexualidad en las formaciones intelectuales y sociales, de tal modo que los historiadores comenzaron a dirigirse a la producción de saber sexual con nuevas energías y lentes críticos. Las áreas de la sexología y la eugenesia emergieron como ámbitos específicos de investigación renovada. Lo que realmente

---

tory; Peter Loewenberg, *Decoding the Past: The Psychohistorical Approach*; Robert Waite, *The Psychopathic God: Adolf Hitler*.

<sup>10</sup> Cf. Michel Foucault, *The History of Sexuality, Volume I*.

vinculó el estudio de la sexología con el estudio de la eugenesia fue la amplia medicalización de la sociedad y su tratamiento bajo la rúbrica de la biología.<sup>11</sup> En este ámbito, *Making Sex* de Thomas Laqueur constituyó una contribución importante para localizar aquella transformación moderna en el pensamiento europeo que permitió que la diferencia sexual comenzara a ser entendida en términos biológicos.<sup>12</sup> Además de esto, emergió un gran número de estudios sintéticos más específicos, concentrados en los efectos normativos y regulativos de la sexología y la eugenesia, cuya tendencia compartida fue producir y al mismo tiempo patologizar tipos particulares de inclinaciones sexuales.<sup>13</sup> Si bien la intervención de Foucault restó importancia al papel del Estado soberano como centro del poder, muchos de los estudios acerca de la eugenesia del siglo XX que se inspiraron en Foucault volvieron directamente a tener en consideración al Estado moderno, detallando el profundo interés que mostraron los Estados modernos —de todo el espectro político— en la gestión de las capacidades reproductivas de los sujetos.<sup>14</sup>

---

<sup>11</sup> Puede encontrarse una buena discusión en Edward Ross Dickinson y Richard Wetzell, «The Historiography of Sexuality in Modern Germany», p. 294.

<sup>12</sup> Cf. Thomas Laqueur, *Making Sex: Body and Gender from the Greeks to Freud*.

<sup>13</sup> Sobre la sexología, véanse por ejemplo Robert Nye (ed.), *Sexuality*; Vern Bullough, *Science in the Bedroom: A History of Sex Research*; Jeffrey Weeks, *Sex, Politics, and Society: The Regulation of Sexuality since 1800*; Roy Porter, *The Facts of Life: The Creation of Sexual Knowledge in Britain, 1650–1950*; Roy Porter (ed.), *Sexual Knowledge, Sexual Science: The History of Attitudes to Sexuality*.

<sup>14</sup> La literatura sobre la eugenesia y el Estado moderna es vasta. Una muestra selecta incluye a Robert Proctor, *Racial Hygiene: Medicine under the Nazis*; Paul Weindling, *Health, Race, and German Politics between National Unification and Nazism, 1870–1945*; Gisela Bock, *Zwangsterilization im Nationalsozialismus: Studien zur Rassenpolitik und Frauenpolitik*; Lutz Sauerteig, *Krankheit, Sexualität, Gesellschaft: Geschlechtskrankheiten und Gesundheitspolitik in Deutschland im 19. und 20. Jahrhundert*. Aunque este listado parece limitado especialmente al caso alemán, Mark Mazower en *Dark Continent* argumenta convincentemente que el

Gran parte de la controversia entre los investigadores de la historia de la sexología y de la eugenesia atañe a la homogeneidad o la heterogeneidad de este campo epistémico. En particular, dentro del dominio alemán una tesis de Detlev Peukert estableció, por un lado, un paradigma de investigación que relaciona las campañas de reforma social y sexual alineadas a primera vista con los proyectos políticos liberales del Imperio alemán y, por el otro, las últimas prácticas puestas en marcha por el Estado nacionalsocialista. Mientras que Peukert encontró que las herramientas de la eugenesia homicida del nazismo tenían raíces en las campañas liberales de reforma,<sup>15</sup> otros han sostenido que no puede formularse ninguna transición simple en la línea de 1933, en gran medida por la naturaleza multifacética de las campañas de reforma.<sup>16</sup> Sin embargo, la discusión sobre la homogeneidad de la sexología y el discurso eugenésico no corresponde de ninguna manera únicamente al caso alemán, ni siquiera al europeo. Por ejemplo, Howard Chiang ha insistido recientemente, en una serie de artículos, no sólo en la vasta diversidad de elementos de la sexología europea, que son a menudo no-normativos, sino también en la importancia que tiene reconocer esa diversidad cuando se trata de comprender las complicaciones que tuvo la importación de la sexología en China.<sup>17</sup> De manera similar, pero tal vez más cerca del énfasis que puso Foucault a la cualidad productiva y normativa de los debates científicos y a la disidencia,

---

proyecto de eugenesia se extiende alrededor de Europa en una variedad de formas a mitad del siglo XX, desde Inglaterra y Francia a España, Italia, Rusia, entre otros.

<sup>15</sup> Cf. Detlev Peukert, «The Genesis of the “Final Solution” from the Spirit of Science»; Anna Bergmann, *Die verhütete Sexualität: Die medizinische Bemächtigung des Lebens*.

<sup>16</sup> Cf. Atina Grossmann, *Reforming Sex: The German Movement for Birth Control and Abortion Reform, 1920–1950*; Cornelia Osborne, *The Politics of the Body in Weimar Germany*.

<sup>17</sup> Cf. Howard H. Chiang, «Liberating Sex, Knowing Desire: *Scientia Sexualis* and Epistemic Turning Points in the History of Sexuality».

ha aparecido recientemente un gran número de publicaciones que exploran la globalización de la sexología en el siglo XX.<sup>18</sup>

A finales de la década de 1980 y en la de 1990, algunos estudios bastante sofisticados y herederos del espíritu de las tareas de Foucault —si bien poco cercanos a su narrativa explícita— comenzaron de igual modo a rastrear la centralidad de la sexualidad en una gama de áreas de producción epistémica no vinculadas directamente con la sexología misma. Por ejemplo, el estudio de Carolyn Dean sobre Bataille y Lacan concluyó que la aparición del sujeto descentrado —un concepto esencial para gran parte del pensamiento posestructuralista— se suscitó en el seno de una crisis de la masculinidad en el periodo de entreguerras.<sup>19</sup> En otro registro, el estudio de Isabel Hull a propósito del papel de la sexualidad en la Alemania de los siglos XVII y XVIII demostró la amplia cantidad de elementos del pensamiento ilustrado alemán —desde la teoría legal hasta las teorías diplomáticas, pasando por la filosofía idealista— que estuvo impregnada de cuestiones sobre sexualidad, declaradas de maneras a veces más explícitas y a veces menos. Asimismo, los estudios emprendidos por Ann Stoller y otros sobre el lugar que tienen los saberes sobre los sexos en el proyecto colonial —es decir, en el saber necesario para el colonialismo europeo y la formación del racismo científico— han sido revolucionarios.<sup>20</sup>

---

<sup>18</sup> Los ejemplos incluyen Sabine Frühstück, *Colonizing Sex: Sexology and Social Control in Modern Japan*; Vincanne Adams y Stacy Leigh Pigg, *Sex in Development: Science, Sexuality, and Morality in Global Perspective*.

<sup>19</sup> Cf. Carolyn Dean, *The Self and Its Pleasures: Bataille, Lacan, and the History of the Decentered Subject*.

<sup>20</sup> Véanse sobre todo Ann Stoler, *Race and the Education of Desire*; Anne McClintock, *Imperial Leather: Race, Gender, and Sexuality in the Colonial Contest*.

LOS DESAFÍOS DEL PSICOANÁLISIS  
Y LA DESCENTRACIÓN DEL SEXO

Si la obra de Foucault revolucionó tanto la historia de la sexualidad como una subdisciplina, el estatuto que posee el psicoanálisis en su narrativa ha seguido siendo, sin embargo, un objeto de discordia. De manera tanto teórica como historiográfica, la apuesta ha sido alta, y la relación problemática y a la vez productora de cuestiones importantes. Un análisis que resulta especialmente provocativo del enfrentamiento entre Foucault y el psicoanálisis provino de la teórica lacaniana de Joan Copjec en su introducción a *Supposing the Subject*, una colección editada por ella. De acuerdo con Copjec, el pensamiento de Foucault asume que el discurso puede explicar completamente al sujeto: da origen al sujeto y moldea las elecciones que él encara. Por el contrario, afirma ella, en el psicoanálisis el sujeto excede al discurso, en el sentido de que se borra a sí mismo del discurso con cada uno de sus gestos y declaraciones. Copjec se refiere aquí a la categoría lacaniana de forclusión para explicar el trabajo del sujeto psicoanalítico en cuanto sujeto que no puede ser representado completamente en el pasado y en el presente.<sup>21</sup> La forclusión, explica, corresponde a aquello que es completamente eliminado del discurso, algo que nunca puede retornar —en el sentido de lo reprimido— salvo «en su propio borramiento».<sup>22</sup> Entendido en este sentido de forclusión, el sujeto no desaparece simplemente o escapa de alguna manera del discurso. Por el contrario, en su borramiento —en su permanente distanciamiento de sus propias

---

<sup>21</sup> Joan Copjec, «Introduction», p. IX.

<sup>22</sup> Aquí Copjec sugiere que el sujeto regresa a lo Real lacaniano. *Ibid.*, p. XI.

declaraciones y actos— se hace *sentir* como sujeto. En su propia negación discursiva, el sujeto como forclusión no debe ser entendido como pre-discursivo; tampoco puede jamás ser localizado o vuelto completamente presente: ni al yo ni al historiador. «Al declararlo de manera algo diferente —afirma Copjec— en el psicoanálisis el sujeto no es hipostasiado, sino hipotetizado, es decir, es algo siempre *supuesto*: nunca lo encontramos frente a frente».<sup>23</sup>

Para Copjec no existe ninguna forma de reconciliar los enfoques foucaultianos y psicoanalíticos, pues operan con puntos de partida completamente diferentes con respecto a la estructuración del sujeto: el psicoanálisis afirma un sujeto distintivo con una formación distintiva de deseo, mientras que el pensamiento foucaultiano asume un sujeto que está completamente constituido por el discurso. Sin embargo, no todos aceptarían su representación del problema, y ciertamente se han invertido más esfuerzos teóricos para encontrar sitios de coincidencia entre el psicoanálisis y las aproximaciones foucaultianas a la subjetividad que para insistir en su incompatibilidad. *The Pinocchio Effect* de Suzanne Stewart-Steinberg puede ser tomado como un ejemplo de negociación bien fundada entre los dos polos. Tras haber trazado la evolución de los sujetos sexuados —y sobre todo del sujeto masculino— en la posunificación de Italia, Stewart-Steinberg identificó una paradoja a la que ella llama el «efecto Pinocchio», en el cual el sujeto masculino encarna una ansiedad sobre su propia existencia, «autoconsciente de su estatuto propiamente ficcional».<sup>24</sup> Sin embargo, Stewart-Steinberg encuentra en el lenguaje de la ideología —entendida como los meca-

---

<sup>23</sup> *Idem.*

<sup>24</sup> Suzanne Stewart-Steinberg, *The Pinocchio Effect: On Making Italians (1860-1920)*, p. 5.

nismos sociales que producen sujetos como agentes libres que eligen responder al llamado de esos mecanismos y como sujetos dominados por su ley o su llamado— el mejor medio para pensar al sujeto ficcional autoconsciente. En este sentido, explica ella, la ideología depende del placer que el sujeto experimenta en su relación con las normas sociales, un placer que controla o conduce al sujeto, pero que «no se reduce a los efectos de la ideología» o no es simplemente la alegría del sujeto en el cumplimiento de las normas sociales. Refiriéndose al teórico político lacaniano Slavoj Žižek, añade que «la forma moderna de la ideología se funda en una negación: sabemos que el sujeto no es un ser preconstituido, pero sin embargo debemos *pretender* que lo es».<sup>25</sup> Mientras que Stewart-Steinberg continúa entendiendo en última instancia al sujeto como un producto discursivo y, por lo tanto, le permite recrear históricamente el proceso de la formación moderna del sujeto masculino, su aproximación a la ideología le posibilita tematizar las maneras en que los sujetos son producidos en un sentido específicamente histórico que puede hacerlos inaccesibles a la presentación discursiva. De esta manera, Stewart-Steinberg no hace afirmaciones transhistóricas sobre la conformación de la subjetividad, sino más bien paralelas a las maneras específicamente históricas en que funcionaron los sujetos «posliberales» de la Italia moderna. Sin embargo, cercana en esto a la influencia psicoanalítica, ella es receptiva de aquellos métodos históricos que los investigadores pudieron emplear si querían entender a sus sujetos sin ninguna apertura a la demostración discursiva, con la persecución de sus rastros antes que de sus manifestaciones en el discurso.<sup>26</sup>

---

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 9.

<sup>26</sup> El argumento histórico de Stewart-Steinberg resuena bastante con el argumento de Judith Butler en *The Psychic Life of Power: Theories in Subjection*, en el cual Butler intenta leer juntos

Si el argumento de Stewart-Steinberg demuestra de una manera históricamente fundada que las teorías del sujeto-profundo y la construcción discursiva no están necesariamente en desacuerdo, otras intervenciones teóricas han buscado demostrar aún más directamente la compatibilidad de los elementos del pensamiento de Foucault con aquellos del psicoanálisis. Un esfuerzo particularmente cuidadoso y sustentado es *The Emergence of Sexuality: Historical Epistemology and the Formation of Concepts* de Arnold Davidson. En este libro, Davidson —uno de los pocos filósofos analíticos que mantienen una deuda profunda con las innovaciones metodológicas de Foucault— emprende una defensa del psicoanálisis a partir de algunas herramientas de Foucault. En primer lugar, utiliza el método «arqueológico» de investigación de Foucault para indicar lo que él considera que es el logro realmente revolucionario del psicoanálisis en los campos de la sexología y la psiquiatría: concretamente, que desnaturalizó la relación entre pulsión sexual y objeto sexual. Davidson sostiene que, incluso si Freud reprodujo a veces muchas de las prácticas y asunciones de la sexología y la psiquiatría sobre las así llamadas perversiones, esta desnaturalización de la pulsión sexual y del objeto —esta afirmación de que no existe un objeto «normal» para la pulsión— marcó un rompimiento definitivo con el «régimen de verdad» que gobernaba la ciencia del siglo XIX.<sup>27</sup> Sin

---

a Foucault y el psicoanálisis. Ella afirma primero que es imaginable entender el inconsciente como abierto a —incluso vinculado a y moldeado por— formas de poder social y disciplina; además, encuentra en la concepción foucaultiana del sujeto permanentemente reiterado en la intersección de momentos variantes y a veces inconsistentes de poder social un espacio para el no reconocimiento y la incompletitud. Como resultado, el «sujeto» que emerge es al mismo tiempo producido por esos discursos sociales pero, como el sujeto psicoanalítico, excede esos discursos. *Ibid.*, pp. 83-105.

<sup>27</sup> Arnold Davidson, *The Emergence of Sexuality: Historical Epistemology and the Formation of Concepts*, pp. 79, 180.

embargo, tras reconocer que su lectura de Freud rebate lo escrito en la *Historia de la sexualidad* de Foucault, Davidson sostiene que coincide no sólo con su espíritu sino también con una relación más amplia y compleja entre Foucault y el psicoanálisis. De esta manera, concluye su estudio con un esfuerzo de conjugar el pensamiento de Foucault con algunos elementos del psicoanálisis. Señala que, durante toda su carrera y siguiendo a Lacan, Foucault estuvo interesado principalmente en el proyecto epistemológico que contrarrestó el existencialismo, la fenomenología y todas aquellas teorías que involucraban un sujeto libre. En su lectura, Foucault estuvo interesado, al igual que Lacan, en las estructuras del lenguaje que no pueden ser controladas por el sujeto intencional y consciente. Davidson escribe que «por raro que lo parezca, la existencia del inconsciente fue un componente decisivo para el *antipsicologismo* de Foucault», y lee así las historias arqueológicas de Foucault como complementos para la centralidad psicoanalítica de las estructuras del inconsciente.<sup>28</sup> Davidson afirma entonces que la objeción real de Foucault al psicoanálisis atañía no a que se centrara en el inconsciente, sino más bien a que centrara al inconsciente en el problema del deseo como si éste revelara la verdad del sujeto. Concluye citando la preferencia que tenía Foucault por el Freud de *La interpretación de los sueños* antes que por aquel de *Tres ensayos sobre teoría sexual*. «No es la teoría del desarrollo, no es el secreto sexual detrás de las neurosis —Foucault había explicado, en su esfuerzo por esclarecer su admiración por algunos elementos del psicoanálisis—, es

---

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 210. Davidson elabora sus conclusiones sobre la proximidad de Foucault con Lacan a partir de M. Foucault, «The Death of Lacan»; y M. Foucault, «Lacan, le “libérateur” de la psychanalyse», pp. 204-205.

una *lógica del inconsciente*». <sup>29</sup> Davidson ve en el interés tardío que tuvo Foucault en la *ars erotica* en cuanto discurso sobre la serie «cuerpo-placer-intensificación», en contraste con la *scientia sexualis* —en sí un discurso sobre la serie «sujeto-deseo-verdad»—, como un rechazo a la sexualidad no sólo en cuanto aquello que proporcionaría la verdad del sujeto, sino también en cuanto objeto privilegiado de estudio tanto para Foucault como para el psicoanálisis. «Del mismo modo en que Foucault quiso divorciar la teoría psicoanalítica del inconsciente de la teoría de la sexualidad —concluye Davidson—, quiso separar la experiencia del placer de una teoría psicológica del deseo sexual, de la subjetividad sexual». <sup>30</sup>

Curiosamente, es con el rechazo de la sexualidad, en beneficio del placer y la intensidad, como Davidson encuentra la coalescencia entre Foucault y Freud, al igual que una alternativa prometedora de pensar la subjetividad. De acuerdo con Davidson, si Foucault estuvo en desacuerdo con la centralización psicoanalítica sobre el deseo en cuanto verdad del sujeto, se dirigió al placer al no tratarse de algo que pudiera ser verdadero o no verdadero, correcto o equivocado.

Aunque no tenemos dificultades para entender y hablar de la distinción entre deseos verdaderos o falsos, la idea de placeres verdaderos y falsos —y Foucault entendía este punto incluso si nunca lo planteó exactamente de esta manera— es conceptualmente equivocada. El placer, por así decirlo, se agota en su superficie; puede ser intensificado, incrementado o sus cualidades modificadas, pero no tiene el

---

<sup>29</sup> M. Foucault, «Le jeu de Michel Foucault», p. 315. Citado por A. Davidson, *op. cit.*, p. 211.

<sup>30</sup> *Idem*.

alcance psicológico que tiene el deseo. Si se puede decir, se relaciona a sí mismo y no a algo más que expresa verdadera o falsamente.<sup>31</sup>

Si bien no identifica esta influencia, los análisis de Davidson evocan de modo sorprendente a algunos elementos que existen en *El Anti-Edipo* de Deleuze y Guattari, un libro que ha desempeñado un papel poco significativo en la historiografía de la sexualidad, aun siendo que va de la mano de los desarrollos del propio Foucault y el cual recibió el respaldo entusiasta de éste en el prefacio a la edición de la traducción inglesa.<sup>32</sup> En el curso de sus argumentos, Deleuze y Guattari se posicionaron bastante cerca de Foucault no tanto en el rechazo del psicoanálisis, sino más bien en un asalto completo contra la política familiar normativa fortalecida por el psicoanálisis en cuanto práctica institucionalizada.<sup>33</sup> Como el título mismo lo sugiere, el mito de Edipo es tomado por ellos como el objeto principal de su crítica, argumentando que el psicoanálisis institucionalizado internalizó a tal punto la lógica de este mito para configurar su comprensión del inconsciente como algo que deriva de la noción edípica del complejo de castración; con ello mismo, las pulsiones y los deseos adquirieron una connotación derivativa. En resumen, el psicoanálisis institucionalizado domesticó el inconsciente, las pulsiones y los deseos para incorporar el mito de Edipo, mientras que la terapia verbal apuntaría principalmente a

---

<sup>31</sup> Para estudios complementarios que buscar leer juntos a Foucault y Freud, cf. John Forrester, *The Seductions of Psychoanalysis: Freud, Lacan and Derrida*, pp. 286-316; J. Butler, *op. cit.*, pp. 83-105; Joel Whitebook, «Freud, Foucault und der "Dialog mit der Vernunft"».

<sup>32</sup> Una buena discusión histórica del texto y de su relación con el psicoanálisis lacaniano está en Camille Robcis, *The Politics of Kinship: Anthropology, Psychoanalysis, and Family Law in Twentieth-Century France*; véanse también Tim Dean, *Beyond Sexuality*; Slavoj Žižek, *Organs without Bodies: On Deleuze and Consequences*.

<sup>33</sup> Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Anti-Oedipus: Capitalism and Schizophrenia*, pp. 13, 20.

incitar que el analizado incorpore el modelo normativo de la familia nuclear. Si el psicoanálisis freudiano afirmaba descubrir e interpretar un mecanismo a través del cual tuvo origen el yo sexual, fue también fijando los parámetros de esa operación. En el vocabulario de Deleuze y Guattari, el psicoanálisis «territorializa» los deseos siempre de antemano, dándoles orientación (edípica) y metas normativas. Si bien parecía que el psicoanálisis lacaniano se abría a formaciones alternativas del deseo y del inconsciente a través de su recurso a lo simbólico y las cadenas de significación —cadenas que existen en una formación múltiple y heterogénea—, lamentablemente, de acuerdo con los autores de *El Anti-Edipo*, Lacan entendió estas cadenas como si estuvieran bastante separadas de la fisicalidad, repitiendo el «idealismo» del recurso freudiano a un inconsciente que se expresa en la fantasía, en representaciones territorializadas. De este modo, también él permitió a sus seguidores convertir la heterogeneidad inmanente de los deseos en una estructura normativa edipizada.<sup>34</sup>

No obstante, Deleuze y Guattari no rechazaron todo aquello que el psicoanálisis tenía que ofrecer. Por el contrario, en su llamado al «esquizoanálisis» ellos buscaron devolverles al inconsciente y las pulsiones su potencial antinormativo, heterogéneo y productivo. «El gran descubrimiento del psicoanálisis —explican— fue el de la producción deseante, de las producciones del inconsciente». En este proyecto, ellos partieron de «máquinas deseantes», procesos no orientados y no coordinados que no están motivados por «carencia» o «necesidad», sino que más bien son «producciones deseantes», actividades que producen constantemente nuevas realidades. «Si el deseo produce,

---

<sup>34</sup> *Ibid.*, pp. 38-39, 53, 73.

produce realidad», escriben, y añaden: «Si el deseo es productivo, sólo puede serlo en realidad, y de realidad. El deseo es el conjunto de *síntesis pasivas* que maquinan los objetos parciales, los flujos y los cuerpos, y que funcionan como unidades de producción». La relación del deseo con objetos parciales es fácilmente territorializada, dirigida a fines normativos. La tarea del esquizoanálisis consiste así en desterritorializar las máquinas deseantes, abrirlas a su potencial esquizofrénico y heterogéneo y, con ello, eliminar al sujeto-profundo que es el producto de la norma edípica. Insisten que el resultado de esto es una difusión de la sexualidad fuera de cualquier origen o *telos*. «La verdad es —explican— que la sexualidad está por todas partes». No es esa pulsión primaria, producida y orientada a través del proceso edípico y entonces «sublimada» en formas culturales aparentemente desexualizadas. Por el contrario, el esquizoanálisis implica una pansexualización del mundo, una multiplicidad del deseo y del sexo y, simultáneamente, una descentración de la sexualidad —de cualquier meta, orientación o deseo sexual particular— como verdad del sujeto.<sup>35</sup> De forma similar a Foucault, quien reivindicará posteriormente una descentración de la sexualidad con respecto a la posición privilegiada que el psicoanálisis le había otorgado, pero que no rechazaba necesariamente todo lo que el psicoanálisis tenía que ofrecer, Deleuze y Guattari estaban desafiando una formación particular del psicoanálisis y las limitaciones que ponía a la sexualidad, el inconsciente, las pulsiones y los deseos, al mismo tiempo que reconocían una potencia no normativa en algunos elementos de la indagación psicoanalítica.

---

<sup>35</sup> *Ibid.*, pp. 24, 26-27, 296, 293, 296.

Vemos así en el trabajo tanto de Davidson como de Deleuze y Guattari un movimiento que se dirige más allá de la propia sexualidad en cuanto concepto definido o incluso en cuanto dimensión fundamental de la teoría psicoanalítica. A este respecto, resulta interesante advertir que en años recientes los historiadores practicantes que han trabajado con la teoría psicoanalítica también se han aventurado lejos de la sexualidad como si se tratara de su centro o base. Ciertamente, entre los historiadores profesionales de las décadas recientes, el psicoanálisis mismo ha sido una influencia regular y sofisticada no en la historia de la sexualidad, sino en las cuestiones del propio método historiográfico. Dominick LaCapra, por ejemplo, un portavoz destacado del trauma como categoría teórica para la investigación histórica, ha movilizado categorías psicoanalíticas como «reelaboración», «paso al acto», «*Nachträglichkeit*» (posterioridad), «transferencia» y, sobre todo, la «compulsión de repetición» para indicar no sólo cómo se pudo pensar el desarrollo en el pasado, sino también la subjetividad implicada del historiador en el presente.<sup>36</sup> Recientemente, Joan Scott ha formulado algunos argumentos sobre la productiva «inconmensurabilidad entre historia y psicoanálisis». Basándose en gran medida en las obras de Michel de Certeau y Lyndal Roper,<sup>37</sup> ella sostiene que el beneficio que

---

<sup>36</sup> Estos términos están mejor formulados en los libros de Dominick LaCapra *Representing the Holocaust: History, Theory, Trauma* y *History and Memory after Auschwitz*. Otros ejemplos del interés de historiadores en el trauma incluyen Bonnie Smith, *The Gender of History: Men, Women, and Historical Practice*; Henri Rousso, *The Vichy Syndrome: History and Memory in France since 1944*; Alison Frazier, «Machiavelli, Trauma, and the Scandal of The Prince: An Essay in Speculative History».

<sup>37</sup> Cf. Michel de Certeau, *The Writing of History*; Lyndal Roper, *Oedipus and the Devil: Witchcraft, Sexuality, and Religion in Early Modern Europe* y *Witch Craze*.

tiene la teoría psicoanalítica para la escritura de la historia está en su habilidad para cuestionar la «certeza sobre los hechos, la narrativa y las causas». Si abre al historiador a los materiales de la fantasía y de la motivación inconsciente en el sujeto y el objeto de la indagación histórica, su fuerza atañe a su resistencia para dominar narrativas. El psicoanálisis pierde ciertamente su potencial cuando se transforma en otro enfoque general o matriz explicativa dentro de la caja de herramientas del historiador, tendencia a la que —sostiene ella— la psichistoria basada en la psicología del yo estuvo inclinada.<sup>38</sup>

Estos cambios de dirección por parte de algunos historiadores hacia cuestiones tales como el trauma, la transferencia y los modos más generalizados de indagación crítica inspirados en el psicoanálisis, no divorcian necesariamente la teoría psicoanalítica de las cuestiones de la sexualidad. Ciertamente, *The Gender of History* de Bonnie Smith y su investigación del problema del trauma padecido en la forma de la violencia doméstica y su impacto de género en la disciplina histórica en su conjunto, ha fusionado nuevamente el trauma y la sexualidad. No obstante, en su mayor parte, la tendencia a atenuar la sexualidad misma como componente privilegiado del psicoanálisis tiene reincidencias en la propia historia del psicoanálisis. El principal conflicto institucional más reciente dentro de los círculos de la «psicología profunda» ha girado —al menos en parte— en torno a la distancia que Carl Jung tomó con respecto a la teoría freudiana de la libido.<sup>39</sup> De manera mucho menos polémica, el enfoque spinozista con el que

---

<sup>38</sup> Cf. Joan Scott, «The Incommensurability of Psychoanalysis and History». También Elizabeth Wilson, «Another Neurological Scene».

<sup>39</sup> Cf. Carl Gustav Jung, *Symbols of Transformation: An Analysis of the Prelude to a Case of Schizophrenia*.

Lou-Andreas Salomé se dirigió al psicoanálisis descentró sutilmente lo sexual, mientras que la propia hija de Freud, Anna Freud, ayudó a inaugurar la «psicología del yo» con Erik Erikson y otras personas, rama del psicoanálisis que habría liberado el desarrollo del ego del monopolio de la identidad sexualizada.<sup>40</sup> Asimismo, la subdisciplina de la psicohistoria, aunque por momentos interesada especialmente en los conflictos sexuales desenterrados que podrían explicar los comportamientos de diversas figuras históricas, evolucionó también en diversas direcciones que pudieron guardar explicaciones complejas y no completamente sexuales para el desarrollo de la personalidad y los comportamientos.<sup>41</sup> Incluso la propia evolución intelectual de Freud y su recepción final de la teoría de la pulsión de muerte manifiesta una apertura gradual a interpretaciones no sexuales del inconsciente. Resistente al principio, reconoció finalmente la pulsión de muerte como un fenómeno que debe ser entendido como algo distinto a las pulsiones sexuales, incluso si llega a manifestarse junto con ellas.<sup>42</sup>

---

<sup>40</sup> Véanse por ejemplo Lou Andreas-Salomé, *The Freud Journal*; Anna Freud, *The Ego and the Mechanisms of Defense*; Erik Erikson, *Childhood and Society*.

<sup>41</sup> Sobre la anulación de énfasis a la sexualidad en la psicohistoria, cf. J. Scott, *op. cit.*, pp. 74-76. Ella sugiere que Erik Erikson, un padre fundador de la psicohistoria con su Young Man Luther, también fue un líder en el giro fuera de la sexualidad y afirma que el desarrollo individual es el núcleo del psicoanálisis. Scott identifica esta desexualización, también asociada con Karen Horney, Erich Fromm y otros, como una ayuda para fortificar la psicohistoria como una narrativa principal que busca contener y explicar el desarrollo histórico, colocarlo en medio del campo de la explicación racional y, por tanto, desviar las implicaciones más productivamente disruptivas que el psicoanálisis puede tener para la explicación histórica. Sin embargo, creo que ella estaría de acuerdo con que su principal argumento de que la narrativa histórica convencional de los problemas del psicoanálisis necesita no depender de la teoría de la libido o el énfasis primario en la sexualidad; por el contrario, la capacidad disruptiva atañe a la obra del inconsciente, extemporaneidad, la incontenibilidad del pasado y el presente, la representación diferida y desplazada de los deseos.

<sup>42</sup> Cf. S. Freud, «Einleitung zu "Zur Psychoanalyse der Kriegsneurosen"» y «Jenseits des Lustprinzips».

En referencia a la propia pulsión de muerte, no tiene importancia que los teóricos se hayan dividido sobre su lugar tanto en el psicoanálisis como en la relación de éste con el pensamiento foucaultiano. Deleuze y Guattari pensaron que la pulsión de muerte sería, después del complejo de Edipo, el desarrollo más dañino del pensamiento de Freud, un desarrollo que estableció a la pulsión de muerte como un principio trascendente que está dirigido a volver tolerable el ideal ascético impuesto por el complejo de Edipo.<sup>43</sup> En cambio, Jacques Derrida encontró en la pulsión de muerte un desarrollo que podría hacer que el psicoanálisis sea más compatible con el proyecto de Foucault, incluso para el caso de la atención temprana que tuvo en éste la locura y su confinamiento. En «Être juste avec Freud», Derrida afirmó que la pulsión de muerte constituiría en realidad para Freud un reconocimiento de una locura profunda e irremediable en la teoría psicoanalítica, una concepción que a sus ojos desplazó el pensamiento de Freud fuera del campo de las técnicas disciplinarias y al interior de un dominio que excede permanentemente todos los controles discursivos.<sup>44</sup> Lo que es cierto es que, ya sea a través de la pulsión de muerte o a través de las nociones de inconsciente o placer e intensidad, los esfuerzos teóricos para articular una reunión-de-mentes entre Foucault y Freud han desembocado sistemáticamente en una descentración general de la sexualidad en cuanto categoría privilegiada de la teoría psicoanalítica.

A este respecto, me gustaría discutir una intervención teórica final de algunos trabajos más recientes que podrían poseer algún valor para los historiadores que se interesan en la formación de campos

---

<sup>43</sup> G. Deleuze y F. Guattari, *op. cit.*, pp. 332–333.

<sup>44</sup> Cf. Jacques Derrida, «“To Do Justice to Freud”: The History of Madness in the Age of Psychoanalysis».

epistémicos y evaluación moral, es decir, en los desarrollos de la teoría de los afectos. En relación con la historia de la sexualidad, resulta especialmente relevante *Touching Feeling: Affect, Pedagogy, Performativity* de Eve Kosofsky Sedgwick. En este libro Sedgwick expresa una frustración que le suscitó durante años el tratamiento foucaultiano de la sexualidad. Lo que ella había entendido era siempre que Foucault afirmaba la posibilidad de que existe una alternativa a la dinámica represión/liberación expuesta por él.<sup>45</sup> Su propia esperanza depositada en pensar a través de la obra de Foucault le había planteado la posibilidad de que ésta proporcionaba una vía «para pensar el deseo humano al margen de la prohibición y la represión» y sus muchas veces desplazados —pero siempre dualistas— «disfraces camaleónicos».<sup>46</sup> Sin embargo, su frustración dependía de que sentía que tanto Foucault en su *Historia de la sexualidad* como los estudiosos que vinieron después en este campo, habían permanecido de alguna manera atados a la idea de la prohibición, de que, «incluso más allá de la hipótesis represiva, alguna versión de prohibición sigue siendo la cosa más importante que hay que entender».

La respuesta de Sedgwick no consiste en abandonar la tarea de Foucault y todo lo provocativo que le ofrece al teórico de la sexualidad, gesto que tan sólo podía repetir la dualidad que ella encuentra problemática; ni en abrazar o rechazar el psicoanálisis. Por el contrario, su respuesta consiste en apelar a la teoría de los afectos como un esfuerzo para moverse poéticamente *al margen* de ambos. La principal inquietud de Sedgwick estriba en que el tratamiento literario-teórico

---

<sup>45</sup> Eve Kosofsky Sedgwick, *Touching Feeling: Affect, Pedagogy, Performativity*, p. 9.

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. 10.

de la sexualidad ha sido muy estrecho: si bien permite una «agudeza diagramática», no tiene en cuenta la rica variedad de experiencia sensual incluida en la subjetividad. Como alternativa, ella propone la categoría de afecto, categoría que, según afirma, hace imposible el pensamiento dualista. En deuda sobre todo con la obra del psicólogo Silvan Tomkins, Sedgwick explica que

...la diferencia entre el sistema de pulsiones y el sistema de afectos no es que uno esté más arraigado en el cuerpo que el otro; [Tomkins] entiende ambos como si estuvieran completamente encarnados, y más o menos entretejidos con los procesos cognitivos. La diferencia más bien es entre más específico y más general, más o menos restringido: entre sistemas basados biológicamente que son más o menos capaces de generar complejidad o grados de libertad.<sup>47</sup>

De esta manera, encuentra en Tomkins una teoría de los afectos que integra aquello que ella llama el carácter «digital» e «intermitente» de la pulsión sexual —especialmente aquella teorizada por el psicoanálisis— en un contexto de cualidad «análoga» o «diferenciadamente múltiple». Con modificaciones a través de una red de afectos, las pulsiones sexuales desaparecen como elemento central u organizador en la formación de la subjetividad.

Existen claras coincidencias entre el proyecto de Sedgwick y los trabajos recientes en la historia de las emociones. Por ejemplo, William Reddy encuentra en el estudio de las emociones un medio para llegar más lejos que las distintas identidades de género, clase, raza y

---

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 18.

sexo que preocupan a los historiadores. Recientemente se ha dirigido a la historia del amor como un medio para desnaturalizar el propio deseo sexual en cuanto categoría universal.<sup>48</sup> Sin embargo, si la obra de Reddy resuena en el pensamiento de Sedgwick, hay que tener cuidado de no identificar rápidamente la historia de la emoción con los desarrollos recientes en la teoría de los afectos. Ciertamente, un objetivo implícito en el proyecto de Sedgwick consiste en rodear la sexualidad con un marco de afectos a fin de descentrarla de su lugar privilegiado en la formación de la identidad y en cuanto objeto de conocimiento y moralidad normativa. En este ámbito su obra repite una tendencia común en las aproximaciones humanistas a la teoría de los afectos. Basándose en la investigación de las neurociencias y las ciencias cognitivas, teóricos como Charles Altieri y Brian Massumi distinguen entre «afecto» (Massumi) o «sentimiento» (Altieri) y «emoción».<sup>49</sup> En el primero, ambos encuentran una forma no-normativa de ser-afectado y de expresar la experiencia humana —forma a la que Massumi llama «posideológica»— y, en el segundo, una dimensión de la experiencia humana que se alinea tanto con el juicio moral y cognitivo como con la formación de la identidad. Si bien se remiten a proyectos bastante diferentes, ambos comparten un objetivo común para valorizar esas dimensiones de experiencia afectiva humana que no son reducibles al «yo», o que no son objeto de juicios

---

<sup>48</sup> Cf. Jan Plamper, «The History of Emotions: An Interview with William Reddy, Barbara Rosenwein, and Peter Stearns». También William Reddy, *The Navigation of Feeling: A Framework for the History of Emotions* y *The Making of Romantic Love: Longing and Sexuality in Europe, South Asia, and Japan, 900-1200 C. E.*

<sup>49</sup> Cf. Charles Altieri, *The Particulars of Rapture: An Aesthetics of the Affects*; Brian Massumi, *Parables for the Virtual: Movement, Affect, Sensation*. Para estudios empíricos útiles y eruditos con teorías similares de los afectos, cf. Patricia Ticineto Clough (ed.), *The Affective Turn: Theorizing the Social*.

en términos de correcto o incorrecto, verdadero o falso. Mientras que algunos trabajos de la historia de las emociones podrían descentrar también la sexualidad e involucrarse también con dimensiones pre- o postsubjetivas de la experiencia afectiva, este campo en su conjunto se ha interesado naturalmente en la reconstrucción precisamente de los marcos de tipo comunal o normativo —«regímenes emocionales», «comunidades emocionales»— en y a través de los cuales los sujetos desarrollan identidades emocionales y aprenden a incorporar y rechazar las normas emocionales.<sup>50</sup> En resumen, el campo puede coincidir con algunos cambios de la historia de la sexualidad y con críticas por venir de la teoría de los afectos, pero también tiene su propio conjunto de preguntas, de las cuales es sólo una pequeña parte el estatuto del sujeto-profundo en cuanto sitio privilegiado para el juicio normativo y cognitivo.

Si, de este modo, los historiadores no han incorporado completamente la teoría de los afectos como un recurso indagatorio, es posible especular cuáles pueden ser sus implicaciones. Aquí quisiera referirme a *Slumming*, obra de Seth Koven, como un ejemplo del potencial que la teoría de los afectos puede ofrecer a un proyecto posfoucaultiano y pospsicoanalítico de descentración de la sexualidad. A ciencia cierta, el libro de Koven no parece una elección inmediatamente clara, en la medida en que su objetivo explícito es revelar la política sexual no declarada que se encuentra escondida detrás de la atracción que tiene la clase media de Londres hacia los barrios bajos de esta ciudad. Y sin embargo, el libro presta una gran atención a diversas expresiones

---

<sup>50</sup> «Regímenes emocionales» es el término de W. Redy, *op. cit.*; «comunidades emocionales» deriva de Barbara Rosenwein, *Emotional Communities in the Early Middle Ages*; véase también su «Worrying about Emotions in History».

afectivas por parte de los individuos, atención que posibilita más de una lectura alternativa. Si no se trata exactamente de un estudio dentro de la teoría de los afectos *avant la lettre*, sí posibilita algunas observaciones de lo que tendría que hacer un trabajo de este tipo.

Koven se refiere una sola vez a su propia ambivalencia afectiva hacia los individuos por él abordados, pero esa única referencia abre un potencial interpretativo para el resto del libro.<sup>51</sup> Si Koven tiene siempre por objeto vincular varias expresiones afectivas de estos individuos a una formación compleja de deseos sexuales en conflicto y de regulación, su propia ambivalencia —su propio esfuerzo para no disciplinar demasiado u orientar las declaraciones y las acciones de los individuos— crea también una dinámica en la cual esos afectos tienen permitida su propia expresión no determinada. De esta manera, Koven interpreta que algunas de las manifestaciones de sus actores históricos —como la «atracción de repulsión»— pertenecen a la atracción sexual y la repulsión, mientras que sigue permitiendo que esas manifestaciones se expresen de una manera más inmediata y no orientada. La atracción puede ser simple simpatía o lástima sin connotaciones eróticas, mientras que la repulsión puede manifestarse como simple disgusto o miedo.<sup>52</sup>

Como resultado de la voluntad que muestra Koven de dejar trabajar estas tendencias, a fin de atender las maneras en que «las categorías políticas y eróticas, sociales y sexuales, desbordan sus límites», *Slumming* resulta particularmente sugerente para pensar la relación entre afectos y sexualidad. A este respecto, existen dos momentos de tensión

---

<sup>51</sup> Seth Koven, *Slumming: Sexual and Social Politics in Victorian London*, p. 5.

<sup>52</sup> *Ibid.*, pp. 38-39.

que cabe destacar. Por un lado, el libro presenta, en cuanto historia cultural del altruismo situada dentro de la historia de la sexualidad, una tendencia a asignar y al mismo tiempo orientar los afectos al campo de lo sexual *mientras* permite a dichos afectos que excedan tal orientación restrictiva. Al mismo tiempo, revela una dinámica similar por parte de los actores tratados en él. En este punto, dirigiéndose precisamente al período con el que Foucault identificó la invención moderna y disciplinaria de la sexualidad, el libro revela la tendencia que tienen escritores y activistas en los siglos XIX y principios del XX de expresar una variedad de afectos no orientados —por ejemplo el miedo, el placer, el disgusto y la compasión— y a canalizar rápidamente esos afectos en una dirección sexual que pudieron haber querido evitar o no. Sin embargo, en ambos momentos, en aquel de Koven como historiador y en aquel de sus actores históricos, vemos el tipo de trabajo que potencialmente puede permitir un giro hacia la teoría de los afectos. Esto quiere decir que vemos la expresión de los afectos como si se tratara de una expresión no representacional, sin contenciones, no ligada a ninguna explicación ideológica o discursiva; y vemos el trabajo ideológico que interpreta y orienta ese afecto, en este caso hacia lo sexual. La combinación permite aquí, como mínimo, una descentración parcial de la sexualidad en cuanto matriz explicativa dominante para un rango de afectos humanos y su expresión.

En cambio, Ruth Leys ha publicado una crítica convincente de la apropiación humanista de la teoría de los afectos —y de las neurociencias que la sustentan—, afirmando que sus propios fundamentos científicos son inciertos.<sup>53</sup> Sin embargo, no es evidente que su crítica aguda socave

---

<sup>53</sup> Cf. Ruth Leys, «The Turn to Affect». También la respuesta de William Connolly, «The

necesariamente el potencial interpretativo de la teoría de los afectos para la historia intelectual o la historia de la sexualidad. Es cierto que, del mismo modo en que Scott lo dice del psicoanálisis, la fuerza de la teoría de los afectos reside en su resistencia a volverse una herramienta para la producción de narrativas globales. La teoría de los afectos presta atención a las expresiones y las respuestas subjetivas —tanto por parte de los sujetos de la historia como de los historiadores como sujetos— que no se encuentran inmediatamente disponibles para la captación moral o cognitiva, o para la explicación causal en la narrativa de la historia. Si su valor para el campo de la obra toma lugar en la intersección entre historia intelectual e historia de la sexualidad, no tiene a la mano ofrecer una *mejor* descripción de los actores históricos y sus deseos, sino exclusivamente un cambio de marco para la investigación y la lectura de las prácticas que puede permitir a los historiadores dirigirse a una gama más amplia de experiencias afectivas con respecto a los solos deseos sexuales que obtuvieron tal preminencia en el siglo XX. De esta manera, la teoría de los afectos resulta valiosa para descentrar la sexualidad en cuanto categoría explicativa de los comportamientos y los estímulos humanos sin volverse necesariamente un nuevo marco general para la interpretación histórica.

## CONCLUSIÓN

Así pues, ¿a dónde nos llevan estos desarrollos? Partimos de la observación de que la historia de la sexualidad había sido algo segregado dentro del campo de la historia intelectual, a pesar del hecho de que

---

Complexity of Intention».

las cuestiones de la formación del conocimiento tienen una importancia central para ambos campos. Sin embargo, a través de la literatura hemos recordado que, al menos desde la perspectiva foucaultiana, el papel central que la sexualidad comenzó a jugar en los campos modernos del conocimiento sobre el yo fue siempre un objeto de crítica, no incorporado. Puede decirse incluso que la descentración de la sexualidad por parte de Sedgwick, Davidson e incluso Deleuze y Guattari es, mucho más que una superación, una realización positiva del potencial crítico en el proyecto foucaultiano. No obstante, cuando atestiguamos la descentración de la sexualidad dentro de la teoría psicoanalítica, observamos una menor distancia entre el pensamiento foucaultiano y el psicoanalítico del que pudimos haber pensado. Podría ser que el psicoanálisis «supone» inherentemente un tipo diferente de sujeto, distinto al sujeto discursivamente constituido que se encuentra en el pensamiento de Foucault, o incluso un sujeto-profundo por así decirlo, pero ese sujeto ya no está claramente definido por sus deseos sexuales o por una represión primaria como antes.

De hecho, en este punto —y a la luz de los desarrollos en la teoría foucaultiana, psicoanalítica y de los afectos— podríamos preguntarnos si el enfrentamiento aparente entre Foucault y Freud podría en cambio ser visto históricamente y en el marco sutil del siglo XX. Pueden suscitarse algunas dudas sobre si la sexualidad emergió en esta época como un sitio privilegiado de conocimiento y como un sitio altamente politizado. Sin los desarrollos de la sexología y la gestión de la reproducción no habrían sido concebibles ni el Estado biopolítico del siglo XX que existió a través de toda Europa ni el fenómeno paralelo de los movimientos de emancipación de feministas u homosexuales. Con esto no se pretende decir que los saberes sexuales y la política sexual

no fueron relevantes mucho antes del siglo XX —tal y como lo pueden recordar los historiadores de la premodernidad y de los inicios de la modernidad—; tampoco que en el futuro no seguirán conformando un grupo de cuestiones urgentes (como nos lo recuerdan los debates actuales en los Estados Unidos sobre el aborto o la contracepción fundada en la previsión y el Viagra, por no mencionar aquellos sobre inmigración, lugar de nacimiento y ciudadanía). Pero sí se pretende decir que la importancia que desempeñó la sexualidad en cuanto objeto de discordia para estos dos desarrollos teóricos importantes, sólo pudo haber tenido lugar en un siglo XX obsesionado con el sexo. Considerada bajo esta luz, puede ser que la separación aparente entre la historia de la sexualidad y la historia intelectual en sentido amplio es, por un lado, sintomática de los desarrollos del siglo XX en cuanto indicador de los desarrollos por venir —es decir, sintomática de la constitución de la sexualidad en el siglo XX como categoría específica de conocimiento mejor tratada por sí sola— y, por el otro, indicativa también de una descentración quizá deseada de la sexualidad en cuanto categoría analítica privilegiada a favor de otras categorías relacionadas, aunque más amplias, como afecto, emoción, intimidad o corporización.

*Traducción del inglés:*

*Alan Cruz*

© Tracie Matysik, «Decentering Sex: Reflections on Freud, Foucault, and Subjectivity in Intellectual History», en Darrin M. McMahon y Samuel Moyn (ed.), *Rethinking Modern European Intellectual History*, Nueva York, Oxford University Press, 2014, pp. 173-192.

## BIBLIOGRAFÍA

- Vincanne Adams y Stacy Leigh Pigg, *Sex in Development: Science, Sexuality, and Morality in Global Perspective*, Durham, Duke University Press, 2006.
- Theodor Adorno y Max Horkheimer, *Dialectic of Enlightenment*, trad. John Cumming, Nueva York, Continuum, 1993.
- Charles Altieri, *The Particulars of Rapture: An Aesthetics of the Affects*, Ithaca, Cornell University Press, 2003.
- Lou Andreas-Salomé, *The Freud Journal*, trad. Stanley A. Leavy, Nueva York, Basic Books, 1964.
- Anna Bergmann, *Die verhütete Sexualität: Die medizinische Bemächtigung des Lebens*, Hamburgo, Rasch und Röhring, 1992.
- Gisela Bock, *Zwangsterilization im Nationalsozialismus: Studien zur Rassenpolitik und Frauenpolitik*, Opladen, Westdt. Verlag, 1986.
- Vern Bullough, *Science in the Bedroom: A History of Sex Research*, Nueva York, Basic Books, 1994.
- Judith Butler, *The Psychic Life of Power: Theories in Subjection*, Stanford, Stanford University Press, 1997.
- Howard H. Chiang, «Liberating Sex, Knowing Desire: *Scientia Sexualis* and Epistemic Turning Points in the History of Sexuality», en *History of the Human Sciences*, 23, núm. 5, 2010, pp. 42-69.
- Joan Copjec, «Introduction», en J. Copjec (ed.), *Supposing the Subject*, Nueva York, Verso, 1994.
- Arnold Davidson, *The Emergence of Sexuality: Historical Epistemology and the Formation of Concepts*, Cambridge, Harvard University Press, 2001.
- Michel de Certeau, *The Writing of History*, trad. Tom Conley, Nueva York, Columbia University Press, 1988.

- William Connolly, «The Complexity of Intention», en *Critical Inquiry*, 37, núm. 4, 2011, pp. 791-798.
- Carolyn Dean, *The Self and Its Pleasures: Bataille, Lacan, and the History of the Decentered Subject*, Ithaca, Cornell University Press, 1992.
- Tim Dean, *Beyond Sexuality*, Chicago, University of Chicago Press, 2004.
- Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Anti-Oedipus: Capitalism and Schizophrenia*, trad. Robert Hurley, Mark Seem y Helen R. Lane, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1983.
- Jacques Derrida, «“To Do Justice to Freud”: The History of Madness in the Age of Psychoanalysis», en *Critical Inquiry*, 20, núm. 2, 1994, pp. 227-266.
- Erik Erikson, *Childhood and Society*, Nueva York, Norton, 1963.
- \_\_\_\_\_, *Young Man Luther: A Study in Psychoanalysis and History*, Nueva York, Norton, 1958.
- John Forrester, *The Seductions of Psychoanalysis: Freud, Lacan and Derrida*, Nueva York, Cambridge University Press, 1990.
- Michel Foucault, «Lacan, le “libérateur” de la psychanalyse», en *Dits et écrits*, vol. 4, ed. Daniel Defert y François Ewald, París, Gallimard, 1994, pp. 204-205.
- \_\_\_\_\_, «Le jeu de Michel Foucault», en *Dit et écrits*, vol. 3, ed. Daniel Defert y François Ewald, París, Gallimard, 1994.
- \_\_\_\_\_, «The Death of Lacan», en Tim Dean y Christopher Lane (ed.), *Homosexuality and Psychoanalysis*, Chicago, University of Chicago Press, 2001.
- \_\_\_\_\_, *The History of Sexuality, Volume I*, trad. Robert Hurley, Nueva York, Pantheon, 1978.
- Alison Frazier, «Machiavelli, Trauma, and the Scandal of The Prince: An Essay in Speculative History», en R. Folton y B. Holsinger (ed.),

- History in the Comic Mode: Medieval Communities and the Matter of Person*, Nueva York, Columbia University Press, 2007, pp. 192-202.
- Anna Freud, *The Ego and the Mechanisms of Defense*, Nueva York, International Universities Press, 1966.
- Sigmund Freud, «Einleitung zu “Zur Psychoanalyse der Kriegsneurosen”», en *Gesammelte Werke, chronologisch geordnet*, vol. 12, ed. Anna Freud, Edward Bibring, Willi Hoffer, Ernst Kris y Otto Isakower, Londres, Imago, 1940-1952.
- Sigmund Freud, «Jenseits des Lustprinzips», en *Gesammelte Werke, chronologisch geordnet*, vol. 13, ed. Anna Freud, Edward Bibring, Willi Hoffer, Ernst Kris y Otto Isakower, Londres, Imago, 1940-1952.
- Sigmund Freud, «Totem und Tabu», en *Gesammelte Werke, chronologisch geordnet*, vol. 11, ed. Anna Freud, Edward Bibring, Willi Hoffer, Ernst Kris y Otto Isakower, Londres, Imago, 1940-1952.
- Sabine Frühstück, *Colonizing Sex: Sexology and Social Control in Modern Japan*, Berkeley, University of California Press, 2003.
- Atina Grossmann, *Reforming Sex: The German Movement for Birth Control and Abortion Reform, 1920-1950*, Nueva York, Oxford University Press, 1995.
- Magnus Hirschfeld, *Sexualgeschichte der Menschheit*, Berlín, P. Langenscheidt, 1929.
- Isabel Hull, *Sexuality, State, and Civil Society in Germany 1700-1815*, Ithaca, Cornell University Press, 1996.
- Luce Irigaray, *Speculum of the Other Woman*, trad. Gillian C. Gill, Ithaca, Cornell University Press, 1985.
- Carl Gustav Jung, *Symbols of Transformation: An Analysis of the Prelude to a Case of Schizophrenia*, trad. R. F. C. Hull, Princeton, Princeton University Press, 1956.

- Seth Koven, *Slumming: Sexual and Social Politics in Victorian London*, Princeton, Princeton University Press, 2004.
- Jacques Lacan, «Kant with Sade», trad. James B. Swenson, en *October*, núm. 51, 1989, pp. 55-75.
- Dominick LaCapra, *History and Memory after Auschwitz*, Ithaca, Cornell University Press, 1998.
- \_\_\_\_\_, *Representing the Holocaust: History, Theory, Trauma*, Ithaca, Cornell University Press, 1994.
- Thomas Laqueur, *Making Sex: Body and Gender from the Greeks to Freud*, Cambridge, Harvard University Press, 1992.
- Michelle Le Doeuff, *Hipparchia's Choice: An Essay Concerning Women, Philosophy, etc.*, trad. Trista Selous, Cambridge, Blackwell, 1991.
- Ruth Leys, «The Turn to Affect», en *Critical Inquiry*, 37, núm. 3, 2011, pp. 434-472.
- Peter Loewenberg, *Decoding the Past: The Psychohistorical Approach*, Nueva York, Knopf, 1983.
- Brian Massumi, *Parables for the Virtual: Movement, Affect, Sensation*, Durham, Duke University Press, 2002.
- Anne McClintock, *Imperial Leather: Race, Gender, and Sexuality in the Colonial Contest*, Nueva York, Routledge, 1995.
- Mark Mazower, *Dark Continent*, Nueva York, Vintage, 2000.
- Friedrich Nietzsche, *On the Genealogy of Morality*, trad. Keith Ansell-Pearson y Carol Diethe, Cambridge, Cambridge University Press, 2006.
- Robert Nye (ed.), *Sexuality*, Nueva York, Oxford University Press, 1999.
- Detlev Peukert, «The Genesis of the "Final Solution" from the Spirit of Science», en *Re-Evaluating the Third Reich*, ed. Thomas Childers y Jane Caplan, Nueva York, Holmes and Meier, 1993.

- Jan Plamper, «The History of Emotions: An Interview with William Reddy, Barbara Rosenwein, and Peter Stearns», en *History and Theory*, 49, mayo de 2010, pp. 238-239.
- Roy Porter, *The Facts of Life: The Creation of Sexual Knowledge in Britain, 1650-1950*, New Haven, Yale University Press, 1995.
- Roy Porter (ed.), *Sexual Knowledge, Sexual Science: The History of Attitudes to Sexuality*, Nueva York, Cambridge University Press, 1994.
- Robert Proctor, *Racial Hygiene: Medicine under the Nazis*, Cambridge, Harvard University Press, 1988.
- Helmut Puff, *Sodomy in Reformation Germany and Switzerland, 1400-1600*, Chicago, University of Chicago Press, 2003.
- William Reddy, *The Making of Romantic Love: Longing and Sexuality in Europe, South Asia, and Japan, 900-1200 C. E.*, Chicago, University of Chicago Press, 2012.
- William Reddy, *The Navigation of Feeling: A Framework for the History of Emotions*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.
- Camille Robcis, *The Politics of Kinship: Anthropology, Psychoanalysis, and Family Law in Twentieth-Century France*, dis. Ph. D., Cornell University, 2007.
- Paul Robinson, *The Modernization of Sex: Havelock Ellis, Alfred Kinsey, William Masters, and Virginia Johnson*, Nueva York, Harper and Row, 1976.
- Lyndal Roper, *Oedipus and the Devil: Witchcraft, Sexuality, and Religion in Early Modern Europe*, Nueva York, Routledge, 1994.
- \_\_\_\_\_, *Witch Craze*, New Haven, Yale University Press, 2004.
- Barbara Rosenwein, *Emotional Communities in the Early Middle Ages*, Ithaca, Cornell University Press, 2006.
- \_\_\_\_\_, «Worrying about Emotions in History», en *American Historical Review*, 107, núm. 3, 2002, pp. 821-845.

- Edward Ross Dickinson y Richard Wetzell, «The Historiography of Sexuality in Modern Germany», en *German History*, 23, núm. 3 2005.
- Henri Rousso, *The Vichy Syndrome: History and Memory in France since 1944*, trad. Arthur Goldhammer, Cambridge, Harvard University Press, 1991.
- Lutz Sauerteig, *Krankheit, Sexualität, Gesellschaft: Geschlechtskrankheiten und Gesundheitspolitik in Deutschland im 19. und 20. Jahrhundert*, Stuttgart, Steiner, 1999.
- Eve Kosofsky Sedgwick, *Touching, Feeling: Affect, Pedagogy, Performativity*, Durham, Duke University Press, 2003.
- Joan Scott, «The Incommensurability of Psychoanalysis and History», en *History and Theory*, 51, 2012, pp. 63-83.
- Bonnie Smith, *The Gender of History: Men, Women, and Historical Practice*, Cambridge, Harvard University Press, 2000.
- Edward Shorter, *The Making of the Modern Family*, Nueva York, Basic Books, 1975.
- James Steakley, *The Homosexual Emancipation Movement in Germany*, Nueva York, Arno Press, 1975.
- Suzanne Stewart-Steinberg, *The Pinocchio Effect: On Making Italians (1860-1920)*, Chicago, University of Chicago Press, 2007.
- Ann Stoler, *Race and the Education of Desire*, Durham, Duke University Press, 1995.
- Lawrence Stone, *The Family, Sex, and Marriage in England 1500-1800*, Nueva York, Harper and Row, 1977.
- Patricia Ticineto Clough (ed.), *The Affective Turn: Theorizing the Social*, Durham, Duke University Press, 2007.
- Cornelia Osborne, *The Politics of the Body in Weimar Germany*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1992.

- Robert Waite, *The Psychopathic God: Adolf Hitler*, Nueva York, Basic Books, 1977.
- Marianne Weber, *Ehefrau und Mutter in der Rechtsentwicklung: eine Einführung*, Tubinga, J. C. B. Mohr, 1907.
- Jeffrey Weeks, *Sex, Politics, and Society: The Regulation of Sexuality since 1800*, Nueva York, Longman, 1981.
- Joel Whitebook, «Freud, Foucault und der “Dialog mit der Vernunft”», en *Psyche*, 52, núm. 6, 1998, pp. 505-544.
- Paul Weindling, *Health, Race, and German Politics between National Unification and Nazism, 1870-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989.
- Elizabeth Wilson, «Another Neurological Scene», en *History of the Present*, 1, núm. 2, 2011, pp. 149-169.
- James Woycke, *Birth Control in Germany: 1871-1933*, Nueva York, Routledge, 1988.
- Slavoj Žižek, *Organs without Bodies: On Deleuze and Consequences*, Nueva York, Routledge, 2004.



## Historia de los intelectuales, historia intelectual

Desde hace una veintena de años, la historia cultural conoce un éxito que nadie puede negar. Ahora parece que es el momento para los primeros balances historiográficos,<sup>1</sup> con el objetivo de medir las dimensiones de lo que ha sido un boom en todos los sentidos. Frecuentemente y en el interior de esta historiografía victoriosa, la reflexión lleva a cabo cortes en el campo de la historia cultural que dan como resultado una diversidad de temas, entre los cuales se distingue un dominio que sería aquel de la «historia de los intelectuales». Ahora bien, este subcampo —que registró grandiosos logros a finales de la década de 1980 y a lo largo de aquella de 1990— parece estar, si no en una profunda crisis a ojos de algunos,<sup>2</sup> como mínimo en un punto

---

<sup>1</sup> Cf. Pascal Ory, *L'Histoire culturelle*; Philippe Poirrier, *Les Enjeux de l'histoire culturelle*; Laurent Martin y Sylvain Venayre (dir.), *L'Histoire culturelle du contemporain*.

<sup>2</sup> Vincent Duclert, «Les intellectuels, un problème pour l'histoire culturelle». El autor denuncia la incapacidad de la historia de los intelectuales para elaborar *saberes intelectuales*, la historia de la cultura intelectual de los «clérigos». Igualmente, Michel Trebitsch abrió un coloquio en 2002, en Cerisy, sobre el relativo agotamiento de una historiografía que había

donde se entrecruzan los caminos de diversas propuestas. Algunas de éstas pudieron emanar ya sea de la sociología histórica en la línea de Bourdieu, de la historia de las ciencias, o bien incluso —aunque de manera reducida en Francia— de la historia literaria anglosajona influenciada por el *linguistic turn*.

En efecto, la historia de los intelectuales se impuso científicamente —en detrimento de una historia de las ideas desprovista dramáticamente de carne histórica— a través de programas de estudios de microhistoria social que volvieron a vincular contenidos ideológicos y prácticas de comunicación (las «sociabilidades»)<sup>3</sup>. Ahora bien, estos procedimientos de investigación, a veces sumariamente repetidos, a menudo al margen de una reflexión sobre el contenido de las obras (literaria, filosófica, científica, artística) y sobre su articulación con el tejido general de una época, amenazan a su vez con someterse a la ley de los rendimientos decrecientes. En esta situación de incertidumbre, los protocolos científicos tradicionales de la historia de los intelectuales exigen sin duda no tanto ser abandonados, sino más bien ser completados, no permitiendo dejarse encerrar en el trazado tradicional de una investigación que se ha vuelto en ocasiones rutinaria.<sup>4</sup>

Queremos proponer aquí un balance de los progresos llevados a cabo por este momento reflexivo a través de un retorno a la trayectoria seguida por la historia de los intelectuales, desde sus partidos tomados al comienzo de sus realizaciones, hasta las interrogaciones del momento y

---

dado lugar a tipologías y cartografías acechadas por los peligros de la repetición y la falta de perspectiva: cf. Michel Trebitsch, «Pour en finir avec l'histoire des intellectuels».

<sup>3</sup> Jean-François Sirinelli, «Le hasard et la nécessité ? Une histoire en chantier : l'histoire des intellectuels».

<sup>4</sup> Ésta es también la posición de François Dosse, *La Marche des idées : histoire des intellectuels histoire intellectuelle*.

las perspectivas que se refieren a la puesta en marcha de una verdadera *historia intelectual*. Ésta, al igual que otras disciplinas en proceso de afirmación, será juzgada *in fine* sobre su capacidad para establecer lazos entre diferentes campos de conocimiento o entre diferentes métodos de conocimiento, y sobre su capacidad para asumir plenamente su posición, gracias a un pluralismo metodológico reivindicado, pluralismo de *intersección* entre historia política, sociología, literatura e historia de las ideas. Por eso tomaremos el término de «intelectual» no solamente en el sentido estrecho de hombre de cultura comprometido en la política, sino en un sentido bastante más amplio, aquel del hombre de cultura cuyas producciones literarias, artísticas, científicas, pero también sus actividades político-intelectuales, tienen un impacto sobre los modos de pensar el mundo y de vivirlo.

#### LOS RECHAZOS A LA APROXIMACIÓN ABSTRACTA DE LAS OBRAS INTELECTUALES

En la década de 1960, la aproximación a los aspectos propios de la cultura intelectual de una época atañía a problemáticas casi siempre heterogéneas las unas a las otras, pero, sin embargo, (casi)<sup>5</sup> siempre poco históricas de espíritu. De esta manera, se incluían en primer lugar las genealogías de historia de la filosofía o de las ideas políticas. Según la vieja fórmula de Leslie Stephen destinada a pasar a la posteridad, en este tipo de trabajos los grandes pensadores de la

---

<sup>5</sup> Con excepción de la «vieja» (lansoniana) historia literaria de la cual, sin embargo, Lucien Febvre había recordado, en 1941, sus méritos epistemológicos iniciales (una historia social de lo cultural), antes de edulcorarse en trabajos de establecimiento de los textos, para después ser atacada por Barthes y los estructuralistas. Más adelante regresaremos a esto.

humanidad se pasaban unos a otros la «antorcha» del saber. Una virtual partenogénesis de las ideas explicaba su sucesión, protegida de las tormentas de la historia.<sup>6</sup>

En Francia, Michel Foucault fue después el crítico más eficaz de esta historia de las obras contemplada de forma interna y fundada en la búsqueda de las continuidades entre los grandes pensamientos (las «influencias») sin interrogarse verdaderamente sobre los mecanismos de transmisión y de comunicación. En 1966, la publicación de *Las palabras y las cosas* ponía en el primer plano, contrariamente, las discontinuidades entre las *epistemes* e ilustraba un programa resueltamente historicista de las producciones intelectuales, finalizando en el espacio específico de lo pensable y de lo decible propio a cada *episteme*. Por lo demás, en sus demás trabajos (por ejemplo sobre la clínica)<sup>7</sup> no dudaba en sacudir una multitud de textos que lo alejaba de una historia de las ideas reducida a la exploración de un conjunto bastante estrecho de obras (que se volvían) canónicas. De hecho, para Foucault, la *episteme* es «dispersión» y sólo una amplia observación sobre los textos más diversos es capaz de restituir su verdadera naturaleza. De esta manera ponía en cuestión lo que él asimilaba a falsas totalidades y abusivas continuidades (el «progreso», el «espíritu de un siglo»). Incluso si Foucault no conseguía explicar verdaderamente la aparición de una nueva *episteme* —en la medida en que el orden cultural es, en su obra, independiente de los agentes individuales—,

---

<sup>6</sup> No obstante, la inserción de un escaso contexto histórico puede, a veces, acompañar el curso de la exposición, como en Jean-Jacques Chevallier, *Histoire de la pensée politique*, o en Jacques Chevalier, *Histoire de la pensée*. Cf., más recientemente, el brillante libro aunque ignorante de las condiciones socio-históricas de la actividad intelectual: Randall Collins, *The Sociology of Philosophies: A Global Theory of Intellectual Change*.

<sup>7</sup> Michel Foucault, *Naissance de la clinique : une archéologie du regard médical*.

no menos le daba a la iniciativa histórica toda su virtud. Así, en su texto célebre de 1969 «¿Qué es un autor?», invitaba de manera innovadora a construir dispositivos de investigación sociohistórica a fin de comprender los discursos, no ya solamente «en su valor expresivo y sus transformaciones formales, sino en las modalidades de su existencia: los modos de circulación, valorización, atribución, apropiación [...] que] varían con cada cultura y se modifican en el interior de cada una».<sup>8</sup>

Más o menos en el mismo momento, Quentin Skinner denunciaba vigorosamente, en un artículo desde entonces célebre,<sup>9</sup> los múltiples anacronismos (un autor que «anticipa» a otro, una idea moderna que se busca hacer aparecer en obras antiguas) que contaminan a la historia tradicional anglosajona de las ideas, prisionera de una creencia (esencialista) en la perennidad de los problemas políticos. Más ampliamente, estas historias diferentes del pensamiento (en filosofía, en sociología) partían del presente de una disciplina, siguiendo juicios de valor sustraídos de cualquier indagación y operando por tanto una especie de naturalización de los logros (en la cual las obras «importantes» serían las únicas con derecho de ciudad): historia, por tanto, de una sola dimensión, la de las «escuelas de pensamiento», sin sus etapas anteriores y sus bifurcaciones; historia también hecha sin archivos ni testimonios y sus críticas necesarias.

Sea como sea, las recomendaciones de Foucault tomaban toda su dimensión cuando se contempla su tiempo, dominado entonces por el estructuralismo al que, por ironía de las cosas, los comentaristas lo

---

<sup>8</sup> M. Foucault, «Qu'est-ce qu'un auteur?».

<sup>9</sup> Quentin Skinner, «Meaning and Understanding in the History of Ideas».

relacionaban gustosamente. Ahora bien, en la mayoría de los casos la epistemología estructural elegía en efecto inscribir las obras en una configuración a-histórica, puramente inmanentista: aquella configuración del texto y sus estructuras lingüísticas internas. En 1963, en un texto que tuvo que dar inicio a las hostilidades con la crítica «universitaria», Roland Barthes se lanzaba contra la historia tradicional y su tenaz y pernicioso tropismo histórico:

Lo que es rechazado es el análisis inmanente: todo es aceptable siempre y cuando la obra pueda ser puesta en relación con algo más que ella misma, es decir, algo más que la literatura: la historia (incluso si se vuelve marxista), la psicología (incluso si se hace psicoanálisis), esos *lugares distintos* a la obra resultarán poco a poco admitidos; lo que no lo será es un trabajo que se instala *en* la obra y no plantea su relación con el mundo más que después de haberlo descrito enteramente desde el interior, en sus funciones, o como se dice hoy, en su estructura.<sup>10</sup>

La corriente formalista y teórica (Barthes a comienzos de la década de 1960 y después Jean Ricardou a comienzos de la década de 1970), se muestra como la más radical en su descalificación de la historia literaria tradicional, vinculada a entidades tales como el «hombre», la «obra» y el «medio», es decir, realidades juzgadas «superficiales» con respecto al proyecto de asimiento del yo «profundo». Busca entonces (y lo consigue parcialmente) anexar a su cruzada «inmanentista» a las otras corrientes de la «Nueva Crítica» (crítica llamada temática, estudios

---

<sup>10</sup> Roland Barthes, *Essais critiques*, pp. 250-251.

fenomenológicos), las cuales, sin embargo, siguen atadas a la noción de «conciencia».<sup>11</sup> En todos los casos de figuras, la historia literaria parece condenada al registro de hechos «superficiales», mientras que las nuevas corrientes de la crítica pretenden, por sí solas, detentar los códigos de acceso al «yo profundo».

A los historiadores les hizo falta seguir su camino ante esos trabajos en los que la gigantomaquia del momento hacía oposiciones entre lo bueno (el Texto a partir del cual el sentido emanaría) y lo malo (el Fuera-de-Texto o «referente»). Sin embargo, existía aún una historia literaria ambiciosa en la universidad del momento, incluso si su producción parecía un poco oculta por el dinamismo editorial y mediático de las nuevas corrientes de la crítica literaria. En 1970 Pierre Barbéris produjo su obra maestra *Balzac et le mal du siècle*,<sup>12</sup> Auguste Anglès terminó su historia de la primera *Nouvelle Revue Française*.<sup>13</sup> Algunos años más tarde, Barbéris publicaba su *credo* de historiador del hecho literario y la circulación de las ideas en una época dada:

Un crítico [...] tiene que considerar en primer lugar los textos como realidades, originadas, significantes, estructuradas, depósito y a la vez proyecto, ancladas en la HISTORIA y que contribuyen a hacer la HISTORIA por medios específicos, entre los cuales están: la escritura, la mitología, el agenciamiento narrativo, la creación de nuevos héroes y el agenciamiento de nuevas relaciones, la realiza

---

<sup>11</sup> Cf. la reflexión de Dominique Maingueneau sobre el estado del campo de la crítica literaria en la década de 1960 y su *ethos* antihistórico en *Contre Saint Proust ou la fin de la littérature*.

<sup>12</sup> Cf. Pierre Barbéris, *Balzac et le mal du siècle*.

<sup>13</sup> Cf. Auguste Anglès, *André Gide et le premier groupe de La Nouvelle Revue française*.

ción mal que bien, pero también potentemente inventora, de una intención que no es nunca totalmente reina o esclava.<sup>14</sup>

Conocer un texto (y apreciar su aporte) es ponerlo en relación con un referente que, en primer lugar, es necesario conocer. Más allá de tal obviedad (al menos hoy en día), hace falta aventurarse en este libro magnífico, *Balzac et son siècle*, verdadero zambullido en el corazón de la Restauración, de su producción literaria e intelectual, sus diferentes instancias de producción (los editores, la galaxia de los «pequeños periódicos»), sus grandes corrientes de pensamiento (el sansimonismo que inspiró ampliamente a Balzac, Bonald y Lamennais) y sus momentos clave (los meses que siguieron al verano de 1830), a fin de medir el territorio preciso que se interpone entre el «yo profundo creador» de Balzac y su «yo superficial» (aquel de la pertenencia a algo socialmente indiferenciado). Existía efectivamente un dominio, cuadrículado finamente tanto por grupos literarios como por círculos intelectuales (siendo éstos a la vez actores-productores y mediadores-difusores), al que el historiador balzaquiano había concedido toda su atención.

¿Historiadores como Christophe Charle, Pascal Ory, Jean-François Sirinelli, que comenzaron en la década de 1970 a trabajar sobre aquello que iba a volverse la «historia de los intelectuales», estuvieron inspirados por aquellas enormes tesis de historia literaria, a las que podrían agregarse las realizadas por Michel Décaudin, Paul Bénichou o Marcel Raymond? Nadie duda de que en ellas existía una rica materia para la reflexión y de que la insistencia puesta poco tiempo después sobre las «sociabilidades» en Jean-François Sirinelli o sobre sus espacios di-

---

<sup>14</sup> Cf. Pierre Barbéris, *Le Prince et le Marchand. Idéologiques : la littérature, l'histoire*.

ferenciados en Christophe Prochasson (los «lugares» y los «medios») no tuvo algún vínculo con esta historia literaria ejemplar.

#### LA HISTORIA DE LOS INTELLECTUALES Y SUS REALIZACIONES

La cuestión principal no es la de establecer un balance completo de esta historiografía,<sup>15</sup> sino que, después de haber recordado cuáles eran sus impulsores, conviene señalar, brevemente, sus grandes realizaciones.

Globalmente, la historia de los intelectuales parece responder a una microhistoria social, bastante empírica, interaccionista, pero existe también, principalmente en torno a Christophe Charle, una fuerte corriente dominada por la escuela de Pierre Bourdieu.<sup>16</sup> Esta microhistoria social busca acercarse a los comportamientos de actores en el marco efectivo de sus prácticas (las «sociabilidades») y a través de sus propias trayectorias (los «itinerarios»)<sup>17</sup> a fin de aprehender las ideas en el marco en que fueron producidas y saber lo que en su tiempo significaron. Y, al igual que los trabajos inspirados por Pierre Bourdieu, esta historiografía deconstruye las entidades abstractas tales como el «gran creador», la «sociedad», la «obra maestra», el «texto», a fin de sustituirlas por el examen de las condiciones del *decir* y del *hacer* intelectuales en un contexto histórico dado.

---

<sup>15</sup> Puede consultarse la obra de síntesis (direcciones metodológicas y balance sobre diversos estados del campo de esta historiografía: Michel Leymarie y Jean-François Sirinelli (dir.), *L'Histoire des intellectuels aujourd'hui*. Igualmente, aquella de Vincent Duclert, *op. cit.*

<sup>16</sup> Nos permitimos referirnos a nuestro artículo, «Sociologie et histoire des intellectuels», en *ibid.*

<sup>17</sup> Pueden reconocerse aquí los conceptos elaborados por Jean-François Sirinelli en su tesis y retomados después muy ampliamente por los investigadores. Cf. asimismo el expediente reunido por Nicole Racine y Michel Trebitsch (dir.), *Les cahiers de l'IHTP*.

Después de las intuiciones de Foucault antes mencionadas, las investigaciones sobre el espacio de la creación literaria en particular, pero también sobre aquel de la creación intelectual en general, conducen a cuadros en los que existen diversos puntos de fuga: lejos de ser el simple lugar de un encuentro entre un actor y un lector, estos espacios responden a una topología múltiple, en la que desempeñan efectos distintos. Dominique Maingueneau, teniendo en mente a Foucault y Bourdieu, evoca una triple mediación entre el actor y su época: la de la «institución» (papel de los mediadores, como editores y libreros, los evaluadores, como críticos, y los cánones, como docentes y estructuras de enseñanza), la del «campo» (lugar de la confrontación de las posiciones estéticas e intelectuales) y la del «archivo» (efectos y conflictos de memoria intelectual).<sup>18</sup>

Los trabajos sobre el espacio de la «institución» afectaron, por ejemplo, a la historia de los editores en torno a un Jean-Yves Mollier, a la historia de la educación en torno a los trabajos de André Chervel, a aquella de un saber intelectual con miras a una estructuración profesional y su constitución en canon (la filosofía universitaria a finales del siglo XIX)<sup>19</sup> o incluso a los numerosos estudios de historia de la crítica literaria, por ejemplo de Antoine Compagnon. No obstante, los trabajos más numerosos responden al espacio del «campo», entendido aquí en un sentido amplio (no estrictamente bourdieusiano), como lugar de afirmación o de enfrentamiento entre los diferentes actores intelectuales. Los trabajos sobre los universos de sociabilidad intelectual han aumentado poco a poco a raíz de la

---

<sup>18</sup> D. Maingueneau, *op. cit.*, pp. 57-58.

<sup>19</sup> Jean-Louis Fabiani, *Les Philosophes de la République*.

tesis de Jean-François Sirinelli, *Les Khâgneux et Normaliens*, que fue sostenida en 1986.<sup>20</sup>

Mediante el análisis de las sociabilidades en torno a las revistas<sup>21</sup> (trabajos sobre las revistas pro-Dreyfus, sobre *Europe*, *Les Temps modernes*, *Critique...*), de las sociabilidades en torno a ciertos foros periodísticos de discusión (*Les Décades de Pontigny*, el *Centre catholique des intellectuels français* o los grandes congresos científicos a finales del siglo XIX estudiados por Anne Rasmussen) o de aquellas en torno a correspondencias, el enfoque de historiador apunta a delimitar lo más cerca posible de los actores sus prácticas y su *ethos*, ya sean grupos en el caso de revistas, o individuos en el marco de la correspondencia. La mira se dirige entonces a las prácticas de escritura (muchas veces en el marco de una revista), a los modos de gestión económica y las relaciones con los suscriptores, a la elaboración dialógica de posiciones literarias o ideológicas en el pensar-juntos que constituye a una correspondencia.

Este sobrevuelo rapidísimo puede inducir a dos tipos de juicios que nos parecen complementarios: el sentimiento de que todos estos trabajos eran indispensables, pero también la percepción de un peligro posible de fosilización de esta historiografía de las sociabilidades, si es que no considera mejor el contenido de las obras en relación con los dispositivos de «institución», «campo» y «archivo» antes enumerados.<sup>22</sup>

---

<sup>20</sup> Jean-François Sirinelli, *Génération intellectuelle : khâgneux et normaliens dans l'entre-deux-guerres*.

<sup>21</sup> Puede consultarse la síntesis de Jacqueline Pluet-Despatin, Michel Leymarie y Jean-Yves Mollier (dir.), *La Belle Époque des revues 1880-1914*.

<sup>22</sup> El problema fue formulado desde 1994 por François Dosse y Christophe Prochasson durante la publicación del libro del sociólogo Rémy Rieffel, *La Tribu des clercs : les intellectuels sous la V<sup>e</sup> République*. Cf. estos artículos en el expediente reunido por la revista *Le Débat*, núm. 79, marzo-abril de 1994.

Por ejemplo, ¿puede estudiarse el surrealismo y rastrear detalladamente la constitución de un colectivo poético, tributario, ciertamente, de lógicas de posiciones sociales en el campo,<sup>23</sup> e ignorar la cuestión seminal (desde Mallarmé) de un sentimiento de la crisis del lenguaje y del deseo entonces intenso de redescubrir un lenguaje adánico (la nueva sintaxis, las asociaciones libres del poema surrealista)? ¿Puede pretenderse que se ha examinado el contenido de una revista como *La Nouvelle Critique* «olvidando» tomar en cuenta a toda una serie de colaboradores, en especial leyendo a duras penas (o no) los escritos de aquellos que son estudiados desde la simple perspectiva de la «instrumentalización política», para concluir *in fine* que «la pericia intelectual [... concluye en el] sacrificio de los valores constitutivos del campo intelectual en un juego que se juzga más interesante [acceder a la posición de consejero del príncipe]»?<sup>24</sup>

Ciertamente, en ciertos casos, un puente fue lanzado definitivamente entre esta microhistoria social y la historia de las ideas, ya se trate de los viejos trabajos de Jean Touchard sobre Béranger o de aquellos más recientes consagrados a las culturas políticas en torno a Jean-François Sirinelli.<sup>25</sup> Pero las reflexiones en torno al *linguistic turn*, la renovación de los trabajos en historia literaria,<sup>26</sup> aquellos consagrados a la historia

---

<sup>23</sup> Cf. Norbert Bandier, *Analyse sociologique du groupe surréaliste et de sa production (1924-1929)*.

<sup>24</sup> Frédérique Matonti, *Intellectuels communistes : essai sur l'obéissance politique. La Nouvelle Critique (1967-1980)*. Cf. las pertinentes anotaciones críticas (metodológicas y factuales) de Lucien Sève, quien fue uno de los actores de esta historia: él se impresiona de esta «historia social de las ideas» que, aunque se diga así, esquiva el estudio de los debates y las producciones intelectuales en la esfera comunista: Lucien Sève, «Intellectuels communistes : peut-on en finir avec le parti pris ?».

<sup>25</sup> Resalta particularmente, bajo la dirección de Jean-François Sirinelli, *L'Histoire des droites en France*.

<sup>26</sup> Cf. el número especial consagrado a la renovación metodológica de la historia literaria: *La Revue d'histoire littéraire de la France*, núm. 3, 2003.

de las ciencias sociales<sup>27</sup> y la «historia conceptual de lo político» en un Pierre Rosanvallon<sup>28</sup> atestiguan el deseo multiforme de seguir los protocolos de una verdadera historia intelectual.

#### PARA UNA HISTORIA INTELECTUAL

Ya mismo varios tipos de trabajos se traducen en variantes posibles. François Dosse redactó las biografías intelectuales de Paul Ricœur y de Michel de Certeau; Vincent Duclert (a propósito del caso Dreyfus) o incluso Dominique Pestre (en su investigación sobre los físicos franceses en el período de entreguerras) procedieron a este examen estrecho de la cultura intelectual y científica propia de los individuos estudiados, el cual permite comprender las relaciones entre eruditos y política, entre historia de las instituciones de investigación y profesionalización de la ciencia, entre examen de los enfoques apodícticos y su utilización en el debate político (el papel de la crítica de las «fuentes» en el Caso), e incluso entre los enfoques de la verdad y el carácter social e institucional de la noción de «verdad» científica (a través del papel de revelador social que el laboratorio desempeña). Asimismo, la investigación puede igualmente orientarse hacia los modos de argumentación, los regímenes de administración de la evidencia propios a tal o cual autor, o investigar los elementos «matriciales» específicos de una disciplina, con sus «teorías» y variables de base, sus fuentes documentales y de métodos que fundan un «oficio» y una escuela de investigación.<sup>29</sup> Por su cuenta, en una esfera completamente distinta de investigación,

---

<sup>27</sup> Cf. Jean-Michel Chapoulie, «Un cadre d'analyse pour l'histoire des sciences sociales».

<sup>28</sup> Cf. Pierre Rosanvallon, *Pour une histoire conceptuelle du politique*.

<sup>29</sup> *Idem*.

Alain Vaillant preconiza una «historia de la comunicación literaria», y abierta a todo tipo de realidades (los dispositivos educativos, las relaciones del texto literario con los sistemas de prensa, etc.).<sup>30</sup> En todos los casos, el meollo está en una desembocadura en una historia reflexiva de la noción de obra y actividad intelectual, y en alcanzar sus múltiples capas de sentido.

Pero el mayor desafío para una historia intelectual sigue siendo el de remitir obras a un contexto histórico dado y a las interrogaciones de una época con el objetivo de esclarecerlas correctamente. Ciertamente, los términos de «mentalidad» o «espíritu de época» parecen un poco anticuados después de las críticas de todos aquellos (Foucault en primer lugar) que han afirmado su escepticismo con respecto a agrupamientos completamente hechos y síntesis dadas por adelantado en las historias del espíritu humano alguna vez propuestas por Voltaire, Bourreau-Deslandres, Hegel o Taine. No obstante, abogaremos por un retorno a una historia «civilizacional», en la línea más bien de Paul Hazard o de Paul Bénichou, y más recientemente, de Marc Fumaroli en Francia o historiadores de la Escuela de Cambridge como Quentin Skinner y John A. Pocock. Esta historia mezclaría dos tipos de indagación hasta llevar a cabo su entrecruzamiento: una historia de las ideas (grandes doctrinas filosóficas, producción literaria, ideologías políticas) que sea atenta a su dimensión lingüística y que se articule con un contexto que defina a una historia cultural de las ideas captada a través del examen de los mecanismos de «campo», «institución» (producción competitiva de ideas, recepción y difusión) y «archivo» (competencia, resurgimiento y reformulación de los viejos discursos en el presente), a fin de unir las

---

<sup>30</sup> Cf. Alain Vaillant, «Pour un histoire de la communication littéraire».

condiciones sociales de la vida y las condiciones morales. Por consiguiente, la puesta en marcha de esta historia pasa por el establecimiento de un amplio contexto, si se postula que la inteligencia y sus promotores son, por un lado, una respuesta a la historia y que, por el otro, el conjunto contextual sigue siendo no tanto un marco coercitivo sino más bien el espacio de las posibilidades de una comunicación autónoma, si se tiene en cuenta la doble autonomía parcial de los intelectuales y los artistas en la sociedad y aquella del pensamiento/sensibilidad. En este espacio contextual, las producciones intelectuales no dependen de manera pasiva del contexto según la enseñanza de las teorías del «reflejo»; ellas tienen su dinámica lingüística propia y una capacidad específica de interrogar lo real que se está constituyendo (estructura reflexiva de la literatura, pero también de ciertas grandes obras de filosofía política) o de exponerlo bajo el virtual modo de la «acción» (teoría de los *speech acts*) en las obras del pensamiento político.

#### PODERES DEL LENGUAJE

La Escuela de Cambridge (John A. Pocock, Quentin Skinner) permitió de este modo rehabilitar el estudio inteligente de los discursos intelectuales, ya sea a través de la crítica (clásica) de las fuentes, o bien mediante una investigación sobre la historicidad de los grandes conceptos de la filosofía política resituados en sus diferentes contextos temporales y espaciales: la noción de *virtù* maquiaveliana no tiene el mismo significado en la Florencia del siglo XVI, en la Inglaterra del siglo XVII o en la América del siglo XVIII.<sup>31</sup> Digámoslo de forma breve

---

<sup>31</sup> Sobre la Escuela de Cambridge, cf. Julien Vincent, «Concepts et contextes de l'histoire

y concisa: se trata aquí simplemente de un arte de leer los grandes textos, porque éstos resultan ser siempre los más organizados y a la vez los más incontrolables.<sup>32</sup>

En lo que se refiere a reflexionar el aporte de la literatura, esto equivaldría, para el historiador, a ocuparse de lo que hay de desconocido debajo de las conductas y las costumbres, continuar en compañía del novelista una reflexión interrogativa sobre la opacidad del devenir moderno. Así, a comienzos del siglo XIX, la literatura exploró las vicisitudes de la intriga democrática y la nueva sociología histórica cuando, con la novela realista, puso en marcha un enfoque de tipología descriptiva (la presociología de los *Estudios de los modales* balzaquianos) que fue favorable para el establecimiento de un contrato de lectura igualitaria entre el autor y una masa de lectores ávidos de encontrar parámetros en un mundo «completamente en un hueco» (Félix Davin, 1835).<sup>33</sup> Inversamente, con la corriente simbolista y sus formas de exploración del yo, políticamente influenciada en la obra de algunos de sus escritores por el gesto violento del anarquismo de entonces, la literatura exploró y reveló a su manera la crisis política de la década de 1890, caracterizada por el cuestionamiento de la democracia liberal y parlamentaria.<sup>34</sup> Más ampliamente, el texto literario da una forma de acceso privilegiada a

---

intellectuelle britannique : l'«École de Cambridge» à l'épreuve».

<sup>32</sup> Seguimos aquí las bellas reflexiones de Claude Lefort a propósito de Tocqueville, Marx y Maquiavelo: «Siempre me he esforzado por restituir aquello que había de deliberado, de concertado, en el pensamiento del escrito y al mismo tiempo aquello que resulta no controlable para él mismo, aquello que lo arrastra o lo deporta constantemente fuera de las “posiciones” que él ha reivindicado; en resumen, lo que conforma las aventuras del pensamiento en la escritura», Claude Lefort, «Philosophe».

<sup>33</sup> Cf. Judith Lyon-Caen, «Saisir, décrire, déchiffrer : les mises en texte du social sous la monarchie de Juillet».

<sup>34</sup> Nelly Wolf, *Le Roman de la démocratie*.

las representaciones contradictorias que animan a la sociedad en la medida en que las presenta, casi siempre, bajo la forma de un vector novelesco dialógico y polisémico de ambigüedad semántica.<sup>35</sup> Un reciente trabajo apasionante sobre la novela francesa del siglo XIX nos revela un ejemplo de esta opacidad social y política revelada por la parcelación de los lenguajes ejemplarmente registrada por Balzac;<sup>36</sup> la voluntad de mostrar los diversos sociolectos pasa, en especial, por el recurso creciente a la oralidad, incluso al argot (*Los miserables*), por la búsqueda de los *estilos profesionales* (la expresión es de Flaubert) que permite comprender mejor la naturaleza de las escisiones entre las diferentes categorías de la lengua francesa en el siglo XIX.<sup>37</sup> Al hablar de modo interrogativo, la literatura proporciona a la historia intelectual algunos materiales para un discurso social de segundo grado en virtud del trabajo ejercido por la «literalidad» (el valor estético) sobre todos los materiales del *perjurio* social. Así fluyen visiones del mundo e ideología (bruta) a través de una poética novelesca que ofrece un verdadero tejido conjuntivo entre lengua, cultura, política y literatura.

Pero la cuestión se transforma entonces en la de la agrupación de los hechos dispersos. ¿De qué herramientas y métodos se dispone para esta historia contextual que conjuga historia interna de las ideas y una historia cultural de las ideas más preocupada por las prácticas

---

<sup>35</sup> Cf. para el diálogo a lo largo del siglo XIX entre Antiguo Régimen y sociedad democrática nueva, el bello libro de Mona Ozouf, *Les Aveux du roman : le dix-neuvième siècle entre Ancien Régime et Révolution*. De forma más general, sobre el estudio de las relaciones entre literatura e historia desde una óptica que inscribe lo social en la textualidad en virtud de una nueva narratología, distinta por tanto de la vena macrosociológica heredada de Lukács y Lucien Goldmann que pretendía revelar lo social en el texto, cf. Jacques Neefs y Marie-Claire Ropars (ed.), *La Politique du texte : enjeux sociocritiques. Pour Claude Duchet*.

<sup>36</sup> Cf. sobre esta poliglotía, el libro de Philippe Dufour, *La Pensée romanesque du langage*.

<sup>37</sup> *Ibid.*, pp. 124-135.

intelectuales?<sup>38</sup> Indiquemos al menos dos pistas metodológicas que permiten esta unión: una aproximación en términos de «recepción» de las ideas y una aproximación sobre las condiciones polémicas del debate intelectual en el caso de grandes controversias.

#### COMBINAR APROXIMACIÓN INTERNA Y EXTERNA DE LAS IDEAS

Una historia de las formas de apropiación intelectual y de los usos de los textos depende de esta combinación. Ya se trate de una historia de la recepción de las ideas y los textos o de una elaboración socio-intelectual de las producciones intelectuales a través del juego editorial, la «obra» no está ya cerrada sobre sí misma, sino que se convierte en sentido sedimentado dentro el espacio social; tampoco es un simple reflejo de la historia, sino uno de sus factores.<sup>39</sup> En el caso de una historia de la recepción, algunos trabajos recientes han hecho investigaciones sobre el encuentro epistolar entre un autor y sus lectores con el objetivo de

---

<sup>38</sup> Nos permitimos remitirnos a nuestra obra que constituye un ensayo de aplicación de la prescripción presente, *Histoire intellectuelle de l'entre-deux-guerres : culture et politique*.

<sup>39</sup> Retenemos aquí esta interpretación moderada del *linguistic turn*, que es la de la Escuela de Cambridge, y que apunta a recuperar la dimensión retórica de las ideas a fin de mostrar que una gran obra no se reduce al estatuto de documento. Se trata más ampliamente de contemplar una nueva relación entre «pensamiento» y «realidad» bajo los términos de «experiencia» y «significado», diciendo que una interpretación creadora de la experiencia modela también la realidad y, por tanto, que el lenguaje no es simplemente un *medium* relativamente transparente, sino que responde a la experiencia y la modela parcialmente. El mejor medio para seguir el debate sobre esta propuesta historiográfica, un poco caricaturizada en Francia por Roger Chartier (que no conoce más que sus aspectos extremistas), consiste en leer los diferentes artículos aparecidos en la *American Historical Review* en 1987-1989. En particular, aquel de John E. Toews cuyas ideas hemos resumido: «Intellectual History after the Linguistic Turn: The Autonomy of Meaning and the Irreducibility of Experience»; y aquel de David Harlan, más cercano a un paradigma posestructuralista influenciado por la *French Theory*, «Intellectual History and the Return of Littérature».

reflexionar a propósito de los mecanismos de elaboración del yo que lee y en las improvisaciones de identidad que de aquí resultan.<sup>40</sup> Otros estudios se ocupan más bien de las modalidades según las cuales una «comunidad interpretativa» se apropia un corpus de autor(es) y la obra con diferentes lecturas. Dominique Pestre estudia así los debates en torno a la física einsteniana dentro de los círculos de físicos franceses en las décadas de 1920 y 1930 y muestra claramente, con el caso de Paul Langevin, los trabajos de remodelación del intérprete. Éste es también todo el planteamiento de Pocock con su gran obra consagrada a la historia de las diversas interpretaciones de Maquiavelo en el pensamiento inglés de los siglos XVII y XVIII, o de la investigación sobre Descartes llevada a cabo por Stéphane Van Damme a fin de comprender la construcción de una «grandeza» filosófica a partir de los primeros círculos mundanos franceses a mitades del siglo XVII y, después, de los diferentes círculos de lectores en Europa.<sup>41</sup>

Así pues, ¿hace falta abstraerse del sentido primero de las obras, de las «intenciones primarias» del autor, con el motivo de que cada texto conoce interpretaciones y de que —según los partidarios más radicales del *linguistic turn*— el autor estaría ausente, la audiencia sería desconocida y el texto transpiraría, libremente, significados? Esta posición extrema descontextualiza la lectura en provecho de aquel que está «ante» el texto (el nuevo intérprete o *reader-response* de Stanley Fish)<sup>42</sup> y en detrimento de aquel que se encuentra «detrás» (el autor). Ahora bien, los historiadores de las ideas, por ejemplo Quentin Skinner, buscan efectivamente encontrar esas «intenciones primarias» (qué escribe el

---

<sup>40</sup> Cf. Judith Lyon-Caen, *La Lecture et la vie : les usages du roman au temps de Balzac*.

<sup>41</sup> Cf. Stéphane Van Damme, *Descartes*.

<sup>42</sup> Cf. Stanley Fish, *Is There a Text in This Class? The Authority of Interpretative Communities*.

autor y qué quiere decir, con qué intenciones performativas, y para qué público preciso), al mismo tiempo en que examinan la recepción difractada de las obras. Pero si la Escuela de Chicago se mantiene tan poco interesada por una aproximación social de los actores intelectuales, la historia intelectual se equivocaría al desatender esta aproximación que fue uno de los puntos fuertes de la historia de los intelectuales. De este modo los estudios de recepción han estado también orientados a la mediación editorial y periodística, a fin de ilustrar su papel creativo capital en la definición de una obra. El mediador es prescriptor y modela (a través, por ejemplo, del paratexto, el formato, el precio) de modo más o menos considerable un contenido. Los mecanismos editoriales que tocan, por ejemplo, a la política de la traducción o aquellos que afectan a la política del ensayo en la década de 1920 son típicos de una historia de los contenidos intelectuales desde la perspectiva sociocultural implementada por los autores de la edición.<sup>43</sup> Éstos, en efecto, tienden a dirigir el libro erudito tradicional de la posguerra, de formato *in octavo*, hacia la esfera del libro de actualidad y del ensayo político, con formato *in duodecimo*, más manejable y asimilado, por otra parte, a la obra literaria. Así, el editor reconfigura a través de procedimientos materiales precisos el juego de los géneros literarios y contribuye a orientar la producción intelectual.

Otro puente entre historia de las ideas e historia cultural de las prácticas intelectuales sería aquel tendido por el examen de las controversias o disputas intelectuales. Inscrito al principio en el campo de la sociología de las ciencias, este terreno de investigación ahora

---

<sup>43</sup> Cf. François Chaubet, *op. cit.*, capítulos 4 y 5. Nos remitimos más generalmente a las reflexiones de Roger Chartier sobre esta historia material de la lectura propuestas en «comunidades de lectores»: Roger Chartier, *Culture écrite et société : l'ordre des livres (XVI<sup>e</sup>-XVIII<sup>e</sup> siècles)*.

constituye el objeto de investigación por parte de historiadores ocupados en los trabajos de historia de los intelectuales.<sup>44</sup> En efecto, en el marco de una polémica intelectual de cierta amplitud —definida como controversia pública entre pares— son las ideas, y sus portavoces, las que se toman ahora realmente en serio, en la dimensión performativa de sus argumentos (en una controversia nada se decide por adelantado), hasta los efectos cognitivos y políticos de éstos (crear, eventualmente, un nuevo estado en la sociedad a imagen del desenlace del caso Dreyfus). Así, remontando a situaciones de efervescencia intelectual inicial, lo que se contemplaba tradicionalmente como «causa» y como proceso lineal se transforma en «consecuencia» y resultado incierto: la filosofía de la Ilustración pudo ser presentada por Antoine Lilti menos como una causa de las controversias entre los enciclopedistas y sus adversarios que como una consecuencia de éstas.<sup>45</sup> Concentrarse en la controversia permite también (des)enredar una parte constituida por planteamientos estratégicos en el comportamiento de los actores (interpretable en términos de capital social o de habilidad racional) y otras partes más estrictamente argumentativas que se ponen en juego en los dispositivos de la palabra pública. Se trata así de mantener juntos el análisis de los dispositivos socioculturales subyacentes a la palabra intelectual (propósitos orales, correspondencia privada, intervenciones públicas en marcos, ellos también, diferenciados) y el despliegue de ésta en su dimensión propiamente comunicacional.

---

<sup>44</sup> Cf. el último número de *Mil neuf cent. Revue d'histoire intellectuelle*, «Comment on se dispute : les formes de la controverse de Renan à Barthes».

<sup>45</sup> Cf. Antoine Lilti, «Querelles et controverses. Les formes du désaccord intellectuel à l'époque moderne».

Pero, más allá de estos procedimientos de investigación, la historia intelectual debe afrontar, por consiguiente, la cuestión de las relaciones entre los hechos de conciencia creativos y los datos políticos y sociales que caracterizan a una época dada.

#### ESTABLECER RELACIONES ENTRE LOS DIFERENTES ÓRDENES DE REALIDAD

Carl E. Schorske, el historiador estadounidense de la Viena de finales del siglo,<sup>46</sup> publicó un estudio ejemplar de estas relaciones. Su método de investigación combina una aproximación diacrónica (para aprehender la evolución de un dominio del saber, del arte) y la aproximación sincrónica (para comprender su relación con el conjunto del contexto político y social). De modo más general, se trata de aprehender las diferentes esferas de actividad intelectual y sus producciones, para después abordar todas las interrelaciones en su núcleo y en el exterior de ellas. Estas interrelaciones se cumplen, en primer lugar, en el interior de las relaciones *intradiscursivas* de una esfera intelectual dada (la filosofía, la literatura con su gama de obras), de las cuales conviene conocer el conjunto de sus debates, presentes y pasados, en el seno de aquello que puede llamarse el «archivo»: no hay historia posible del surrealismo sin conocimiento por los futuros surrealistas del período antes de las Cartas durante (al menos) los últimos cincuenta años. Después se encuentran las relaciones *interdiscursivas* entre dos dominios intelectuales o artísticos distintos, pero que comparten una investigación similar con respecto a las interrogaciones políticas y sociales comunes de una época: así el «clasicismo moderno», identificable tanto en una

---

<sup>46</sup> Cf. Carl E. Schorske, *Vienne fin de siècle : politique et culture*.

parte de la literatura (la *Nouvelle Revue Française*) como en las artes del período de entreguerras en Francia (arquitectura del Trocadero, pintura de Derain),<sup>47</sup> responde a la investigación, por una gran parte de las élites, de una reevaluación intelectual y artística crítica del pensamiento y las sensibilidades.

Por último, las relaciones *extradiscursivas* articulan el horizonte de lo político y lo cultural. Para lograr llevar a cabo esta investigación global, una «intriga» narrativa puede resultar útil al historiador. Esto era sabido intuitivamente desde Walter Scott, y se lo sabe ahora teóricamente a partir de la amplia divulgación de los trabajos de Paul Ricoeur: corresponde al relato, a través del diseño de seguir el conjunto de hilos que revelan los múltiples vínculos en el seno de un contexto dado, la asunción de una función coactiva virtual gracias al apoyo de una puesta en intriga intelectual, que sea orientación de la narración y, a la vez, reunión de los materiales dispersos. De este modo, el reflujo del liberalismo político, a partir de 1880, es lo que explica el repliegue de ciertos artistas, el nacimiento de investigaciones artísticas o la emergencia de saberes elitistas, autorreferenciales y ávidos de exploración interior (el psicoanálisis es su símbolo). Por el contrario, en la Francia del período de entreguerras, una aproximación artística e intelectual en una mayor conformidad con las expectativas del público promedio, una cierta predilección apegada a los valores de legibilidad, claridad intelectual o lo razonable (clasicismo moderno de las formas artísticas, neorracionalismo filosófico), parece ser, en muchos hombres de cultura, el equivalente a un compromiso político liberal. Esta aproximación puede ser, aquí, la conciencia de la juventud intelectual

---

<sup>47</sup> *Ibid.*, todo el capítulo 2.

de los años 1815-1830 de encontrarse arrastrada en un movimiento histórico cuyo sentido unitario se ha perdido, allá, la confrontación trágica de la modernidad y la historia en la Viena de finales del siglo, en otra parte, la voluntad precisamente de conciliar la historia y la así llamada modernidad en la Francia de las décadas de 1920 y 1930. Sin embargo, estas reconstituciones no pueden tener alguna pretensión con respecto a la totalidad homogénea (de tipo *Zeitgeist*, espíritu de época) en la medida en que la cultura moderna se funda en la fragmentación creciente de sus esferas de actividad y de que las puestas en intriga de series —a veces muy heterogéneas las unas a las otras— tienen sus límites.<sup>48</sup> Pero de su calidad depende ciertamente el mantener juntos la ambición de situar correctamente el papel de ciertas obras intelectuales y artísticas en la historia general y el rechazo, al mismo tiempo, a reducirlas al simple rango de un síntoma mimético de ésta.

Tras este breve panorama, que mira cómo la historia tradicional de las ideas pasa de una historia de los *significados* a una historia de los intelectuales, que está orientada sobre todo a un estudio de las *funciones* (de la socialización intelectual) y los *usos* (de las diferentes producciones intelectuales en su circulación), la defensa de una historia intelectual apunta por consiguiente a conjugar estos tres tipos de aproximación, sin temer efectuar multiplicaciones de las variaciones de las perspectivas de análisis. Una invitación a tal indagación puede, ciertamente, estar siempre vinculada a un programa clásico de historia del compromiso histórico, en el examen de sus componentes científicos y técnicos, así como lo recordaba Vincent Duclert. También es posible —como lo

---

<sup>48</sup> El libro de Schorske, por ejemplo, es una sucesión de ensayos antes que una forma metanarrativa.

establecieron algunos historiadores y literatos en otro tiempo, y como nos invitaba a hacerlo Michel Trebitsch—<sup>49</sup> abrir más ampliamente, más sintéticamente también, la historia de los intelectuales sobre la historia sin más de las sociedades contemporáneas. En el mundo de la modernidad, en el que la producción de la sociedad tiene cada vez más una naturaleza mediática e informacional, el espíritu se encuentra frente a sí mismo y, por lo tanto, confrontado permanentemente a sus representaciones y a las representaciones de los demás. Esta simple constatación es suficiente para (volver a) dar a una historia de las ideas renovada, al igual que al estudio de sus múltiples representantes, el lugar central que les confiere *de facto* la reflexividad propia de las sociedades modernas.

*Traducción del francés:*

*Alan Cruz*

© François Chaubet, «Enjeu — Histoire des intellectuels, histoire intellectuelle. Bilan provisoire et perspectives», *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, vol. 1, núm. 101, 2009, pp. 179-190.

---

<sup>49</sup> M. Trebitsch, *op. cit.*

## BIBLIOGRAFÍA

- Auguste Anglès, *André Gide et le premier groupe de « La Nouvelle Revue française »*, París, Gallimard, 1978.
- Norbert Bandier, *Analyse sociologique du groupe surréaliste et de sa production (1924-1929)*, tesis de doctorado bajo la dirección de Guy Vincent, Universidad de Lyon 2, 1988.
- Pierre Barbéris, *Balzac et le mal du siècle, 1799-1833*, París, Gallimard, 1970, 2 t., Ginebra, Slaktine, 2002.
- \_\_\_\_\_, *Le Prince et le Marchand. Idéologiques : la littérature, l'histoire*, París, Fayard, 1980.
- Roland Barthes, *Essais critiques*, París, Seuil, 1964.
- Jean-Michel Chapoulie, «Un cadre d'analyse pour l'histoire des sciences sociales», en *Revue d'histoire des sciences humaines*, núm. 13, 2005, pp. 99-126.
- Roger Chartier, *Culture écrite et société : l'ordre des livres (XVI<sup>e</sup>-XVIII<sup>e</sup> siècles)*, París, Albin Michel, 1996.
- François Chaubet, *Histoire intellectuelle de l'entre-deux-guerres : culture et politique*, París, Nouveau Monde, 2006.
- Jacques Chevalier, *Histoire de la pensée*, 4 vol., París, Flammarion, 1966.
- Jean-Jacques Chevallier, *Histoire de la pensée politique*, 3 t., París, Payot, 1984.
- Randall Collins, *The Sociology of Philosophies: A Global Theory of Intellectual Change*, Cambridge, Harvard University Press, 1998.
- François Dosse, *La Marche des idées : histoire des intellectuels, histoire intellectuelle*, París, La Découverte, 2003.
- Vincent Duclert, «Les intellectuels, un problème pour l'histoire culturelle», en *Cahiers du Centre de recherches historiques*, núm. 31, abril de 2003, pp. 25-39.

- Philippe Dufour, *La Pensée romanesque du langage*, París, Seuil, 2004.
- Jean-Louis Fabiani, *Les Philosophes de la République*, París, Minuit, 1988.
- Michel Foucault, *Naissance de la clinique : une archéologie du regard médical*, París, PUF, 1963.
- \_\_\_\_\_, «Qu'est-ce qu'un auteur ?», *Bulletin de la Société française de philosophie*, vol. 3, julio-septiembre de 1969 (retomado en Michel Foucault, *Dits et Écrits. 1954-1969*, París, Gallimard, 1994, pp. 789-812).
- David Harlan, «Intellectual History and the Return of Littérature», en *American Historical Review*, núm. 3, junio de 1989, pp. 581-609.
- Stanley Fish, *Is There a Text in This Class? The Authority of Interpretative Communities*, Cambridge, Harvard University Press, 1980.
- Claude Lefort, «Philosophe», en *Écrire : à l'épreuve du politique*, París, Calmann-Lévy, 1992, pp. 337-355.
- Michel Leymarie y Jean-François Sirinelli (dir.), *L'Histoire des intellectuels aujourd'hui*, París, PUF, 2003. Antoine Lilti, «Querelles et controverses. Les formes du désaccord intellectuel à l'époque moderne», en *Mil neuf cent. Revue d'histoire intellectuelle*, «Comment on se dispute : les formes de la controverse de Renan à Barthes», núm. 25, 2007.
- Judith Lyon-Caen, *La Lecture et la vie : les usages du roman au temps de Balzac*, París, Tallandier, 2006.
- Judith Lyon-Caen, «Saisir, décrire, déchiffrer : les mises en texte du social sous la monarchie de Juillet», *Revue historique*, núm. 630, vol. 2, abril de 2004, pp. 303-331.
- Dominique Maingueneau, *Contre Saint Proust ou la fin de la littérature*, París, Belin, 2006.
- Laurent Martin y Sylvain Venayre (dir.), *L'Histoire culturelle du contemporain*, París, Nouveau Monde, 2005.

- Frédérique Matonti, *Intellectuels communistes : essai sur l'obéissance politique. La Nouvelle Critique (1967-1980)*, Paris, La Découverte, 2005.
- Jacques Neefs y Marie-Claire Ropars (ed.), *La Politique du texte : enjeux sociocritiques. Pour Claude Duchet*, Lille, Presses universitaires de Lille, 1992.
- Pascal Ory, *L'Histoire culturelle*, Paris, PUF, 2004.
- Mona Ozouf, *Les Aveux du roman : le dix-neuvième siècle entre Ancien Régime et Révolution*, Paris, Fayard, 2001.
- Philippe Poirrier, *Les Enjeux de l'histoire culturelle*, Paris, Seuil, 2004.
- Jacqueline Pluet-Despatin, Michel Leymarie y Jean-Yves Mollier (dir.), *La Belle Époque des revues 1880-1914*, Paris, IMEC, 2002.
- Nicole Racine y Michel Trebitsch (dir.), *Les Cahiers de l'IHTP*, «Sociabilités intellectuelles : lieux, milieux, réseaux», núm. 20, marzo de 1992.
- Rémy Rieffel, *La Tribu des clercs : les intellectuels sous la V<sup>e</sup> République*, Paris, Calmann-Lévy, 1993.
- Pierre Rosanvallon, *Pour une histoire conceptuelle du politique*, Paris, Seuil, 2003.
- Lucien Sève, «Intellectuels communistes : peut-on en finir avec le parti pris ?», *Contretemps*, núm. 15, enero de 2006, pp. 140-155.
- Jean-François Sirinelli, *Génération intellectuelle : khâgneux et normaliens dans l'entre-deux-guerres*, Paris, PUF, 1988.
- \_\_\_\_\_, «Le hasard et la nécessité ? Une histoire en chantier : l'histoire des intellectuels», *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, núm. 9, enero-marzo de 1986, pp. 97-108.
- \_\_\_\_\_, (dir.), *L'Histoire des droites en France*, 3 t., Paris, Gallimard, 1992-2006.
- Quentin Skinner, «Meaning and Understanding in the History of Ideas», *History and Theory*, núm. 8, 1969, pp. 3-53.

- Carl E. Schorske, *Vienne fin de siècle : politique et culture*, París, Seuil, 1983.
- John E. Toews, «Intellectual History after the Linguistic Turn: The Autonomy of Meaning and the Irreducibility of Experience», *American Historical Review*, núm. 4, octubre de 1987, pp. 879-890.
- Michel Trebitsch, «Pour en finir avec l'histoire des intellectuels», en Claire Paulhan, Édith Heurgon y François Chaubet (dir.), *S.I.E.C.L.E. 100 ans de rencontres intellectuelles de Pontigny à Cerisy*, París, IMEC, 2005, pp. 19-33.
- Alain Vaillant, «Pour un histoire de la communication littéraire», en *Revue d'histoire littéraire de la France*, núm. 3, 2003, pp. 549-562.
- Stéphane Van Damme, *Descartes*, París, Presses de Sciences Po, 2002.
- Julien Vincent, «Concepts et contextes de l'histoire intellectuelle britannique : l'«École de Cambridge» à l'épreuve», en *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, abril-junio de 2003, pp. 187-207.



# EL ESPEJO DE AGUA



## Ryunosuke Akutagawa: la caída del elegido

En Japón, Ryūnosuke Akutagawa es realmente un escritor de estatura nacional. Si se hiciera una encuesta para elegir a los diez «escritores nacionales japoneses» más importantes desde el inicio del periodo moderno, en 1868, Akutagawa seguramente sería uno de ellos. Incluso podría colarse entre los primeros cinco.<sup>1</sup>

Pero, en términos concretos, ¿qué es un «escritor de estatura nacional» en Japón?

Un escritor o escritora así debería, necesariamente, habernos dejado obras de primer nivel que reflejaran vívidamente la mentalidad del pueblo japonés en su época. Ése es el punto más esencial. Por supuesto, las obras mismas —al menos las mas representativas— no deberían ser

---

<sup>1</sup> En la lista aparecerían, junto con Akutagawa, figuras como Natsume Sōseki (1867-1916), Mori Ōgai (1862-1922), Tōson Shimazaki (1872-1943), Naoya Shiga (1883-1971), Jun'ichirō Tanizaki (1886-1965) y el ganador del Nobel de Literatura en 1968, Yasunari Kawabata (1899-1972). Tendrían menos probabilidades de aparecer Osamu Dazai (1909-1948) y Yukio Mishima (1925-1970). Sōseki aparecería incuestionablemente en el primer lugar. Éstos son sólo nueve autores, pero no puedo pensar en un buen candidato para el décimo lugar.

una excepción; deberían tener el poder y la profundidad para sobrevivir al menos un cuarto de siglo luego de la muerte de su autor.

El segundo punto importante sería que la vida o el carácter del escritor haya inspirado respeto, o una fuerte simpatía. No se trata de que el autor haya sido de un alto carácter moral; algunos escritores excepcionales —a quienes no nombraré aquí— han generado cuestionamientos en torno a aspectos de sus vidas privadas. Pero para tener una estatura nacional, deberían haberse ganado la aprobación y el sentido de identificación de muchas personas con respecto a su dedicación a la literatura y a su visión del mundo en general. Lo importante es si cada uno de esos escritores, como ser humano individual, fue consciente de las grandes preguntas de su época, aceptó su responsabilidad social como artista en la línea del frente, e hizo un esfuerzo genuino para llevar una vida congruente.

Otro punto —y éste debería ser el último— es que un escritor de estatura nacional debería habernos dado no sólo clásicos sólidos, sino obras populares, atractivas para una audiencia más amplia; y para las y los jóvenes, en particular: obras lo suficientemente fáciles de leer como para aparecer en los libros de texto de educación básica y media y para memorizarse por cualquier niño o niña. *Botchan* (1906), de Natsume Sōseki, por ejemplo, es leído en Japón por prácticamente todo el mundo con educación media. *Botchan* no es, sin duda, su obra más representativa, pero es una novelita excepcionalmente disfrutable, corta y fácil de leer. Puede decirse lo mismo de «El Dios del niño de la tienda» (1920) —el inocente cuento alegórico de Shiga Naoya— o de *La bailarina de Izu* (1926), la refrescante novela de juventud de Yasunari Kawabata. Tōson Shimazaki no sólo produjo novelas de largo aliento,

también poemas líricos espontáneos en la forma tradicional del *tanka*.<sup>2</sup> Mōriogai es respetado, sobre todo, por sus novelas históricas eruditas, pero también escribió el cuento de amor «La bailarina» (1890) con un lenguaje sorprendentemente bello. Además, «El intendente Sansho» (1915) es su re-elaboración de un cuento medieval para una audiencia más joven. El número de lectores que han logrado terminar *Las hermanas Makiola* (1946-1948) —la larga novela de Jun'ichirō Tanizaki— puede ser pequeño, pero la obra ha sido llevada al cine varias veces, con algunas de las actrices más bellas de sus generaciones ocupando los papeles de las cuatro hermanas, dejando imágenes vívidas en la memoria de miles de espectadores. En otras palabras: como la lluvia de primavera, estos trabajos, bajo formas fácilmente accesibles, se han filtrado silenciosamente hasta el interior de la mente de la gente para formar algo parecido a los fundamentos de la cultura o la sensibilidad japonesas.

Seguramente en todas las naciones y en todas las culturas existe ese tipo de campo cultural básico que funciona de manera casi subliminal. Inglaterra tiene a Dickens y a Shakespeare, y los Estados Unidos tienen a Melville y a Fitzgerald, entre otros. Los franceses tienen a Balzac y a Flaubert. Las obras de esos «escritores nacionales» se graban en los corazones y en las mentes de cada ciudadano durante su juventud, de tal forma que adquieren una autoridad casi absoluta y, antes de que nadie se de cuenta, comienzan a formar parte de una percepción común de la literatura y de la cultura de la región, es decir, una identidad común.

---

<sup>2</sup> El *tanka* es la forma dominante de verso en buena parte de la historia literaria japonesa. Está conformada por cinco líneas con una estructura silábica 5-7-5-7-7.

Esas obras pasan de mano en mano del maestro al alumno, de padres a hijos, casi sin cuestionarse, como el ADN. Se memorizan, se recitan, se estudian en reportes de lectura, se incluyen en exámenes de admisión universitarios, y una vez que el estudiante crece, se convierten en fuente de citas. Se llevan al cine una y otra vez, se parodian e, inevitablemente, se convierten en el objeto de reclamos y enojos para los escritores jóvenes y ambiciosos. Finalmente, cada obra se convierte en un símbolo o signo autónomo, una metáfora que funciona como la bandera o el himno nacionales, o como los paisajes más reconocibles de un país; en el caso de Japón, por ejemplo, el Monte Fuji o los árboles de cereza. Por supuesto, para bien o para mal, cada uno se convierte en una parte indispensable de nuestra cultura, pues sin la creación de esos arquetipos —sin esa impresión subliminal— es casi imposible tener una consciencia cultural en común.

Por razones como ésta, yo, como la mayoría del pueblo japonés, leí varios cuentos de Ryūnosuke Akutagawa cuando estaba en la escuela primaria. Algunos los leí en libros de texto, y otros como tarea de verano para hacer reportes. No tengo idea de cuánto de la obra de Akutagawa leen hoy los niños en la escuela —o cuánto se les pida—, pero imagino que la situación no debe ser muy diferente a la de mi época. Lo que más leí en ese tiempo fueron los excelentes cuentos que escribió específicamente para niños —«El hilo de la araña», «Tu Tze-Chun», «El arte de lo oculto»— y muchas otras que los niños pueden leer con placer: «La nariz», «Yam Gruel», etc. Cuando fui un poco más grande, quizá en la secundaria, leí algunas de sus historias con un contenido más violento o burlesco, como «Rashōmon», «En el bosque», «El biombo del infierno» y «Kappa». Luego, en la escuela preparatoria, recuerdo haber avanzado a obras más difíciles, introspectivas y, al parecer auto-

biográficas, obras de «literatura pura», como se conocen en Japón: «Los engranajes», «Vida de un idiota», «Registrador de muerte». Sospecho que seguí el curso habitual a través de la ficción de Akutagawa, al igual que cualquier lector japonés, avanzando desde los trabajos obligados en la juventud, hacia la búsqueda propia de trabajos más difíciles. Así, uno llega a tener una visión general del universo ficcional de Akutagawa, lo absorbe como parte de sus fundamentos culturales y luego —si así lo quiere— se avanza hacia un mundo literario más amplio.

Entre los «escritores nacionales de Japón», mis favoritos personales son Sōseki y Tanizaki, seguidos —con cierta distancia, tal vez— por Akutagawa.<sup>3</sup>

¿Qué es, entonces, lo que hace a Akutagawa especial como escritor japonés?

Desde mi punto de vista, la principal virtud de su literatura es la perfección de su estilo: la absoluta calidad de sus usos del lenguaje japonés. Uno no se cansa nunca de leer y releer sus mejores obras. Akutagawa fue un escritor de cuentos nato que produjo bastantes obras mayores, algunas de ellas más exitosas que otras. De hecho, hay un buen número que parecerían no tener ningún interés especial para el lector moderno, o, al menos, para el lector moderno en general. Esto pudo ser causado, en parte, por la inestabilidad mental de Akutagawa, y por una pérdida de orientación en su literatura. Pero

---

<sup>3</sup> Mori Ōgai no está mal, tampoco, pero para el lector moderno el estilo de su lenguaje es demasiado estático y clásico. La obra de Kawabata, también, para ser completamente honesto, ha sido un problema para mí. Reconozco, por supuesto, su valor literario y sus considerables habilidades como novelista, pero nunca he logrado identificarme con su mundo ficcional. Sobre Shimazaki y Shiga sólo puedo decir que no tengo ningún interés particular en ellos. No he leído prácticamente nada más de lo que encontré en los libros de texto, y lo que leí apenas dejó una huella en mi memoria.

cuando esa dirección es sólida, la pulcritud de su estilo es única e inimitablemente suya.

El fluir de su lenguaje es la mejor característica del estilo de Akutagawa. Nunca se encuentra estancado; se mueve como una cosa viviente. Su elección de palabras es intuitiva, natural —y hermosa. Educado rigurosamente en lenguajes extranjeros y en literatura china, fue capaz de conjurar —al parecer de la nada— mundos de una elegancia clásica, expresiones que los escritores contemporáneos no pueden usar más, manipulándolos a voluntad hasta llegar a arreglos de una gracia sorprendente. Esto puede ser visto con especial claridad en sus trabajos tempranos, sobre todo en su re-escritura en japonés moderno de historias tomadas de las dos grandes y variadas colecciones de historias populares medievales, las *Historias de un tiempo ya pasado* —del siglo XII— y *La colección de cuentos de Uji* —del siglo XII—: «La nariz», «En el bosque», «Rashōmon», «El biombo del infierno», «Yam Gruel», «La muchacha Rokuno-Miya». La facilidad con la que logra, a través del puro estilo, traer a la esfera de la vida moderna el mundo fantástico medieval es verdaderamente asombrosa. Akutagawa publicó sus cuentos tempranos «Rashōmon» (1915) y «La nariz» (1916) en revistas universitarias cuando todavía era un estudiante de 23 años. Pero en ellas puede notarse ya su estilo acabado, fluido, elegante y espontáneo. Se leen como el trabajo de un escritor experimentado, y no de un estudiante en formación.

Natsume Sōseki, el «escritor nacional» anterior a Akutagawa, se impresionó cuando leyó «La nariz», y decidió escribirle al novel autor una carta de agradecimiento: «Escribe otras veinte o treinta historias como ésa», le dijo, «y nadie podrá alcanzarte en el mundo literario». Aunque era conocido por ser amable con jóvenes escritores en general,

Sōseki no le dirigió palabras tan halagadoras a nadie más. Seguramente, con su profundo entendimiento de la literatura, Sōseki debió haber descubierto un diamante en bruto. Akutagawa debutó, pues, como un escritor ya formado; al menos en lo que respecta al estilo y al sentido literario.

Estilo y sentido literario: ésas fueron, sin duda, las mejores armas en el arsenal de Akutagawa, pero se convirtieron también en su talón de Aquiles autorral. Precisamente porque esas armas eran tan finas y efectivas, le impidieron de algún modo establecer un enfoque y una dirección de largo aliento para su literatura. Es algo similar a lo que le sucede al pianista nacido con un don natural para la técnica: sus dedos se mueven con tanta ligereza y claridad que le resulta difícil detenerse —aun sin darse cuenta— para observar larga y fijamente algo, por ejemplo, las profundidades internas de la música. Sus dedos se mueven con una velocidad y una gracia naturales, y su mente se apresura para alcanzarlos. O, quizá, su mente construye antes, y los dedos se apresuran para alcanzarla. En cualquier caso, comienza a abrirse una distancia infranqueable entre él y el movimiento del tiempo del mundo que le rodea. Es precisamente esa distancia la que se agregó a las cargas psicológicas que llevaron a Akutagawa hasta el suicidio.

Aun así, hay una ferocidad innegable en el estilo desinhibido y fulminante de las historias que escribió en sus primeros cinco o seis años. Para tomar un ejemplo extranjero, bien podría decirse que Akutagawa se parece a F. Scott Fitzgerald. Fitzgerald, también, fue un escritor nato para quien el cuento corto significó el principal campo de batalla de su carrera. Debutó profesionalmente a la tierna edad de veinte años, en la época de la Primera Guerra Mundial, e instantáneamente tomó al mundo por sorpresa con su genio y su estilo firme y fluido. Dejó un

buen número de excelentes trabajos para las generaciones siguientes pero, trabajando al ritmo frenético de un autor popular, dejó también el doble de obras que no resultaron particularmente maravillosas. No se trata de restarle crédito. La forma misma del cuento corto está marcada por esa historia. Es un enorme éxito que diez de cada cien cuentos sobrevivan para ser leídos por las siguientes generaciones. Ningún escritor puede lograr que cada uno de sus textos sea una obra maestra, ni debería ser culpado por dejar trabajos fallidos o no completamente realizados. En la vida, es el camino completo lo que cuenta. A veces las cosas funcionan, y a veces no. A veces debes escribir cosas que no te encantan para ganarte la vida. Lo que importa es qué tan grandes son esas diez obras maestras; es por eso que Akutagawa y Fitzgerald continúan siendo autores respetados, y que sus obras se siguen leyendo.

Más importante que la proporción de trabajos mayores y menores es la forma en la que el autor madura su genio juvenil para transformarlo en un mundo literario de mayor profundidad y aliento. Por naturaleza, Fitzgerald era incapaz de aprender de otra cosa que no fuera su experiencia personal, y esa experiencia fue, sobre todo, de tragedias domésticas. Su esposa Zelda sucumbió ante una enfermedad mental, su matrimonio se vino abajo, vino la Gran Depresión. Durante todo ese tiempo se ahogó en el alcohol, por lo que su popularidad se desplomó. Todo ello contribuyó a profundizar su literatura. En sus últimos años, logró crear obras llenas de angustia, completamente distintas en tono del estilo lírico y refinado de su juventud; aunque nunca alcanzaron el mismo nivel de éxito.

¿Y Akutagawa? Cuando acabó con su vida a los treinta y cinco años, había estado activo como escritor apenas por doce años, pero durante ese periodo intentó varias transformaciones literarias.

Al comienzo de su carrera, escribió un gran número de historias bajo el molde de eventos históricos o de la ficción clásica, cuyo genio estilístico le valió un gran reconocimiento. Esos cuentos son los que continúan leyéndose hoy como clásicos. Nadie podía competir con Akutagawa en su fino retrato de la psicología, y en su ingenio para el aforismo. Por un tiempo, incluso se convirtió en el favorito de su época. Luego, a partir de 1922, aproximadamente, vino su periodo intermedio, en el que podemos observar cierto grado de estancamiento y confusión. Las dudas comenzaron a acecharlo: ¿debía continuar haciendo transcripciones de piezas históricas, piezas supernaturales alejadas de la realidad y con anécdotas ingeniosas? En efecto, críticas de ese tipo comenzaron a aparecer en los círculos literarios. Comenzó a tomar forma una imagen del trabajo de Akutagawa, definido por un colega suyo: sus obras «parecen jugar con la vida con un par de pinzas de plata». Otro autor lo llamó «un escritor que no puede escribir sin andamios».<sup>4</sup> Esas posiciones no eran completamente equivocadas. Una suerte de alejamiento de la realidad comenzó a apoderarse de la escritura de Akutagawa, como si viera al mundo desde lejos, a través de un cristal. Esa postura provocó naturalmente críticas negativas en el mundo literario. Los trabajos tempranos de Akutagawa no tenían nada que ver con lo que tiene lugar en las novelas de Sōseki, que mantienen distancias aunque desciendan a la tierra y, con gran perspicacia, muestran los corazones de los humanos que la habitan.

Es verdad que Akutagawa pudo haber reaccionado a sus dudas personales y a las críticas externas con una actitud desafiante, insistiendo en que éstas eran las cualidades únicas de su escritura, nos gustara o

---

<sup>4</sup> Kikuchi Kan, «Inshoteki na kuchibiru to hidarite no hon», p. 30.

no; es verdad, por cierto, que nadie antes o después de él ha logrado escribir así. Pero no era la reacción de un talento mediocre: Akutagawa ya había sido reconocido como un autor de primer nivel y había pagado también las consecuencias de ello. Como un escritor de primera línea, estaba plenamente consciente de los problemas de su época, y reaccionaba ante ellos con responsabilidad y con un sentido de misión. Para bien o para mal, pues, era una estrella, uno de los elegidos. Una elegante admisión de su derrota, un retiro silencioso, una renuncia del lugar que había ganado: ninguna de éstas era una opción de vida que pudiera tomar. Debía permanecer donde estaba: en la primera línea. Y, para hacerlo, debía abrir un camino nuevo y más ambicioso. No se trataba, sin embargo, de una tarea fácil: nunca pareció encontrar esa cosa singular de la que *tenía* que escribir.

Siguió un periodo de prueba y error, hasta 1925, donde la distancia entre sus obras con y sin éxito se hizo cada vez más grande. Ya no escribía solamente historias bajo la forma de obras clásicas, trabajó duro con diversas formas para producir un universo ficcional más contemporáneo y, a la vez, más propio. Aun así, no parecía encontrar ese tipo singular de cuento que encajara perfectamente con su mentalidad y su sensibilidad natas. A las historias que escribió durante ese tiempo les faltaba intensidad: nunca fueron más que cuentos «bien hechos». No transmitían un aura de necesidad al lector; nunca había un sentido claro de que el autor *necesitaba* comunicar algo. Construyó perfectamente bien cada historia, pero la destreza misma con la que lo hacía parecía limitarlo.

Akutagawa siempre apuntó al modernismo. Cuando nació, en 1892, casi 25 años —toda una generación— habían pasado desde que Japón había superado los dos siglos y medio de aislamiento del régimen To-

kugawa y desde que había pasado por esa profunda cirugía conocida como «modernización». En otras palabras, Akutagawa fue un niño de la modernidad. La civilización y la educación occidentales podían darse ya por sentadas. Estudió en el sistema educativo moderno, dominaba lenguajes extranjeros, avanzó por el camino de las élites y consiguió una hoja de registro impecable durante su paso por la institución más respetada del sistema educativo: la Universidad Imperial de Tokio. Leyó a muchos de los más importantes escritores de la época —Tolstoi, Dostoievski, Anatole France, Maupassant, Strindberg— en sus lenguas originales o en su traducción inglesa, e internalizó sensibilidades occidentales. Vestía trajes occidentales, fumaba puros, bebía café, comía *steaks*, conversaba de vez en cuando con extranjeros y disfrutaba de la ópera. Ese estilo de vida occidental era, para él, completamente natural y cómodo.

Durante los años en que Akutagawa escribió activamente, 1915-1927, la Primera Guerra Mundial provocó un boom en la economía japonesa. Fue también la época conocida como «democracia de Taishō» (en el periodo Taishō, 1912-1929), que podría llamarse también la Era de Weimar de Japón. Luego de la amarga experiencia de las guerras Sino-Japonesa (1894-1895) y Ruso-Japonesa (1904-1905), Japón había solidificado su posición en el orden mundial y, como consecuencia, logró sofocar las tensiones del periodo Meiji (1868-1912): crecieron en su lugar tendencias liberales, y el pueblo celebraba las virtudes del modernismo. El impacto de la revolución rusa impulsó el movimiento socialista de trabajadores. Las faldas se hicieron más cortas y comenzó el movimiento de liberación de las mujeres. Este clima liberal fue absolutamente destrozado por el *crack* del mercado financiero en 1929, la Depresión global consecuente y el auge del militarismo y el fascismo.

Pero todo eso sucedió cuando Akutagawa ya había dejado este mundo. Con él, seguimos en la era de la Democracia de Taishō, el liberalismo y el modernismo.

Sin embargo, si nos alejamos un poco de Tokio, donde todos estos cambios revolucionarios tenían lugar, los aspectos más básicos de la vida de los japoneses seguían gobernados por la vieja cultura local. En realidad, un mundo en trajes premodernos cubría aún las formas modernas de la ciudad que Akutagawa representaba. No se trata de algo sorprendente: apenas cincuenta años atrás, los samuráis caminaban libremente con sus espadas y su pelo recogido. Por 220 años, los japoneses habían estado encerrados en sus pequeñas islas, prácticamente sin contacto con otros países, preservando su singular cultura en un sistema similar al feudalismo. Sólo había pasado una generación desde el final de esa era, apenas el tiempo suficiente para darle una nueva forma a los paisajes interiores de la gente. Aspectos superficiales, como un nuevo sistema, podían aceptarse sin chistar —o con recelo en algunos casos—, pero algunas cosas básicas no cambiaron: la sensibilidad, los valores, las imágenes mentales arquetípicas. De hecho, el gobierno Meiji promovió abiertamente una política que apoyaba precisamente esa distinción, como decía su slogan «espíritu japonés, tecnología occidental». Se buscaba incorporar el progresismo tecnológico y la eficiencia de los sistemas occidentales, pero también querían que el pueblo siguiera siendo confucionista, bueno y sumiso. Eso les facilitaba gobernar el país. En otras palabras, hasta cierto grado, los retales del feudalismo se mantuvieron expresamente. En medio de este mar de cultura local, la cultura urbana se aisló, y Akutagawa no era más que el miembro de una élite diminuta. Antes de que pasara mucho tiempo, esto comenzó a afectarlo.

Akutagawa logró importar exitosamente su tendencia al modernismo al mundo ficcional bajo la forma prestada del cuento popular. En otras palabras, logró darle a su modernismo una «historia» adaptando con habilidad lo premoderno: la forma del cuento medieval que había florecido casi mil años antes. En lugar de crear una literatura puramente modernista, primero transformó su modernismo bajo una forma distinta. Éste fue su punto de partida literario, y lo hizo con un enfoque elegante e intelectual. Al emplear esta estrategia, logró capturar las simpatías de más lectores. Si hubiera elegido escribir literatura modernista como un modernista puro, es muy probable que sólo hubiera logrado el éxito de un escritor de salón, con un número muy limitado de lectores intelectuales, y es probable que su literatura se hubiera enfrentado a sus propias limitaciones. Akutagawa tenía el sentido instintivo —o, quizá, estratégico— de evitar ese callejón sin salida. En «Un mundo en decadencia», el lector puede disfrutar de varios ejemplos de obras de Akutagawa que adaptan los materiales premodernos para fines modernos.

Algo que quisiera dejar en claro aquí es que Akutagawa no fue simplemente un modernista con afectaciones occidentales. Creció en la «ciudad baja» (Shitamachi), el viejo lado este de Tokio donde la gente común había vivido desde que la capital del Shogunato Tokugawa se llamaba Edo y donde las raíces del periodo Edo (1600-1868) aun se conservaban fuertes. (La nueva clase media, con sus fuertes tendencias individualistas, generalmente prefería vivir en la «ciudad alta», conocida como Yamanote).<sup>5</sup> Desde su niñez estuvo inmerso en el kabuki, el drama popular que siguió floreciendo en la ciudad baja, y había

---

<sup>5</sup> Cf. Edward Seidensticker, *Low City, High City*.

disfrutado los ingeniosos textos de los literatos de Edo. Tenía también un conocimiento rico de la lengua y la literatura chinas, indispensable para cualquier persona educada en las épocas premodernas. (La belleza visual de los personajes chinos de Akutagawa merece una mención especial, aunque desafortunadamente sea inapreciable en traducción).

Así, el fuerte choque entre lo moderno y lo premoderno ocurrió no sólo en las relaciones con el mundo que tenía alrededor, sino en lo más profundo de su interior. Lo mismo puede decirse de los gigantes literarios del periodo Meiji que lo habían precedido, por ejemplo, Natsume Sōseki y Mori Ōgai. Oriente contra Occidente: para la incipiente élite cultural japonesa, cuya posición aún no se fijaba definitivamente, podía ser fatal tender demasiado hacia alguno de los dos polos. Como si se tratara de una suerte de póliza de seguros, debían intentar internalizar la alta cultura oriental y occidental en dosis iguales para estar listos, en cualquier momento, de cambiar de una a la otra. Hay una expresión que se usa para caracterizar a los japoneses mejor educados: *Ko-kon-tō-zai ni tsū-jiru* («ser versado en lo viejo-nuevo-oriental-occidental»), que era, para ellos, la esencia de la corrección política. Era precisamente porque había absorbido completamente esa forma de educación «vieja-nueva-oriental-occidental» que Akutagawa podía moverse con tanta libertad entre lo premoderno y lo moderno cuando construía su propio mundo ficcional. Podía transponer con facilidad las formas literarias occidentales al japonés, y esa técnica era otra de las mejores armas del Akutagawa temprano.

La pura técnica, sin embargo, aunque se aplique con destreza, no equivale necesariamente a literatura original. Un mundo ficcional que no es verdaderamente propio, y que usa moldes prestados, eventualmente alcanzará un *impasse* y se enfrentará con un enorme muro. Una búsqueda mayor de método ficcional sólo podría dar como resultado

una técnica más pulida. Y no sería sorpresa que la novedad se diluyera y que los lectores se cansaran de ver los mismos procedimientos.

Para Akutagawa, sin embargo, era imposible luego de 1925 avanzar en la dirección de una ficción puramente modernista. Ya era demasiado importante —y demasiado viejo— para escapar a los juegos intelectuales sofisticados. Su tiempo, además, había cambiado desde su debut. Los grandes temblores de la Revolución rusa habían llegado a Japón y la sombra densa del marxismo había comenzado a extenderse sobre la tierra. El espíritu de la época pedía una «literatura con sustancia». La atención de la gente comenzaba a virar hacia una literatura que reflejara las cargas de la vida con precisión realista. En Japón, esta nueva literatura se llamó «marxista» y luego «proletaria».

También había que tener en cuenta la «novela del yo» (*watakushi-shōsetsu*), una forma que había tomado fuerza desde principios del siglo, y que se ganó el respeto de la crítica convirtiéndose en la corriente principal de la ficción japonesa moderna. En la novela del yo (o, quizá, «ficción del yo», puesto que el estilo se empleó en novelas largas y en cuentos ensayísticos pequeños), el autor provee una descripción escrupulosa de las trivialidades que le rodean, con un énfasis exhibicionista en los aspectos negativos de su propia vida y personalidad. Fue la forma en la que Japón adaptó el naturalismo europeo para el consumo local.

De este modo, la ficción modernista se convirtió en objeto de un feroz ataque, tanto de la novela del yo como de la literatura marxista, que compartían un énfasis inflexible en el principio del realismo. Akutagawa, con su cualidad nata para alejarse del mundo, no podía contribuir fácilmente a alguno de los dos lados. Nunca logró aceptar ninguna de las dos formas de realismo crudo. Lo que Akutagawa

eligió hacer fue sumergir la vergüenza humana en el mecanismo de la narración y en la técnica estilísticamente sofisticada: así vivía y así escribió. El método literario en que se basaban tanto la novela del yo como la ficción proletaria era fundamentalmente distinto a su estilo de vida. Preocupado por las fuerzas de su época, sin embargo, y sintiendo que era necesario decidir entre el método de la novela del yo y el marxista según su propia medida, Akutagawa se inclinó inevitablemente por el primero. Era demasiado escéptico, demasiado individualista y demasiado inteligente como para creer que podía convertirse en un vocero intelectual para la clase trabajadora.

La última estrategia de Akutagawa fue tomar el estilo de la novela del yo, pero «de cabeza», por decirlo de algún modo, para insertar confesiones artificiales en su molde al parecer neutro. Era una estrategia sofisticada y altamente peligrosa. Pero para Akutagawa, quien «necesitaba de andamios», era probablemente una elección ineludible.

Las obras de sus últimos dos o tres años se incluyen aquí en la última parte, «La historia propia de Akutagawa». Juntos forman un grupo de cuentos introspectivos, neuróticos y sorprendentemente depresivos. Su carácter sombrío nunca se convierte, sin embargo, en un simple vómito de emociones, sino que se asienta firmemente sobre una base al estilo de Akutagawa. Algunas narraciones pueden tener momentos forzados o previsibles, pero cada obra mantiene su autonomía artística. Podía estar escribiendo cosas cercanas a los hechos de su propia vida, pero su control estilístico era fuerte, y su escritura revela suficiente diseño literario como para poner al lector en guardia. «Nunca sabrán», parece estarnos diciendo, «cuánto de esto es verdad y cuánto de esto es ficción».

La opinión está dividida sobre si estos experimentos de Akutagawa son exitosos en cuanto literatura. Hay quien dice que estas obras tardías

son obras maestras, mientras que otros sostienen justo lo contrario. No creo que ninguno de los dos grupos de obras sea superior o inferior: cada uno fue concebido de forma distinta, cada uno constituye una rueda del carruaje que llamamos Ryūnosuke Akutagawa y cada uno merece ser evaluado según sus propios méritos. En lo que respecta al nivel de perfección literaria, los trabajos tempranos tienen méritos a los que los del segundo grupo no pueden aspirar. Pero en algunos de ellos, «Los engranajes», en particular, la agudeza de la visión del protagonista y el elegante y parco estilo son brillantemente estremecedores, y sus imágenes mentales meticulosamente tejidas adquieren una poderosa realidad que se funde profundamente en la psique del lector.

Leí «Los engranajes» cuando tenía quince años, hace unos cuarenta. Leyéndolo una y otra vez para escribir esta introducción, me sorprendió con cuánta claridad recordaba aún algunas de las imágenes. Ahí estaban todavía, en mi mente, no sólo como fotos planas, sino en toda su realidad tridimensional, con las modulaciones de la luz iluminando la escena y los diminutos sonidos de fondo. Incluso tomando en cuenta la sensibilidad propia de un muchacho de quince años frente a una obra de arte, creo que podemos pensar que esas memorias son un producto del poder propio de esa historia. «Los engranajes» nos deja con la impresión de que acabamos de leer la historia de un hombre que ha reducido su vida al mínimo y luego la ha vuelto a reducir hasta acercarse peligrosamente al borde y, al asegurarse de que no la podía reducir más, lo convirtió todo en una ficción. Es una actuación impresionante. En japonés existe la expresión «permíteme cortar tu carne para que puedas cortar su hueso». Eso es precisamente lo que Akutagawa logró con «Los engranajes». No hay ninguna señal de la técnica por la técnica, y su tendencia a presumir su ingenio y erudición

también se ve increíblemente reducida; en efecto, al menos. Es por esas razones, y aunque guarde algunas dudas sobre su madurez, que me parece tan admirable esta obra póstuma de Akutagawa.

Para una psique tan vulnerable como la de Akutagawa, escribir obras así no era en lo absoluto sano. Se dirigió tan lejos como pudo, sin importarle los antecedentes de enfermedad mental de su familia. Su madre se volvió loca repentinamente a menos de ocho meses después de su nacimiento, y Akutagawa fue educado por el hermano y la hermana de su madre y por la esposa del hermano. Pasó su vida acechado por el miedo de que él mismo podría volverse loco en cualquier momento, y mantener su estabilidad mental se complicaba por sus poco frecuentes encuentros con sus padres biológicos. Nunca estaremos seguros si las neurosis que sufrió después en su vida fueron causadas por factores hereditarios, inestabilidad mental o por sus miedos latentes, pero su enfermedad mental proyectó una pesada sombra sobre sus textos tardíos y acabó por arrebatarle la vida. No resulta exagerado, seguramente, decir que la escritura de esos últimos textos redujo efectivamente su vida, pero también es cierto que Akutagawa fue incapaz de encontrar una manera de seguir viviendo como escritor sin escribir obras de esa naturaleza; cuando no pudo vivir como escritor, su vida dejó de tener sentido.

Es perfectamente posible que Akutagawa se volvió hacia el mundo de la narración y la técnica para encontrar un refugio de su oscura herencia. En lugar de enfrentar el mundo real, lleno de terror y dolor, se transportó en cuerpo y mente a otro mundo, con la esperanza de encontrar la salvación en su ficcionalidad. O quizá en el dinamismo de esa mudanza esperaba descubrir que la vida tenía, al fin y al cabo, una luz radiante. Al final, sin embargo, se vio forzado a volver a su punto

de partida: un mundo dominado por el dolor y el miedo, un mundo que le exigía aislamiento. En cierto punto, tuvo una revelación profunda: debía cumplir su responsabilidad social como escritor y como uno de los mayores intelectuales de su época. Se dio cuenta de que no podía estacionarse simple y cómodamente en un lugar.

Quizá la verdadera razón por la que Akutagawa se sigue leyendo y sigue siendo admirado como «escritor nacional» es ésta: la determinación que lo llevó a un callejón sin salida. Comenzó como uno de los elegidos: un intelectual japonés con una conciencia dividida entre Occidente y la cultura japonesa tradicional, en las regiones límite en las que logró erigir un vigoroso mundo ficcional. Al madurar, intentó combinar las dos culturas en su interior, y darles un mayor nivel. Intentó combinar estructuralmente el estilo japonés de la novela del yo con su elegante método propio. Esperaba, en otras palabras, ser el pionero de una forma más nueva y singular de literatura seria. Pero eso hubiera requerido un esfuerzo arduo, de largo aliento, que sus nervios hipersensibles y su constitución delicada no podían sostener. Perseguido por las visiones oscuras que emergían del dolor, al final colapsó y puso un alto a su vida. El terrible suicidio de Akutagawa significó un enorme *shock* para sus contemporáneos. Marcó la derrota de un miembro de la élite intelectual y un punto de viraje en la historia.

Muchos japoneses ven en la muerte de este escritor el triunfo, el esteticismo, la angustia y la inevitable caída de la élite del periodo Taishō. Su declaración de derrota individual se convirtió también en un hito en la historia que llevaría a la tragedia de la Segunda Guerra Mundial. En el periodo previo y posterior a su muerte, la democracia que había florecido con tanta esperanza en el periodo Taishō simplemente se marchitó. Pronto, las botas de los militares resonarían en

todos los lugares. El escritor Ryūnosuke Akutagawa permanece como una presencia luminosa en la historia de la literatura japonesa, como un símbolo de su época, de su breve gloria y de su silenciosa derrota.

¿Dejó Akutagawa una lección para los escritores japoneses contemporáneos, yo mismo incluido? Por supuesto que lo hizo: como un gran pionero y como un ejemplo negativo. Algo que tiene para enseñarnos es que podemos emprender el vuelo hacia un mundo de técnica y artificio narrativo, pero eventualmente colapsaremos frente a un muro. Es posible tomar prestados los moldes para nuestras primeras historias, pero tarde o temprano tendremos que transformar ese molde en algo nuestro. Desgraciadamente para Akutagawa, le tomó demasiado tiempo hacer ese cambio, y eso pudo incluso haberle costado la vida. Quizá, sin embargo, para una vida tan corta, no tenía otra opción.

La otra lección que nos deja es sobre la manera de sobreponer las culturas occidental y japonesa. Con mucho dolor y sufrimiento, el Akutagawa «moderno» buscó hacerse de una identidad como escritor y como individuo en el choque de ambas culturas, y justo cuando había comenzado a descubrir una manera de fusionarlas, acabó con su vida. Para nosotros, ahora, ése no es un problema ajeno. Mucho después de la época de Akutagawa, aún estamos viviendo —con algunas diferencias— en el choque entre lo japonés y lo occidental, sólo que ahora le llamamos lo «global» y lo «doméstico».

Sin importar si se trata de la época de Akutagawa o de la nuestra, podemos estar seguros de que un eclecticismo tibio con «espíritu japonés y tecnología occidental» no es sólo bastante inútil a largo plazo, es abiertamente peligroso. Unir las dos culturas a través de una técnica inteligente nunca es más que una solución temporal al problema. Eventualmente, el vínculo se vendrá abajo. Akutagawa estaba plena-

mente consciente del problema, y como un intelectual avanzado de su época, luchó para descubrir el punto de unión justo para él. En ese tema adoptó la posición correcta, y cuando eso se alcanza a notar en sus historias, resuena en nosotros hasta hoy.

Por supuesto, hacia donde hoy debemos apuntar no es a un acomodo superficial con una cultura extranjera, sino a una relación más positiva, esencial e interactiva. Nacimos en Japón, un país con su propio medio cultural, y heredamos su lenguaje y su historia; aquí vivimos. Evidentemente, no necesitamos ni podemos convertirnos completamente en occidentales o globalizamos. Por otro lado, no debemos permitir que sucumbamos en el nacionalismo estrecho. Ésta es la gran lección, la regla inflexible, que la historia nos ha enseñado.

Hoy, cuando el mundo se vuelve todavía más pequeño por el desarrollo espectacular del Internet y el flujo cada vez mayor del intercambio económico, nos encontramos en una situación donde, nos guste o no, nuestra sobrevivencia misma depende de nuestra habilidad para intercambiar metodologías culturales sobre una base de equivalencia mutua. Virar hacia el exclusivismo nacional, el regionalismo o un fundamentalismo donde las naciones se vean aisladas política, económica, cultural o religiosamente, podría traer peligros inimaginables a escala global. Aunque sea en ese sentido, nosotros los novelistas, y otros individuos creativos, debemos transmitir nuestros mensajes culturales hacia fuera y ser receptores flexibles de lo que nos llega de otros lugares. Incluso cuando preservamos nuestra propia identidad, debemos intercambiar aquello que debe ser intercambiado y entender lo que puede ser mutuamente comprendido. Nuestra tarea es perfectamente clara.

Cuando lo pienso, me parece que mi punto de partida como novelista es bastante cercano a la posición adoptada por Akutagawa. Como

él, al comienzo me incliné hacia el modernismo y, un poco intencionalmente escribí desde una posición de confrontación directa con el estilo de la novela del yo. Yo también busqué crear mi propio universo ficcional con un estilo que rechazaba provisionalmente el realismo. (En contraste con la época de Akutagawa, sin embargo, ahora tenemos el útil concepto de posmodernismo). Yo también aprendí casi toda mi técnica de la literatura extranjera. A diferencia de él, sin embargo, yo soy básicamente un novelista y no un escritor de cuentos cortos, y después de cierto punto comencé a construir activamente mi propio sistema narrativo. Además, vivo una vida completamente distinta a la de él. Emocionalmente, sin embargo, algunas de las mejores obras de Akutagawa me continúan atrayendo.

Yo no le di forma a mi mundo ficcional a partir del de Akutagawa. Esto no quiere decir que un acercamiento sea el correcto y el otro no. Comparaciones simplistas de ese tipo son tan imposibles como insignificantes. Vivimos en diferentes eras, nuestras personalidades son distintas, crecimos en circunstancias diferentes y nuestros objetivos son —hasta donde puedo ver— diversos. Todo lo que quiero decir es que yo y, probablemente la mayoría de lectores de Akutagawa, aprendimos bastante de su trabajo y de las poderosas huellas de su vida, y que continuamos abrevando de ellas mientras seguimos con nuestras vidas. En otras palabras, Ryūnosuke Akutagawa vive y funciona todavía como uno de nuestros «escritores nacionales». Vive como un punto fijo e inamovible en la literatura japonesa, como parte de nuestros fundamentos intelectuales compartidos.

*Traducción del inglés:*  
*Dante A. Saucedo*

© Haruki Murakami, «Introduction. Akutagawa Ryūnosuke: Downfall of the Chosen», en Ryūnosuke Akutagawa, *Rashōmon and 17 Other Stories*, trad. Jay Rubin, Nueva York, Penguin Books, 2006, pp. XIX-XXXVII.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Ryūnosuke Akutagawa, *Exotic Japanese Stories*, Nueva York, Liveright, 1964.  
\_\_\_\_\_, *Rashomon and Other Stories*, Nueva York, Liveright, 1999 (1952).  
\_\_\_\_\_, *The Essential Akutagawa*, Nueva York, Marsilio, 1999.  
\_\_\_\_\_, *The Spider's Thread and Other Stories*, Tokio, Kodansha International, 1987.  
\_\_\_\_\_, *The Three Treasures*, Tokio, Hokuseido, 1951.
- Yasunari Kawabata, «The Dancing Girl of Izu», en *id.*, *The Dancing Girl of Izu and Other Stories*, Washington, D.C., Counterpoint, 1998.
- Kan Kikuchi, «Inshōteki na kuchibiru to hidarite no hon», en *Shinchō*, octubre de 1917.
- Mori Ōgai, «Sanshō the Steward», en *id.*, *The Historical Fiction of Moriōgai*, Honolulu, University of Hawaii Press, 1991.  
\_\_\_\_\_, «The Dancing Girl», en *id.*, *Youth and Other Stories*, Honolulu, University of Hawaii Press, 1994.
- Natsume Sōseki, *Botchan*, Tokio, Kodansha International, 2005.
- Naoya Shiga, «The Shopboy's God», en *id.*, *The Paper Door and Other Stories*, San Francisco, North Point Press, 1987.
- Jun'ichirō Tanizaki, *The Makioka Sisters*, Nueva York, Knopf, 1957.

